



Fernando Diez de Medina

## EL GUERRILLERO Y LA LUNA

narraciones

1972

\*  
\*  
\*  
\*

Foto: Freddy Alborta  
Jane Conn

© Rolando Diez de Medina, 2005  
La Paz – Bolivia

### INDICE

[EL MAR](#)  
[UN COLIBRI](#)  
[EN EL TIEMPO Y HACIA ATRÁS](#)  
[EL GUERRILLERO Y LA LUNA](#)  
[MAESTRO DE JUSTICIA](#)  
[EL CONEJO ROSADO](#)  
[JUAN WILLKA](#)  
[EL VUELO](#)  
[NAUFRAGIO](#)  
[EN EL CERRO](#)  
[ROBERTA](#)  
[AQUELLA VEZ](#)  
[EL SECRETO](#)  
[REENCARNACIÓN](#)  
[EL REGRESO](#)  
[VIAJE NOCTURNO](#)  
[SUEÑOS](#)  
[NICOLÁS Y LA CONFUSIÓN](#)  
[DETRÁS DE LA FLECHA](#)  
[Juicio sobre libros de Fernando Diez de Medina](#)

EL GUERRILLERO Y LA LUNA, rompe, deliberadamente, la unidad del conjunto cuentístico, ofreciendo una gama rica y variada de relatos en los cuales alterna lo trágico con lo sentimental, lo costumbrista con lo imaginario, lo descriptivo con lo psicológico, el realismo certero con la remontada fantasía; y hasta brinda, el cuento final, un toque magistral de sátira y denuncia contra el difícilísimo literario y las acrobacias verbales en boga.

Por el vuelo imaginativo; la destreza con que perfila situaciones y personajes, y la elegancia estilística, Diez de Medina se acredita narrador de vena sugestiva, con pleno dominio del género.

Algunos de sus relatos —Un Colibrí, En el Tiempo y Hacia Atrás, El Guerrillero y la Luna, Maestro de Justicia, El Vuelo, Roberta, y Juan Willka —constituyen piezas de antología.

Estos relatos de acusada originalidad, bellamente escritos, consagran el prestigio de un maestro en el arte de narrar.

(Foto Fredy Alborta)

Contar una historia. O inventarla. Nada más.

Y para evitar la tensión dramática, alternar los relatos patéticos con los sencillos. ¿No es la vida un ascender y un caer de ola? La literatura que la refleja seguirá su curso vibrador: de lo agitado y conmovido al sereno discurrir.

Ni acertijos lingüísticos ni enigmas de construcción.

El narrador no aspira a trocarse en alquimista. No quiere ser oráculo. Ni lo atraen las astucias de los modernos hermetistas.

Por su mucho saber, por su excesivo cavilar, Europa enredó las mentes, desarticuló las formas. Ya pocos pueden escribir sin internarse en un laberinto del cual no salen ni autores ni lectores. Hasta los hijos de América, trepados al bastión occidental, devienen epígonos de la dislocación formal y del perturbado razonar que convierten la nobleza del relato en un enigma para desocupados.

Un cuento. Un relato. Una narración. Fragmentos de vida, centellas de la fantasía. ¿Por qué cercarlos con ángulos esdrújulos?

Transmitir historias o expresar ideaciones imaginadas no es tarea de brujos.

Heráclito, el oscuro, podría ser el padre de los narradores contemporáneos. O Joyce, el descabezador.

El escritor andino prefiere la línea nítida, la claridad radiosa de sus montañas nevadas. Y al fondo un azul de cielo que suscita la alegría y la esperanza, aun en medio a los tintes dramáticos que signan nuestra época.

## EL MAR

Creía en la montaña pero soñaba con el mar.

Ciertamente lo ignoraba. Su extensión. Su color. Su cambiante movilidad. La altura de sus olas y el juego de la espuma. Cómo se abría al paso de las quillas de los barcos y cómo se compactaba nuevamente cuando el pez volador saltaba en el aire. Sus furias ¿levantaban castillos en el agua? Las rocas ¿se estremecían al contacto de sus largas lenguas ávidas? Y esas lentas agonías en la arena de las playas ¿cómo, retornando, se convertían otra vez en coléricos embates de legiones encrespadas? De noche el misterio. De día, siempre el enigma. Porque nadie le conoce término. Ni la manera de sus reacciones. Puede conmoverse por la fuerza oculta de los abismos que guarda. Por obra de los vientos, de las corrientes encontradas, de fenómenos atmosféricos. Acaso por radiaciones que bajan de los astros. O por su propia y natural voluntad. Ser incomprensible: ni los marinos veteranos, conociéndolo, llegan a entenderlo bien. La tierra, quieta, se deja oír y aprehender. El mar, siempre en movimiento, esquivo, tornadizo, beldad en fuga, no se entrega. Como el alma del hombre muda y escapa. Recorre toda la gama de la fuerza: del suave ondular a la explosión tempestuosa de los líquidos ejércitos. ¿Una fuerza de la naturaleza? Era más, mucho más. Un ser inmenso, una persona irreal pero persona al fin. Para él los grandes navíos, cascaritas. Las gentes menos que cabecitas de alfiler. Y cuando se enoja pueden temblar puertos y ciudades: lo arrasa todo. Pero también dulce y seductor en la mansedumbre de las olas, cuando el ciclón y las trombas no lo provocan.

Todo esto lo sabía de oídas, de segunda mano. Cine, revistas, libros, descripciones de marinos y viajeros. O lo imaginaba. Porque nunca había bajado a la costa. Encerrado en sus montañas, estaba como encapsulado en el país alto, lejos, muy lejos de las grandes corrientes marítimas. Y la atracción del gigante desconocido era mayor cuanto menores sus posibilidades de

llegar a él. Un hombre pobre, que apenas gana para comer y pagar el techo que lo cobija ¿puede pensar en viajar? Era orgulloso y pobre. El mar, entonces, por obra de su orgullo y su pobreza, se transformaba en la deidad inaccesible: nunca llegaría a ella.

Pero crecía, crecía en su ámbito interior.

Compuso en su honor bellos poemas que no tenía dónde publicar, porque ¿quién acoge al desvalido? Y fraguaba ensayos extraños en los cuales la ciencia se agarraba a trompadas con la fantasía. ¿Era el mayor fenómeno cósmico, sólo una desmedida fuerza natural; o el ser grandioso, inexplicable que él suponía? Era, seguramente, ambas cosas. De su seno brotó la vida. En él se extinguiría.

Creía también en las transmigraciones. Mas de esto no hablaba con nadie, porque temía que lo creyeran loco. Solía soñar que paseaba seguido de hermosas mujeres por playas azules. O despierto, con los ojos entrecerrados y los oídos atentos, recogía el fragor musical de las olas estrellándose en los acantilados, y el yodo y la sal se introducían por sus fosas nasales. Pero sueño y ensueño terminaban, las imaginaciones se desvanecían y sólo el paisaje adusto del altiplano quedaba en su retina.

Era un tema obsesivo. Algo tuvo que existir entre él y el mar. Antes. O sobrevendría después, porque no era posible esa vinculación ardiente, continua, de su mente con el Gran Señor, si no hubiese existido un ligamen anterior.

Seguramente: el mar y él eran viejos conocidos. Pero tampoco esto podía discutir con los demás, porque si no conocía el mar ¿cómo hablar de lo ignorado?

Extraños olores marinos invadían sus fosas nasales. Recogía voces, sonidos, estrépitos raros, sólo al soñar y meditando solitario. Y tenía visiones singulares: olas que se alzaban como muros colosales, la serpiente marina devorando barcos en su ondular colérico, los escuadrones líquidos azotando enfurecidos las escolleras. Y más que grandes navíos modernos, presentía el lento y valeroso avanzar de los veleros. Pequeñas barcas, veleros, alguna vez embarcaciones mayores siempre tripuladas por remeros.

Era un camionero, hijo del pueblo. No bebía ni gustaba de las farras. Huraño, silencioso, esquivaba a sus compañeros.

—Déjenlo, zonzo es —decían los chóferes.

Nadie sabía de su cuaderno de poemas ni de sus relatos extraños. Menos de su pasión por el mar. Llevaba pasajeros y carga de La Paz al altiplano, o se sumía en las quebradas de los Yungas. Serio, cumplidor, era solicitado por el pasaje y los comerciantes. Conducía con destreza y con prudencia. Ojos, manos y pies atentos al trayecto, con ese sexto sentido del buen conductor que no yerra en la maniobra. ¿Quién podía imaginar que guiando el vehículo con perfecto dominio, el camionero podía desdoblar su mente soñando peripecias marinas? Porque él estaba presente siempre en su alma. Presionaba su voluntad. Cuanto más dura y seca la tierra, más húmedo y próximo el mar. Y cuando viajaba al Lago, la comunicación se acrecentaba. Era como si dos viejos amigos se volvieran a encontrar.

—Tu otra vez —decía el Lago—. Hiciste bien; tenía ganas de conversar.

El camionero reía jovial: —Ellos no saben que tú eres el mar.

Dialogaban largamente, hasta que un compañero, tocando el hombro del extasiado en la ácuea lejanía, aconsejaba:

—Vamos, es hora de volver.

Le habría gustado frecuentar el Lago, pero su trabajo lo obligaba a transitar lejos de sus riberas.

Y el Moisés Mamani seguía trabajando para la tierra y pensando en el mar.

Una mañana se despertó sobresaltado. Una tenue claridad dibujaba apenas los contornos de los montes. Un ruido sordo, tempestuoso parecía venir de lejos. Se puso el saco y un poncho y abrió la puerta de su casucha. A la derecha se adivinaba el bulto del Illimani. A la izquierda, por la batea altiplánica, avanzaba un inmenso rumor de aguas en tropel. Su vista penetrante lo vio a gran distancia. Era El. Inmenso, grandioso, poderoso. Avanzaba bajo la forma de un muro altísimo que cerraba como cortina descomunal el horizonte. Las olas atropellándose, juguetonas y terribles. La espuma brincando, allí en la cima del gigante. Y conforme avanzaban las aguas se tragaban a la tierra. Todo desaparecía bajo la invasión irresistible de la fuerza líquida.

El camionero corrió, jubiloso, al encuentro del Gran Señor. Las aguas lo envolvieron y elevándolo hasta su cresta siguieron en bravía cabalgata hacia la cordillera de Araca.

Los médicos no acertaron si el Moisés Mamani había muerto de frío o por una lesión orgánica.

Tampoco el camionero supo si el encuentro con el Mar era la reminiscencia de un suceso remotísimo. O si por el contrario debía acontecer muchísimo después. En una futura reencarnación.

### UN COLIBRÍ

Eran jóvenes, sanos, alegres. Ambos de buena estampa. La vida les sonreía ¿y cómo no había de sonreírles si andaban por el quinto mes de matrimonio?

El: un hombre inteligente. Ella: una mujer de personalidad. Todo confluía para asegurarles eterna ventura.

El mucho amor o el mutuo respeto hacían que cada cual cediese gentilmente al otro. Los problemas morían antes de nacer, las discusiones terminaban en risas. La vida era un encanto porque los recién casados ignoraban el valor de la palabra "desacuerdo".

Esa mañana, tumbados en la hierba, extasiados en su querer, trasfundían al jardín las excelencias de su interior armonía. La vieja acacia de ramaje opulento ofrecía refugio a una bandada de pajarillos: negro y oro, negro y oro, negro y oro sobre el verde vivo de las hojas que a su vez esmaltaba el fondo misterioso del cielo azul. Era un prodigio. Y el parloteo de las avecillas esparcía los ecos de un idioma ignorado pero que jamás llegaba a cansar. Miraban los claveles y los claveles parecían estallar de contento. El agua fluía del vertedero dulcemente. Una brisa levísima agitaba las hojas de las petunias risueñas. Cogían piedrecillas y las arrojaban delicadamente al aire como temerosos de hacerles daño. Allá, en el confín, nubes blancas y montañas purpúreas iniciaban un diálogo vivaz. Era un prodigio. Solos, tranquilos, felices sentíanse los actores de un idilio edénico.

Como una llamarada súbita, un colibrí rasgó la mañana con el centelleo de sus alas vibrátiles.

—¡Es el portador de la felicidad! —dijo ella emocionada.

Contemplaban extasiados al ave rapidísima que brincaba de corola en corola, se paraba en el aire con gracia singular, o en ascensos y caídas al sesgo escapaba más ligera que el mirar. Los movimientos del picaflor: ¿pueden ser seguidos, pueden ser descritos? Es tan veloz que está escapando siempre. Pero esa mañana, menos apresurado que otras veces, el colibrí se detuvo largos minutos sobre un mazo de flores: chupaba el néctar ambrosíaco, salía disparado hacia lo

alto, caía velocísimo, se paraba fulmineo en el espacio. Regresaba al mismo lugar y como los recién casados estaban cerca, podían seguir su misteriosa trayectoria. Era como si el pequeño pájaro hubiera duplicado su dicha.

—¡Qué maravilla! —dijo Ricardo— y lo que más me gusta son sus alas verdes.

Diana lo miró sorprendida:

—¿Verdes? Querrás decir azules...

El miró a la esposa sonriente:

—Fíjate bien: son verdes.

Ella contestó con una larga risa:

—¿Cómo puedes confundir los colores? Sus alas son azules.

Calló el esposo por unos instantes. ¿Estaba equivocado? Siguió mirando con atención al avecilla maravillosa; no: sus alas eran verdes, verdes, verdes. No estaba equivocado. Ese fulgor de esmeralda sólo podían darlo las plumas verdosas. Fijóse con mayor detenimiento: sus ojos no podían engañarlo. Un verde lustroso, vivísimo, encendía las alas del picaflor.

—O sufro un defecto óptico —expresó— o esas alas son tan verdes como la hierba en que reposamos.

Diana ya no sonrió. En voz baja murmuró dulcemente:

—Todos podemos equivocarnos.

—Evidentemente —replicó Ricardo— todos podemos equivocarnos. Pero esta vez, amada Diana, estoy en lo cierto: las alas son verdes.

La esposa lo contempló extrañada.

—Son azules — contestó moviendo lentamente la adorable cabecita.

El sintió una rara desazón. Un venablo punzante quería penetrar su carne. Era la primera vez que ella lo contradecía. ¿Y por qué? Por las alas de la avecilla pasajera. ¿Valía la pena contradecirse mutuamente? Verdes, azules... ¿Qué más daba? ¡Bah! La dejaría con la ilusión de haber vencido. El instante en que se preparaba a reconocer su derrota, la voz de la esposa resonó fría, segura, terminante:

—Me extraña tu insistencia. Esas alas son tan azules como el cielo que nos cubre.

Se estremeció el esposo. ¿Había hablado la amada Diana? Le pareció advertir un tonillo burlón, hasta desafiante en sus palabras. La adorable cabecita de esta descendiente de germanos se transformaba en la testa dura de una valquiria inexorable. ¡Qué! ¿Trataba de dominarlo? Hasta entonces no había pensado en ello; le había jurado sometimiento y lealtad en el altar. ¿Cómo podría rebelarse? Por qué esa porfía, esa terquedad en llevarle la contra, cuando él veía que las alas del colibrí eran indiscutiblemente verdes... ¡No! De ninguna manera: no se dejaría imponer. La dulce compañera se desvanecía bajo los rasgos de una mujer nueva, altanera y agresiva. ¿Cómo podría permitirlo? El era el señor de su casa, debían respetarlo, aun cuando se equivocara (y bien sabía él que la equivocada era ella). Recordó la experiencia de amigos mayor tiempo casados: así comenzaba la sumisión a la mujer; ceder en la primera discusión, y luego en segundo lugar para toda la vida. ¡No! No podía ser.

—Deja de discutir —manifestó secamente. He dicho que las alas son verdes y basta.

—Dictador tenemos —expresó Diana—. ¿Pero qué mosca te picó esta mañana?

Y lo miraba arrogante, desafiante.

El marido se mordió los labios para no soltar una torpeza.

Diana, entretanto, monologaba silenciosa. Y éste es el maridito complaciente, el que se bebía los vientos por mí. Nunca me contradigo, pero ahora, al muy fresco, se le antoja imponerme su voluntad sin tener la razón de su parte. ¡No, y no! No cejaré. Primero porque la verdad está de mi parte (las alas del picaflor son azules, azules, azules), luego porque si lo acostumbro a imponerme su capricho estoy perdida. Ricardo, el queridísimo Ricardo, se disolvía detrás de las líneas agresivas de un capataz mandón.

Transcurrieron unos instantes. De pronto el marido, conciliador, insinuaba:

—Bueno: si tu quieres verlas azules, que sean azules para tí. Para mí son verdes y bien verdes.

Ella hizo un mohín despreciativo:

—No se trata de particiones salomónicas. Una cosa no puede ser otra cosa, ni un color otro color.

El, sardónico:

—¿Insistes en tu terquedad?

—El terco eres tú.

—Fíjate que ya no hablamos del color de las alas del colibrí. Ahora nos estamos juzgando a nosotros mismos...

Ella, orgullosa:

—No he comenzado yo.

—¡Claro, yo tengo la culpa! Yo ofendí a la sensitiva.

—No te burles, me estás ofendiendo.

Ricardo miró a su mujer satisfecho. La había ofendido, comenzaba a reaccionar. Luego no tenía razón. Mujer al fin desviaba al terreno subjetivo lo que era una cuestión objetiva.

—Me parece absurdo discutir por una nimiedad —lanzó tranquilizador.

Más ella no parecía dispuesta al avenimiento.

—Me has dicho terca, esto es un insulto —repuso otra vez desafiante.

El marido se encrespó a su vez:

—¿Entonces no puedo decir a mi mujer que se equivoca, y terca si persiste en mantener su error?

—Eres tú el equivocado.

Y el bendito colibrí no quería alejarse. Seguía vibrando sus alas en reflejos múltiples que Ricardo recogía verdes y Diana contemplaba azules. Un largo silencio había seguido a las últimas palabras. Los jóvenes esposos parecían sumidos en el espectáculo deslumbrador del picaflor, siempre placentero, no obstante la acidez de la disputa. Era tan lindo, tan gentil ¿cómo podían disgustarse si se trataba del portador de felicidad? La joven se enterneció. Se disponía a lanzar un anzuelo de paz, pero el pérfido pez masculino no quiso recogerlo pues antes de que ella profiriera palabra resonaba la voz de Ricardo:

—Yo lo único que te pido es que seamos razonables. Pasaremos la vida juntos. ¿Cómo entendernos si comenzamos con discusiones baladíes? Pierdes la cabeza por nada...

—¿Por nada? Un error tuyo y te enfureces.

—No me enfurecí. Fuiste tu la que dijiste la primera palabra hiriente.

Diana sonrió desdeñosa:

—¡El me dice "terca" y yo soy la que hiera!

El esposo la miró compasivo:

—Te desvías, nuevamente. No se trata de nosotros, sino de las alas del picaflor. (Y señalando al pájaro que revoloteaba gozoso) ¡Mira, mira, ahora sí que no puedes negarlo! ¡Las alas son verdes!

La joven contestó al punto, enfadada:

—Justamente, ahora, es cuando las veo más azules que nunca.

El, indignado:

—Eres testaruda, no quieres reconocer tu error. Ella, furiosa:

—Me estás insultando otra vez.

—¿Pero ves bien o eres ciega?

—El ciego eres tú.

El marido, desesperado:

—¡Que por definir un color llegue a saber con quién me casé!

La esposa, con altivez:

—Un color, cualquier incidente bastan para definir al caballero...

Ricardo, sobresaltado:

—¿Quieres insinuar, a vez...?

Diana, volteando la cabeza:

—Piensa lo que quieras. No hablo con groseros.

El joven mordaz:

—Me estás insultando.

—Tú lo hiciste primero.

Se habían dado las espaldas. Luego, lentamente, fueron girando hasta verse otra vez frente a sí. Ambos tenían los ojos bajos como evitando mirarse. (Y el bendito colibrí seguía sus evoluciones vertiginosas, tiñendo, siempre, de azul el alma de Diana, de verde el corazón de Ricardo).

—"En serio —pensaba Ricardo— si no la convengo de que yo tengo la razón, habrá rompimiento definitivo. ¡Qué mujer porfiada! La dulce Diana de su amor tenía que entregarse dócilmente a la voluntad de su señor y marido".

La dulce Diana, a su vez, no se sentía dispuesta a ceder. "Si me quiere me debe obediencia —reflexionaba—. Que abandone su empecinamiento. La razón y el color están de mi parte. Que reconozca su error y vuelva sumiso a mis brazos".

Ambos buscaban la reconciliación pero ninguno se hallaba dispuesto a ceder. El amor propio los separaba como río insalvable.

Pero si son verdes —se decía Ricardo mirando con fijeza las alas del colibrí.

Son azules, azules — pensaba en silencio Diana.

Y de pronto ocurrió lo inesperado. El picaflor batió las alas cerca, cerquísima de ambos, los reflejos de la vibración rapidísima despedían fulgores nuevos: ni azules, ni verdes. Eran más bien manchas móviles de púrpura, violeta, un color compuesto entre solferino y azafrán. Luego, vertiginoso, dejando en sus retinas la impresión de un incendio cromático donde nada tenían que hacer el verde ni el azul se perdió en lejanía tan rápido como había llegado.

Los esposos se miraron confusos.

—No eran verdes —profirió Ricardo avergonzado.

—No eran azules —agregó Diana turbada.

—Perdóname, estaba equivocado.

—Perdóname a mí. Fui yo la equivocada.

Se cogieron tiernamente de las manos. Y mientras avanzaban al nido que cobijaría su idilio la promesa brotó solemne:

—Nunca más volveremos a discutir.

—Nunca más...

Pero el colibrí fugitivo de alas tornasoladas levantaba ya nuevas disputas en otros seres y otros lugares.

### EN EL TIEMPO Y HACIA ATRÁS

"Retrato de un Caballero Desconocido" por Pieter Codde. Un pequeño cuadro de treinta por veinte centímetros, ceñido por un marco barroco. Sólo mitad del torso y la cabeza ensombreada. Blancos, negros, variada gama del pardo, la piel como viva, los ojos azules, el bigote finísimo, un marrón devorando claros de tintes pálidos.



Podía ser un aristócrata. Un juez. Un gran señor acaudalado y feliz. Un maestro en la ciencia del vivir. Un jefe de hombres. O simplemente un varón que quiso posar para el pintor holandés.

Sucedió trescientos años antes. Pero esa mirada honda, penetrante, ese rostro enigmático emboscando una sonrisa, ese aire altanero y burlón a un tiempo mismo, sugerían algo más; algo que el fino trazo del dibujo y la armonía colorística no podían atenuar: el carácter. Era eso: todo un carácter, una poderosa voluntad revestida de suaves apariencias. Y le gustó precisamente por eso, porque la seductora imagen pintada en cobre, detrás del velo pictórico, escondía algo más intenso, una palpitación dramática, como si el personaje estuviera a punto de revelar su secreto.

Lo adquirió por una suma elevada; era, verdaderamente, una pequeña obra maestra.

No llamaba mayormente la atención. Delicado, sutil, los encajes de la época reproducidos con precisión miniaturística. Era un primor de realismo plástico y de buen gusto. Pero lo primoroso suele pasar desapercibido en esta era de volúmenes, velocidades y violencias de forma y de sentido. Apenas si dos, tres amigos repararon en la pintura sin concederle mayor importancia. Mejor: porque entonces él, introvertido, celoso de lo suyo, pudo concentrar en el Caballero Desconocido su admiración. La necesidad de comunicar con otro. La indagación de lo que se ignora.

Claro está que esa comunicación no se expresaba en forma de diálogo, con palabras ni actitudes movibles. Sucedió solamente.

El retrato seguía siendo el retrato. Farid su dueño. Dos mundos, dos seres rigurosamente incomunicables. El uno vivo de treinta y cinco años; el otro muerto de trescientos. Pero en la soledad de su existencia de luchador, en ese fondo íntimo vedado a quienes lo conocían, él hizo de la efigie del Caballero Holandés un centro de vida espiritual. Lo incorporó a su ámbito interior. O tal vez se introdujo en el espacio abolido del otro. ¿Cómo sería? Lo cierto es que comunicaban sin comunicar, de un modo extraño, que desbordando las líneas severas y aristadas del plano físico, lindaba en lo incomprensible como si el hombre desvanecido y el varón subsistente fuesen a encontrarse en una remota lejanía sin tiempo pero con atmósfera. Sí: positivamente, se acercaban. Fraternalizaban sin tocarse. Sin habla. Cambiaban ideas, consejos, experiencias que sólo uno podía resumir pero que en realidad —en realidad extracorpórea— ambos elaboraban.

Farid no confió a nadie lo que acontecía con el Caballero. Adivinaba que nadie lo creería.

Y eran ya diez años de sólida y leal amistad. Política, amores, negocios, libros, aficiones artísticas; aun puntos de religión y filosofía, todo podía analizar y discutir con el amigo que inmovilizado en el retrato se animaba para él en misteriosos coloquios sin voces pero con mensaje. Y el mensaje era recíproco, porque el Caballero transportaba el siglo XVII al Estudio de Farid, y éste descubría al Caballero cosas y modos del atómico ocurrir.

Era más o menos fácil entenderse en todas las materias. Sólo discreparon en el gusto musical, cuando uno se aferró a Bach y a Mozart y el otro a nombres holandeses desconocidos.

La divergencia mayor sobrevenía, por lo general, en materia política. "Ustedes no saben hacerse obedecer —proponía el Hombre del Retrato— han perdido el don del mando. Nosotros fuimos señores en el planear y en el hacer: dueños del mundo, amos de hombres". Farid recogía con atención lo que decía el holandés, pero su punto de vista era igualmente firme. "Exagerado —replicaba— exagerado. Es que el mundo se ha tornado mucho más complicado y los hombres más difíciles. látigo y puños son hoy insuficientes. La astucia, la maniobra subterránea, la extrema movilidad deciden los conflictos". El Caballero insistía: "¿Por qué hablan tanto? Obrar es más eficaz". Farid argüía: "Teorizamos mucho porque las líneas en fuga del pensamiento actual se multiplican sin descanso. Todo debe ser explicado, medido, pesado, antes de lanzarse a la acción". Y en esta materia la discusión se hacía vehemente, interminable porque ¿cómo aproximar dos

orbes disímiles, dos maneras opuestas de entender el manejo de la sociedad humana? No peleaban nunca (a veces ligeros resentimientos) y siempre regresaban, porfiadamente, al tema político, acaso porque ambos lo frecuentaran. Luego el Caballero era leal: criticaba y disentía con vigor. Tampoco Farid le iba en zaga: refutaba ardoroso a su contrincante, y ese mismo divergir de criterios encendía la discusión y abría anchas perspectivas al debate posterior.

Pero no sólo en política. Cuando Farid se sentaba frente al retrato o de pie, cruzados los brazos, hablaba con él (perdón: quise decir comunicaba) se producían maravillosas experiencias, transmisiones recíprocas, un intercambio inaudito de lo desvanecido con lo viviente, al punto que más de una vez cada cual otorgó al otro título de maestro.

El Caballero Desconocido resultó, para Farid, un amigo. En verdad su mejor amigo. No sabía mentir, no hacía promesas falsas, se orientaba a la verdad; y sus consejos respiraban afecto y comprensión.

Resultó, pues, lógico, que le confiara problemas y quebrantos. Supo así el holandés por qué Farid permanecía soltero después que un mal amigo le raptó la novia, quitándole confianza en las mujeres. Conoció el mal estado de sus finanzas. Se acongojó al informarse de la traición y las decepciones que lo circundaban en la lucha política. "Eres fuerte pero demasiado idealista —dijo el Caballero— el jefe de hombres tiene que ser duro, inexorable". Farid, vacilante: "¿Y si no confío en los viejos amigos, en quién voy a confiar?" El holandés, hosco y burlón: "En política no hay amigos; solamente hombres útiles y hombres inútiles". Aprobaba o desaprobaba sus escritos con fino instinto crítico. Aconsejaba discreto en los trances de peligro o de duda.

Farid, a su vez, inquiría sobre el pasado del Caballero. Un dominador, un victorioso. El mirar imperturbable de los ojos azules, la sonrisa emboscada, ocultaban un sereno desprecio por el mundo y por los hombres. Sólo un amigo había conocido, y ese amigo falló. "Con todos mis éxitos, tu eres más afortunado". Y le abrió tales revelaciones del vivir en la clase alta de Holanda en el XVII, cosas que no refieren los libros, que dejó pasmado al amigo inquiriente.

Este diálogo sin diálogo, esta amistad animada dentro de lo inanimado, este entrecruzar de dos mundos y dos almas separados por el abismo aparentemente incolmable de trescientos años, se realizaba en un plano irreal, o de sur-realidad ¿cómo sería? al extremo que muchas veces Farid se preguntaba si no estaría soñando, imaginando, o proyectando su propio pensamiento en el retrato para hacerlo sentir y pensar lo que en verdad no podía éste expresar, por pertenecer a un mundo muerto petrificado en el olvido.

No. No era así. Porque cuando se aproximaba al cuadro, éste cobraba vida inusitada. Formas y colores se henchían de un suave palpar. Y mirándolo, como asaeteado por una lluvia de dardos finísimos, invisibles, Farid sentía que las ideas brotaban como relámpagos de su cerebro.

Entonces el Caballero, desplegando la fina sonrisa, despidiendo chispas de luz de los ojos azules que miraban burlones enmarcados por la gran peluca de bucles rojizos, sugería irónico: "¿Desconfiando otra vez?"

Tampoco podía ser que el Caballero adquiriese vida transitoria, que el cuadro hablase, que influyera dictatorialmente en Farid dominándolo a su antojo. Tampoco. No era así.

Y muchas veces no pudo contactar con él. Solía cerrarse en inmovilidad letal. Sus intentos desesperados por comunicar con el Caballero fracasaban. El se hacía presente o "llegaba" de un modo extraño: cuando él quería o cuando Farid estaba en forma para entenderlo. Quizás en ciertos momentos singulares en los cuales, atravesando la malla del tiempo, pintura y hombre transvasaban misteriosas esencias líquidas, aéreas, de gases volátiles que diluyendo las líneas rígidas del presente, aproximaban cosas, gentes del pasado, o descubrían el velo sobre acontecimientos no sucedidos todavía.

Porque lo cierto es que el Caballero predijo la muerte del peor enemigo de Farid dos meses antes de su deceso. Le anunció, con muchas semanas de anticipación, que una mujer llamada Leonora encantaría su vida. Profetizó que al descalabro político seguiría un gran éxito intelectual. Y tantas cosas más.

Pero también el holandés arrastraba, sutilmente, a Farid hacia atrás. Con su lenguaje sin palabras, provocando imágenes ultra-verbales, en modo inexplicable, más cerca del sugerir que de una realidad visible redondeada y asible, hasta se diría que encendiendo de luz las penumbras del laberinto mental, lo conducía por parajes ignorados. Solía verse, en compañía del Caballero, recorriendo calles poco transitadas, en una ciudad de edificios bajos, canales apacibles, sombreada de árboles tranquilos. Las gentes caminaban con lentitud y parsimonia. Muchas venias, mucha compostura. Apenas algunos carruajes. Literas. Damas embozadas. Señores a caballo. Transcurriendo todo en una atmósfera de calma que inquietaba al nervioso Farid. Mas pronto se acostumbró hallando un raro deleite en ese retornar al tiempo desvanecido.

¿Era en la dulce Holanda, en un puerto desconocido? El Caballero sonreía y callaba.

Diez años de leal y sostenida amistad. Farid confiaba todo al holandés, cierto de no ser traicionado. Este, a su vez, le descubría cosas, seres, costumbres de un paisaje irreal que lejanísimo en los años de pronto se acercaba en un rayo de luz y comprensión.

Comunicaban. Ciertamente, más de un modo no-real, no concreto, no explicable por palabras ni por imágenes.

Mirado con fría lógica, parecía absurdo. Lo inanimado no puede comunicar con lo animado. Ni lo muerto con lo vivo. Un psiquiatra habría dicho: "Divagar psíquico, ultra sensibilidad imaginativa, proyecciones o desdoblamientos del "yo". Pero había algo más, mucho más... Y cuando encerrado en su Estudio, Farid iniciaba las confidencias con el holandés, transportado a un plano que hacía arco sobre los tiempos, vivía, positivamente, una realidad-irreal (¿contrasentido, alucinación?) que sólo él llegaba a percibir, y de la cual se beneficiaba ampliamente, porque cada vez los diálogos-mudos con el Caballero se hacían más bellos y fructuosos.

Este le aconsejaba eludir la política, retirarse más bien. "No puedo decir más —previno— porque el destino de cada cual no es revelable".

Farid no hizo caso. Y sobrevino el desastre. Herido en una intentona revolucionaria, corrió a refugiarse en su casa. No se dejaría prender. Arreglaría sus papeles, una pistola, y sus perseguidores burlados.

Terminó de ordenarlos, quemó otros, y el momento que empuñaba la pistola elevándola a sus sienes, el Caballero sugirió perentorio: "¡Rápido, ven conmigo. Ya están derribando la puerta de entrada!"

El cuadro del Caballero Desconocido creció, creo ció. Brotaron piernas y brazos, la mitad hasta entonces no visible de la figura familiar. El holandés cogió de la mano a Farid y lo arrastró por una perspectiva penumbrosa que hendía el cuadro y el muro hacia una infinita lejanía. Corrieron mucho, hasta que se les cortó la respiración. Y el pasadizo terminaba en un lugar plácido, con casas de ladrillo, los velámenes de las barcas asomando por los canales en reposo. Algunas gentes saludaban ceremoniosas, caminando con digna lentitud. De los árboles bajaba un aire de paz y de quietud.

Entraron los agentes encabezados por el Jefe de Policía.

En el Estudio sólo había muebles, libros. No estaba Farid.

Un joven agente, medio poeta, medio soñador, dijo a otro conmovido:

—¿Te fijaste en el cuadro del Caballero Holandés? Al entrar me pareció que estaba hendido en el centro. Debió ser un reflejo de luz.

### EL GUERRILLERO Y LA LUNA

Habían combatido todo el día. Enconadamente. Porque si los guerrilleros eran bravos, tampoco los soldaditos les iban en zaga. Dislocados en cuatro grupos de a quince hombres, cada cual con mando autónomo, los guerrilleros, inferiores en número y armamento a las tropas del ejército, las superaban en dominio del terreno. Conocían palmo a palmo la zona boscosa, quebradas y vertientes. Dos cuevas ocultas al enemigo les permitían reabastecerse y dormir tranquilos. Y en las sorpresas tácticas aventajaban a sus adversarios. Sus medios de comunicación funcionaban con regularidad. Pequeños aviones aterrizando en campos próximos les llevaban víveres, medicamentos, munición. El genio del comandante Vives organizó con infalible precisión la campaña: resistirían cinco meses, al cabo de los cuales el alzamiento en las ciudades derrocaría al gobierno. ¿Podrían resistir el cerco del ejército, cada día más apremiante? El comandante decía que sí. Lo rompieron tres veces. Los guerrilleros, fértiles en maniobras sorpresivas, ataques inesperados, y retiradas rapidísimas, estaban seguros de vencer, pues los partes radiotelefónicos captados al enemigo atestiguaban que éste les atribuía un número de combatientes varias veces mayor al existente, reconociendo su perfecto entrenamiento en la lucha de guerrillas y su coraje para pelear. Los temían.

El universitario Domínguez —cuarto año de ingeniería— tenía un ideal de patria nueva en el alma y una decisión sin límites en la voluntad: seguir al comandante Vives.

Verdad que perdieron catorce hombres desde la iniciación de la campaña, pero seguramente los soldados soportaban bajas por una cifra bastante mayor. No había duda: vencerían.

De asombrosa resistencia para desplazarse a largas distancias, los guerrilleros evadían a sus perseguidores desconcertándolos con sus maniobras. Ubicadas las tres columnas del ejército en campamentos al pie de la quebrada, esa noche el tercer grupo de invasores, encaramado mil doscientos metros más arriba, descansaba de las fatigas de la jornada. Tres marchas, dos contramarchas, una emboscada favorable, la captura de cuatro fusiles y una ametralladora. Cinco bajas para el ejército y por milagro sólo un herido leve para los guerrilleros, apesar de lo duro del combate.

Domínguez, de guardia, mientras sus compañeros dormían, pensaba en su extraño destino.

No era sentimental ni solía reparar mucho en el paisaje. Pero esa noche la luna, hollada por los hombres, esa masa gris, fea, desierta asomó sus bordes áureos detrás de una serranía próxima y cuando el disco de oro se redondeó, sintió el universitario que no estaba solo: una presencia misteriosa invadía su soledad, le hablaba sin palabras, lo invitaba a la confianza amistosa. Domínguez se rió en voz baja. El, ateo, materialista, ¿iba a caer en las maquinaciones de un panteísmo que siempre había rechazado su mente? Absurdo. La naturaleza era ella porque sí, debido a combinaciones de formas, colores, circunstancias que nada tenían que ver con la existencia y el actuar del hombre. Pero la luna estaba ahí, inmensa, cálida, deslumbrante. No era un mundo muerto, sino un grandioso ser vivo. "Me estoy sugestionando..." Era sólo un astro lejanísimo, sin vida, sin atractivo alguno al cual sólo el embrujo nocturno prestaba apariencias poéticas. ¡Bah! La luna, valiente majadería. Un fenómeno físico, una estratagema de las fuerzas naturales. Se insumió en nuevos pensamientos sobre las incidencias de la guerrilla. ¿Podrían soportar tres meses más de lucha, siempre acosados por los anillos del ejército? El creía ciegamente en el Comandante, diestro en burlar y en sorprender al enemigo, pero su fe disminuía al llegar los partes de las otras tres columnas: ¿fallaban sus jefes, fallaban los hombres? Lo cierto era que nunca se cumplían los planes como habían sido previstos; siempre retrasos, errores, faltas tácticas, imprevisión. Vives, con sacrificio y coraje, debía llenar los vacíos de los otros. ¿Por qué su

columna siempre respondía con precisión y las otras tres andaban al garete, como desorientadas y confusas? Y la gran cara redonda, amarilla, estaba ahí, frente a él como burlándose de sus cavilaciones. ¿Qué buscaba la maldita? Selene nada tiene que hacer con la guerrilla. Mejor guardada la oscuridad, mejor el silencio hasta que llegue el momento de combatir. Domínguez caminaba con pasos cortos sobre el breve trayecto que recorría con marcha regular. Se detenía, atisbaba en torno. Calma absoluta. Reanudaba el paseo, los ojos bien abiertos, los oídos atentos, la mente vigilante; simultáneamente podía desdoblarse, sin abandonar su guarda, a reflexiones diversas. ¿Por qué estaba en la cumbre de un cerro, a la espera de un nuevo choque armado? Era tan adorable María Teresa, sus padres tan buenos, la vida estudiantil tan excitante, su hogar tan acogedor, su carrera se le presentaba fácil, seductora. Todo lo dejó por un ideal de patria mejor: había que cambiarlo todo, aun a riesgo de la propia vida. ¿Qué vale un profesional más si la sociedad que frecuenta está podrida y corrompida? Y esa sociedad que lo había generado y cuidado hasta hacer de él un brillante estudiante de ingeniería ¿estaba realmente tan viciada y descompuesta para justificar su sacrificio o sólo fue un impulso de rebeldía idealista el que lo había llevado a la guerrilla, sin medir el fondo oculto que animaba a sus componentes? Era tarde para echarse atrás, ni lo haría. Pero no olvidaba los diálogos, las disputas, las cobardías y las astucias entre los hombres de la guerrilla. ¿Cuántos eran los verdaderamente idealistas y arrojados, capaces de entregar sus vidas por la causa? Siete, ocho, acaso diez... Los otros cincuenta, más realistas o menos soñadores, evitaban exponerse, exigían, protestaban contra todo y contra todos, se atribuían faltas recíprocas. Eran indisciplinados y siempre andaban descontentos. Únicamente la columna del Comandante Vives respondía bien por la absorbente personalidad de su conductor. A Domínguez lo preocupaba la rivalidad entre Molina y Firmantes, otros dos jefes de columna, ambiciosos y negligentes que más se ocupaban de las fruiciones del poder cuando las cosas cambiaran. Y la muy boba seguía allí, como una inmensa gigante burlona, desafiadora; parecía invitarlo a discutir. ¿No podría ser una inmensa persona, un ser sobrenatural, escondido en la redondez lunar, guardando sus filtros mágicos para aquel que fuese digno de alcanzar su lenguaje enigmático? ¡Estupidez! Eran la soledad, el silencio, el hechizo nocturno que lo hacían desvariar. Se trataba, únicamente, del espejismo, lunar. La miró fijamente, retador: él era un guerrillero, un marxista frío, razonador, que no se dejaba atrapar por fenómenos visuales ni turbaciones mentales. Lo que no puede explicarse económicamente deja de ser un fenómeno real y al revolucionario sólo le interesan hechos reales, cosas, fenómenos, medidas de tiempo y de valor. La luna, demasiado distante, nada tiene que hacer con la tierra ni con los terrestres. Menos, todavía, con los guerrilleros, empeñados en su heroica brega, que carecen de tiempo para soñar. ¿Qué importa lo que sean y hagan los astros? Lo que importa es la conquista de la realidad inmediata, la afirmación del ser vivo. Aplastar, mañana, a las tropas del ejército o que ellas nos destruyan: ese es el dilema. ¿Qué cuenta Selene en esta grave discordia de hombres? La enorme bola, incandescente un día, hoy fría y muerta rodando en el espacio ¿qué relación puede tener con este puñado de idealistas dispuestos a jugarse la vida para cambiar el mundo? Cuanto más analizaba el asunto menos comprendía por qué había dejado el ámbito frío, regular, geométrico de la ingeniería por el torbellino voluble, inaprehensible de la política. Porque supongamos que triunfemos... ¿Y luego qué vendrá? No veía cabezas, conductores, ni siquiera un programa definido, planes concretos para emprender ese anhelado cambio de estructuras. Una sociedad arcaica no se transforma en otra moderna por simple deseo de los hombres. Y él, investigador y calculista, observaba desazonado que los revolucionarios, grandes por su ideal de lucha, carecían en su mayor parte de preparación para administrar el pesado organismo que pretendían demoler primero para reconstruirlo después. El Estado ¿un mito o una terrible realidad? Hombres, sólo había hombres detrás del aparato estatal, de los partidos, de las siglas. Soportamos hambre, enfermedades, privaciones de todo género, renunciamos a toda comodidad, pasamos sed, curamos nuestras heridas, arriesgamos la vida; y esto, después de dos meses de combates incesantes, con ligeros descansos, va rindiendo a la gente. Pocos son los que mantienen intacta su moral de lucha, los que sobreponen la entereza espiritual al derrumbe físico. ¿Hasta cuándo? El Gran Bonzo de Túnica Amarilla, allí, alzándose y distanciándose en el horizonte, irónico y benévolo parecía decir: "tu lo buscaste; ahora aguántalo". ¿Era un astro, un gran amigo lejano, la burladora de ilusiones? ¡Maldita luna! Trasladándose silenciosa en el espacio, inmutable, tranquila, como ajena a los dolores del mundo terrestre y sin embargo influyendo en él como materia física, agitando la materia espiritual. Moviendo mares, conmoviendo almas... Siempre la misma. Si 50.000 años atrás, muchísimo antes de asirios y de egipcios, hubo pueblos belicosos, altaneros, Selene alumbró sus sueños, sus victorias, sus

desastres. Siempre igual. ¿Tenía una conciencia cósmica o los hombres se la atribuían, semejante a la humana, pretendiendo rasgar el velo de su enigma mudo? Era la soledad, era el silencio. Era el complejo psíquico de la tensión guerrillera que en los instantes de reposo mira hacia adentro, revierte la inquietud humana sobre sí misma, pregunta qué será, por qué será... ¡Maldita luna! No la miraría más mientras prosiguiera su guardia. Contemplaría las estrellas, las oscuras sombras de los árboles, los bultos-piedras. Volteóse. Avanzó un corto espacio de tierra. Luego la guardia lo obligó a regresar de frente al astro. Echó la mirada a un lado. Quiso pensar en otras cosas, pero sentía una cálida presencia —¿cercana, lejanísima?— como si un gran ser vestido de amarillo caminara junto a él. Y esta vez no irónico, elusivo, sino próximo, cordial. Quería hablar, quería decirle algo... ¡Bah! Estupideces. Que se fuera a inquietar a las niñas románticas, a los poetas plorantes. Porque la guardia en la guerrilla, para él, estudiante de ingeniería, fiel cumplidor de su deber, no consistía sólo en vigilar por la seguridad de sus compañeros, sino en ejercer un severo autoanálisis. ¿Cómo andamos, cómo seguiremos andando? Aparentemente todo se movía bien. El comandante Vives era una ardilla. Los servicios de abastecimiento, si no del todo regulares, funcionaban. La sanidad actuaba con más voluntad que eficiencia. Las comunicaciones entre los grupos actuantes no estaban interrumpidas, aunque momentáneamente se cortaban para volverse a reanudar. Cierto que las ciudades no daban trazas de alzarse por ellos, pero habían rumores de que otros focos guerrilleros fortalecerían su acción. "Que sueñen los bobos —se dijo— los guerrilleros seguiremos desmontando implacables la maquinaria del viejo poder dominador". Para dos noches más tarde, Vives proyectaba un asalto sorpresivo, a las dos de la mañana contra uno de los campamentos militares. Sería un golpe decisivo contra el enemigo. Sería maravilloso... Arrojó una mirada desafiante a la gran bola radiante que al alejarse había perdido en volumen y aumentado en belleza. La muy impasible. Lo mismo hacía divagar a soldados que a guerrilleros. El nuevo Estado proscibiría a la luna de la atención y admiración de las gentes. Era un agente de disoluciones. Debilitaba, confundía. Se reía cuando alumbraba una reunión de muchos, pero al hombre sólo lo envolvía con ojos hipnóticos. La sociedad organizada nada tiene que ver con el astro muerto. Eliminarlo. Sus efluvios sepulcrales dañan el...

Un ligero viento que se alzó en la meseta le trajo un murmullo de voces. Era imposible. Los tres centinelas estaban muy separados uno de otro. Los demás dormían, incluso los tres jefes de los grupos combatientes llamados por el Comandante.

Se aproximó a la cueva y recogió la respiración tranquila de los dormidos.

Volvió al sitio donde escuchara el primer murmullo de voces en sordina. Y el fenómeno se repitió. Con preocupación se fue aproximando hasta percibir con mayor claridad las voces. Se tendió en el suelo, reptó cuidadoso hasta situarse lo suficientemente cerca para oír sin ser descubierto.

Dos hombres hablaban en voz baja. Estaban distantes del grupo principal de los que dormían de modo que sus palabras no hubieran sido recogidas sin la traición del viento.

A espaldas de ellos reconoció sus voces: eran Molina y Firmantes, los jefes rivales de la 2ª y 3ª columnas.

—No: Giráldez no entrará.

—Entonces no contaremos con la 4ª columna.

—Imposible. Lo admira demasiado.

Un instante de silencio. Luego la voz de Molina insinuante:

—No tenemos fuerza para deponerlo.

—Es astuto, es valiente.

—Pero es demasiado idealista, quiere pelear con guante blanco. La otra vez perdonó la vida a tres oficiales que volvieron a combatirnos con más furia.

—Tú lo quieres.

—Lo sigo, cosa distinta.

—Yo reconozco sus condiciones de jefe; mas ¿a qué tanta severidad? Una vez me humilló delante de mis hombres por una negligencia sin importancia.

—Es muy blando. Sirve para la guerrilla, no servirá en la construcción de la nueva sociedad.

—¿Pero la mayoría está conforme en desplazarlo?

—Nada importa la mayoría. Nosotros decidimos.

—¿Y cómo?

—El alzamiento general está descartado. No tenemos fuerza. Además él es muy listo. Perorando o luchando nos vencería.

—No veo cómo...

—En la incursión nocturna de pasado mañana. Sus planes son excelentes. Yo creo que dará los resultados por él previstos. ¿Y qué de raro que el jefe perezca en la lucha?

—Eso sería un asesinato.

—Una bala perdida no es un asesinato.

—Esta no sería una bala perdida.

—Al contrario: una certeramente dirigida, desde atrás de nuestras filas.

—Me parece muy grave...

—Desaparecido él yo sería el jefe de las guerrillas y tú el subjefe...

—¡No! —resonó la voz de Firmantes ahora enérgica: o comandamos con igual rango los dos o no entro en la cosa.

Otro momento de silencio.

—Está bien —repuso Molina— comandaremos con igualdad de mando ambos.

—¿Juras no echarte atrás?

—Lo juro.

—Ahora durmamos que mañana hay mucho que hacer.

Las voces callaron. A poco los dos bultos respiraban normalmente. Domínguez regresó a reanudar la guardia. ¿Qué haría, qué debía hacer?

Denunciar a los conspiradores equivalía a destruir la unidad y debilitar a la guerrilla, porque ambos jefes gozaban de pleno respaldo en sus grupos. Callar significaba deslealtad hacia Vives.

¿Y si eliminaban al comandante? No se separaría de su lado, vigilaría a los facciosos, evitaría que Vives se lanzara como siempre a la cabeza de sus hombres en el ataque. Tomando medidas de seguridad se podía aplastar la conjuración; lo difícil era hacer que otros lo secundaran sin conocer el secreto del siniestro plan. Pero lo haría. Y luego, después de la sorpresa al campamento militar, que ya una vez había dado éxito en las guerrillas, informaría de todo al comandante. La guerrilla debía ser depurada.

No creía en Dios ni en el destino. Somos hijos de nuestros actos, era su máxima favorita. Frente a la vileza de Molina y de Firmantes no cabía otra cosa que mayor astucia, vigilancia extremada y el momento decisivo paralizarlos o eliminarlos. Palpó su metralleta y su revólver. Brillaron sus ojos, apretó nerviosamente las mandíbulas y una sonrisa maligna le cruzó el rostro. Los destruiría.

Fueron dos días de intensa actividad. Las tropas habían perdido el rastro de los grupos guerrilleros, ignorando que las cuatro columnas se habían concentrado en la meseta del alto cerro.

La noche del asalto —debía efectuarse cinco horas después— el comandante Vives dictaba las últimas órdenes a sus lugartenientes. Molina, Firmantes y Giráldez asentían con silenciosos movimientos de cabeza. Todo parecía perfecto. Las dudas fueron rápidamente despejadas. "Tiene cabeza, está en todo" —pensó con rabia Molina. Detrás de ellos, con otros guerrilleros jóvenes, Domínguez seguía atentamente las palabras y los gestos de los conspiradores. "¡Malditos hipócritas!" Eran los más sumisos, fingían ser los más adictos al comandante.

El asalto de los guerrilleros tomó de sorpresa a las tropas: nadie lo esperaba. Pero éstos, a su vez, fueron sorprendidos por las disposiciones tácticas de sus adversarios. En el campamento no dormían más de 150 hombres. Aparentemente sorprendidos por la furia arrolladora de los atacantes. Estos se creían ya vencedores, cuando los árboles, a sus espaldas, se encendieron en nutrida línea de fuego. Bien entrenados, se arrojaron al suelo y mantuvieron vigorosamente la lucha. Vives, perspicaz, comprendió que la mayoría de las tropas se había guarecido en la arboleda. Debían ser muchos más que los caídos. De arriba, del monte, llegó la explosión de los "stokes". Y pronto se generalizó la segunda fase del combate, más violenta, menos previsible, porque el tableteo de las ametralladoras y los tiros de fusil venían de todos los ángulos. Dióse cuenta el Comandante que habían caído en la trampa y ordenó:

—Dispensarse en cuatro columnas para iniciar el retiro. ¿Cuántas bajas tenemos?

—Sólo cuatro, mi comandante.

—¿Los enterramos?

—No hay tiempo. Salvemos las columnas. Retirada individual, mantener fuego de protección y cada columna se reunirá, separadamente, en los puntos asignados. Alguien nos vendió. Los soldados preveían una sorpresa nocturna.

El paraje, cerrado, circundado de bosque, no permitía largo vuelo a la visión. Pálida luna, pálidos combatientes. Parecían crecer las sombras como intrusos fantasmales. Gritos aislados, maldiciones, el percutir sin descanso de las armas de fuego. Por todas partes grupos que descendían con precaución al campamento, y cuerpos silenciosos que reptaban alejándose en busca de refugio. La sorpresa de los primeros instantes, la emoción de la victoria que agitaba los pechos de los guerrilleros, habíanse trocado en rabia y desesperación. A juzgar por los numerosos y dispersos grupos de fuego y por lo nutrido de los fusileros, los atacantes calcularon que los defensores los excedían en hombres y armamentos muchas veces: serían 400 o 500 contra 60.

Los guerrilleros tenían a su favor el dominio del terreno, el mejor entrenamiento para la lucha individual, y sus municiones se agotaban rápidamente ante la potencia de fuego enemigo



que debía ser contestado. Pero también los soldados peleaban con valor y eran bien conducidos por sus oficiales.

Domínguez se extremaba. No peleaba con furia como la mayor parte de sus compañeros, sino fríamente, calculando cada disparo para no desperdigarlo. Se prodigaba cumpliendo las órdenes del jefe. Se exponía yendo de un grupo a otro. Cuando las cuatro columnas estuvieron bien informadas de las órdenes y forma de la retirada, volvió junto al comandante Vives:

—Nos han vendido —repitió éste— pero estoy seguro de salvar el 75 % de nuestros hombres y equipos.

—¿De quién sospecha usted?

El comandante calló.

El combate seguía con furia. Unos, los más, acercándose al campamento. Otros, los menos, alejándose de su perímetro. Llegó un parte de la segunda columna: había chocado con el enemigo al pretender escapar por el oeste. Maldición de Vives, que se negaba a retirarse del campamento hasta que sus hombres estuvieran a salvo.

Acuclillado, junto al comandante, el estudiante se guiaba por el oído. Cada vez eran menores los estampidos de las metralletas de los guerrilleros, en tanto aumentaban los disparos de "stokes", ametralladoras pesadas y fusiles de las tropas.

Se levantó, dio unos pasos, aplastó a un inofensivo sapo y una advertencia enérgica de Vives lo echó a tierra: "¡Tiéndase!" De una sombra no muy lejana que le pareció sospechosa partieron tres tiros que pasaron sobre su cabeza.

—Ya están sobre nosotros, comandante.

—Retrocedamos en silencio. Creen que somos muchos.

Vives, Domínguez y otro muchacho que los acompañaba comenzaron el arrastre por el suelo. Unas nubes fugitivas favorecieron su retirada. Pocos minutos después alcanzaban la ribera del bosque. Descansaron unos instantes. Un gran clamoreo les informó que las tropas habían recapturado el campamento. Algunos disparos de metralletas de los suyos en lejanía. ¿Por qué los enemigos encendían hogueras? ¿Los sabían en fuga, conocían su corto número, calculaban sus bajas, o menospreciaban su poder combativo? El comandante hizo un gesto de coraje:

—¿Me seguirían ustedes disparando a todo correr si me meto al campamento? —preguntó a los jóvenes.

—Lo haríamos —repuso Domínguez— mas sería un sacrificio inútil. Nos acribillarían a balazos.

—Inútil no. Las guerrillas necesitan sus mártires. Otros recogerían nuestra bandera de lucha.

—Entonces hagámoslo. Como usted ordene.

Vives reflexionó. Luego, más tranquilo, expresaba:

—No. Sería un error. No podemos abandonar nuestras columnas. Primero cerciorémonos de cuántos salvaron. Si el cerco se estrecha, habrá tiempo para una muerte gloriosa. Vamos a reunimos con ellos.

Comenzaron el ascenso del cerro. Velarde adelante, el comandante al medio, Domínguez cerrando la marcha.

Caminaban casi a Oscuras porque la luz selénica no tocaba el flanco del cerro por el cual trepaban. Conocían el sendero: en quince minutos los llevaría al abra escondida, sitio de reunión de la primera columna.

Conforme se alejaban del campamento —él, sí, iluminado por la luna— que se iba empequeñeciendo, disminuían los disparos y los ruidos.

Tardaron más de media hora en llegar al abra, molidos por el esfuerzo realizado. Sólo un hombre los esperaba: Verduguez.

—¿Y los demás? —preguntó el comandante ansioso.

Verduguez, apretándose el hombro herido, replicó fatigosamente:

—Murieron cinco... Una emboscada... Entre dos fuegos... Imposible escapar... Eran muchos... Peleamos bien... Hay tres heridos, más abajito, pero las tropas rematarían al que fuera...

Vives reaccionó virilmente:

—¡Vamos! —dijo imperioso a sus acompañantes. Debemos salvarlos.

Verduguez quiso disuadirlos:

—Están muy mal heridos, tal vez ya habrán muerto...

—¡Vamos! —ordenó el comandante.

Iniciaron el descenso, guiados por Verduguez. Extremaron las precauciones porque luz de la luna iluminaba el nuevo flanco del cerro. Habrían recorrido, cautelosamente, unos ciento cincuenta metros, cuando sonaron los primeros disparos. Estaban descubiertos.

Arrastrándose, Vives condujo a los tres hombres hasta el punto donde se veía un bulto: eran los tres guerrilleros. Dos habían cesado de existir. El tercero, moribundo, imploró ser muerto: una ráfaga de ametralladora le había causado numerosas heridas y se desangraba.

El comandante, apiadado, haciendo un esfuerzo de voluntad, le disparó un tiro en la sien.

—Hemos sido vendidos —dijo a los otros—. Ahora podemos morir como valientes. Estamos cercados. No me rendiré. Tengo suficiente munición para matar a muchos y varias granadas. Venderé cara mi vida.

Luego, dudoso, inquirió:

—¿Y ustedes?

Dos callaron, pero Domínguez, reflexivo: contestó:

—Les causamos muchas bajas. Querrán vengarse. Nos tratarán peor que a perros hambrientos. Mejor morir peleando.

Prosiguieron el descenso con mayor cautela. Se dispersaron después de haberse propuesto llegar a los faldíos del cerro, completar un largo rodeo, reunirse y luego asaltar nuevamente el campamento con granadas y metralletas. Serían aniquilados, pero causarían otra vez grandes bajas y perecerían como héroes.

Ese era el plan.

Domínguez no llegó a tomar parte en la fase inicial. Separado de sus compañeros sentía silbar las balas por encima de su cabeza. Resguardado por una saliente de roca, sentóse a descansar. Bebió la última porción de agua de su cantimplora. Al frente la luna lucía redonda y orgullosa.

¿Era absurdo morir así, en plena juventud? Sus 24 años merecían algo mejor. Pero él había elegido el camino: también un realista, un materialista, podía albergar algo de idealismo en el pecho; y ese "algo" lo conducía a la muerte. Demasiado comprometido, no esperaba perdón ni consideraciones del enemigo. Tampoco él los habría concedido. ¡Ah! Morir... ¿Qué más daba? Otros harían lo que él no pudo completar. Caer como lo había planeado Vives era la única salida. Pelear es la última razón de los valientes.

Habían cesado los disparos. Se irguió para reanudar el descenso. Sonó un tiro y un dolor agudísimo en la pierna izquierda lo derribó en tierra.

Tenía la pierna destrozada y manaba de ella sangre abundante. Se rasgó la camisa y serenamente se hizo un torniquete para evitar la hemorragia. Probablemente la bala había estallado en su misma pierna rompiendo huesos, venas y arterias, porque el dolor era intenso. Imposible caminar ni pedir socorro. No se divisaban tropas. Debieron herirlo de lejos. Esperar, esperar un poco. Pensar con calma. No perder la cabeza.

Sonaron algunos disparos aislados. Luego volvió a reinar el silencio. De éste lado del cerro no se recogía ruido alguno proveniente del campamento. ¿Lo habían visto o era un tiro perdido el que lo había herido? Lo mismo daba: el estudiante no era fatalista ni creía en el destino. El hecho real era que, estando en combate, una bala le había destrozado la pierna. Ahora sólo debía pensar en salvarse. ¿Salvarse? Pero si habían acordado caer atacando. ¡Maldición! Y él no podría acompañar a los otros en la lucha final. Los otros caerían como héroes. El sería enterrado como un simple guerrero muerto en el monte, desangrándose.

Disminuyó el dolor un tanto. Se palpó la pierna. El trozo de camisa estaba empapado; caían escasas gotas de sangre. Había contenido la hemorragia.

Semireclinado en el suelo miró su reloj: eran las tres y diez minutos de la mañana. Tres horas más y alguna patrulla explorando el cerro lo encontraría.

Solo. Estaba solo. Por única compañía el monstruo pálido, la estúpida Selene. La noche y la luna siempre le causaban desagrado. Pero poco a poco fue cediendo en su animadversión a la gran silenciosa. Esa cosa, ahí, redonda, inmensa, tranquila, esa gran mancha amarilla, la intrusa de dos noches antes, se iba convirtiendo en una presencia amistosa. Si ella no estuviera ahí, quieta, inmutable, posiblemente no estaría tan tranquilo. Porque herido, dolorido, solo y en oscuridad sería infinitamente peor que ahora, cuando a la lumbre lunar podía distinguir formas, volúmenes, mantener un principio de orientación. Luego ella estaba allí, precisamente al frente, pálida y callada, único testigo de su desgracia. Ya no sentía impulsos de maldecirla; al contrario: algo lo inclinaba al agradecimiento. Esa cosa absurda, el astro frío, la embobadora de poetas y románticos, se transformaba lentamente en un ser inmenso, cálido, indefinible. Casi una persona. Un gigante bondadoso. Eso que llamamos un compañero.

¿Compañero? Únicamente los guerrilleros. ¿Cuántos habrían caído, se salvarían los restantes? Vives sí: era ducho en las retiradas y tenía una suerte... Merecida, por supuesto. Y él, Domínguez ¿por qué había ingresado, verdaderamente, a las guerrillas? Un hombre de objetividades puede esconder a un idealista. El había querido cambiar la sociedad, que la conducta de las gentes sea mejor, que se distribuya con más justicia la riqueza. Ella, impávida, sin atenuar la lumbre del gran disco lunar parecía dudar. No, no era solamente eso. Hubo algo o mucho de ambición. ¿Es que la ambición no puede ir unida al idealismo? Una sacerdotisa lejana o sólo una

mancha amarillenta parecían responderle: "no; también hubo un fondo de resentimiento en tu actitud. Querías subir más rápido". Y luego el espíritu de aventura, la necesidad de sustraerse a la sociedad utilitaria que sólo da objetos de consumo y pisotea los valores del espíritu. ¿Pero es que el espíritu existe en este tiempo de velocidades increíbles y mudanzas rapidísimas? El espíritu... Sólo existe la inteligencia que anima la materia. La dulce novia abandonada; ¿volvería a verla? Y sus viejecitos padres. Y la vida movida y placentera en la ciudad; los amigos, las cenas fraternales, las hermosas mujeres, el deporte, el dinero que se gana y se pierde velozmente, el poder de mandar a otros, los mil goces variables de la vida... ¿por qué había renunciado a ellos? La sociedad arcaica debía transformarse y un estudiante de ingeniería ser el constructor de otra mejor. ¿Por qué no? Era un simple guerrillero, pero esa luz fría que bajaba del cielo y de pronto cobraba calidez se transformaba en un lenguaje sin palabras, tal vez puramente visual, tal vez ideado o soñado, que le abría la fuente oculta de sus íntimos anhelos. Entrecerraba los ojos y largos rayos finísimos lo ataban a la dura materia distante que rodaba en el espacio. ¿Qué es finalmente la luna? Una intrusa o una fiel compañera del hombre... La gran muda o la persuasiva consejera. ¿Habla, acaso? Domínguez miraba fijamente el círculo de oro: estaba en reposo, inmóvil, y se movía, avanzaba o retrocedía simultáneamente. ¿Traicionarían al comandante Firmantes y Molina o éste los descubriría anticipándose a su crimen? La cara redonda de la luna emitía un flujo magnético que le llegaba en grandes ondas cálidas: le azotaban el rostro, le acariciaban el cuerpo, tocaban una zona recóndita, por él mismo ignorada, que no sabía si era el espíritu o la conciencia de la materia. Sintió un llamado extraño... ¿O habían tomado el campamento, Domínguez fue herido, y sus compañeros sin saber dónde estaba no podían llamarlo a compartir la victoria? ¡Sí: habían vencido! Recogía un clamoreo lejano: ¡viva la revolución, vivan los guerrilleros, viva el comandante Vives! Resonaban disparos, camaretas. Ahora festejaban el triunfo. La derrota se borraba de su mente. No estaban fugitivos. Eran los vencedores. Se aproximaban voces a recogerlo: ¡lo buscaban! De pronto disparos y voces cesaron: nada. Se cogió la frente con la diestra: ardía. Estaba delirando. Tocóse la pierna herida. Un líquido viscoso resbalaba por ella. Se desangraba. No llegarían a encontrarlo... ¡Dios mío —pensó involuntariamente. Pero si él no creía en Dios... El gran disco de oro se acercaba, se acercaba...

Dentro de una esfera de azafrán una mujer hermosa que tenía los rasgos de su novia, pero más bella, brotó a su lado.

No hablaba, mas le acarició las sienes. Tocó la pierna herida y cesaron los dolores. Y él entendía, confusamente, que le revelaba el secreto de la luna: en ella existían seres sin alma, sin cuerpo, informes, inasibles, conciencias puras, conciencias de los ateos y negadores, de los fríos y objetivos, que se movían sin dirección y sin sentido purgando su orgulloso racionalismo terreno. Pasarían larguísimo período antes de ascender a esferas superiores. Y al estudiante Domínguez debería estarle reservado ese destino vacío por materialista y calculador, por descreído del espíritu.

Miró a la esfera de azafrán, miró a la hermosa. Sonreía con dulzura. ¿Le hablaba, decían algo sus hermosos labios? No recogía voces, ni siquiera murmullos, sólo un infuso lenguaje sin palabras que sugería cosas... cosas...

(Un vacío negro, desolador borraba la escena).

Otra vez el resplandor amarillento, allí lejos, y aquí la presencia placentera. Pasaban los compañeros saltando, gritando, en alto las armas de fuego: ¡Victoria, victoria! Los aplastamos. Eran menos de los que creíamos. ¿El comandante? Está bien, una herida leve. Viene a verte. ¡Abran paso, camaradas: Vives viene a saludar a Domínguez! Los guerrilleros se abrieron en dos filas: el comandante, al medio, avanzaba feliz, sonriente. Quiso incorporarse el estudiante y el momento que extendía la mano para estrechar la del comandante de nuevo el vacío negro desvaneció el paisaje.

(Era un vacío horrible, sin luz, sin formas, donde su cuerpo y su pierna destrozada parecían flotar).

Estaba solo, solo... La noche en calma le permitía distinguir claramente los menores accidentes del paraje. Era en el flanco del monte. El astro iluminaba las escamas de plata de un pez inmenso ¿o era un río? Los árboles, allí en el fondo, se mecían suavemente al impulso de la brisa; los árboles, o masas de gigantes que amenazaban trepar y capturarlo. Las luces lejanas de una casita lo llenaron de esperanza. Luces del hombre, ¿luciérnagas? Cogió una piedrecilla y la lanzó al aire. Sintió cómo caía y chocaba con el suelo. Era real, evidente. Estaba solo en el monte. Los camaradas ignoraban que había sido herido. Pronto vendrían a recogerlo. Recordó que habían sido rechazados, que andaban prófugos. Ella, impávida, miraba burlona o indiferente al herido. Volvió a odiarla.

(El vacío negro, negrísimo, disipó otra vez la visión y la esperanza del estudiante).

Después de un lapso angustioso, se dibujaron seres y cosas. Un grupo con antorchas subía la escarpada ladera. Voces, voces confusas que fue reconociendo conforme se aproximaban. ¡José, José, aquí estamos: tus padres, tus hermanos, tus amigos! ¿Cómo llegaron al remoto paraje, y cómo podían subir el áspero cerro? Pero estaban todos, se acercaban: su padre alto y ansioso, los ojos asustados bajo las cejas pobladas; la madre cayendo, tropezando, balbuceando "José, mi Josesito"; las dos lindas hermanas y Enrique, el contradictor, que en el fondo lo quería tanto, tanto... Y estaban también el librero que le vendía libros de filosofía y ciencias ocultas, y Luís el banquero que le prestaba dinero, y Federico el amigo de nocturnas correrías, y Peter, el periodista, que lo ayudara a publicar sus primeros artículos. Sara, su novia, venía al último, guiada por Boss, el mastín, que tiraba desesperadamente el cordel de cuero para llegar a su amo. Llegaban todos, sí, parientes y amigos, el tío Bernardo y la tía Guillermina, el abuelo Tomás ¿pero no había muerto? Se incorporó. Ya no le dolía la pierna. Con sus brazos largos, larguísimo, los abrazaba y estrechaba a todos. Entonces no era frío, indiferente, había fingido. Su corazón los amaba tiernamente, eran su vida, el fondo esencial de su ser...

(Y el vacío negro, aterrador, quería tragarlo en un vórtice envolvente).

Recuperó el sentido de realidad. Seguía en el flanco del monte. Comenzaba a sentir frío. La pierna destrozada le dolía fuertemente. He delirado. Me desangro. Nadie vendrá. La soledad, tan buscada en su orgullo juvenil, ahora le parecía un castigo terrible. Si hubiera alguien, alguien para confiarse. La compañía de un ser vivo, cualquiera que fuese, aunque sea un enemigo... ¿Debía morir como un perro, abandonado?

Temiendo el retorno de esos vacíos de oscuridad que aniquilaban su conciencia, alzó los ojos a la luna como buscando asirse a su pálida lumbre.

La gran presencia estelar lo acogía con gesto amistoso. Respondía a su llamado. Bajaba, se aproximaba. Volvía la esfera de azafrán, inmensa, pura, despidiendo rayos cálidos y de su centro emergía nuevamente la hermosa mujer de sonrisa indefinible.

La vio, la sintió junto a sí, serena y bondadosa. Alivió sus dolores. Tranquilizó su alma. Requerida a explicar aquello de las conciencias puras, sin cuerpo, sin alma, que vagaban en la luna, para expiar descreimiento o indiferencia, le dijo que no debía preocuparse. "Eso no es para tí. Distes tu vida por un ideal, cierto o equivocado, eso no importa. La entrega de una vida borra todos los errores y egoísmos. No estás solo: habrá miles, miles que admirarán tu sacrificio".

Dijo muchas otras cosas, tan raras, tan bellas, que olvidado de sí mismo intentó coger la mano de la hermosa. Ella se puso un dedo sobre los labios reclamando silencio y se fue alejando velozmente hasta fundirse en el gran disco de oro de la luna.

Domínguez, debilitado en su envoltura física, tuvo aun aliento para arrojar una mirada agradecida a la luna, la última compañera de su corta vida.

Y el instante de entregar su alma al Señor que siempre había negado, le pareció que allí lejos, lejos, en el dorado mundo selénico se abría una puerta misteriosa hacia la cual volaba velocísimo algo que sin cuerpo y sin alma seguía siendo el estudiante Domínguez.

## MAESTRO DE JUSTICIA

Estaba sentado junto al fuego, calentándose al calor de la hoguera, cuando se le aproximó un esenio:

—Quiero confiarte algo —dijo—. Tomás no te quiere. Leo el pensamiento de los otros y te aseguro: te envidia, te desea mal.

El Maestro sonrió con tristeza:

—No sé leer el pensamiento ajeno pero lo adiviné en sus ojos. Es verdad que no me ama y me desea mal, mas todo lo que sucede es inmutable. Aceptémoslo.

El esenio, perturbado, insistió:

—Te hará traición. Sufrirás por su causa.

El Maestro lo miró con sus grandes ojos oscuros. Ellos decían: "nada puede hacerse. Soportémoslo".

Apesadumbrado el esenio se retiró. ¿Por qué no se alzaba contra el destino, por qué sufrir al malvado? Y la comunidad fundada en el amor y en la verdad ¿debía contener al falsario? Tomás era un hipócrita. Callaba, callaba. Fingía piedad, pureza. En el fondo una ambición desapoderada le hacía envidiar al Maestro. Soñaba desplazarlo, ganar las almas de todos y mandar sobre ellas.

José, el esenio, sufría por el Maestro y la maldad del envidioso. Pero nada podía hacer, porque la regla comunitaria consistía en acatar la voluntad del Maestro de Justicia y acaso él quería voluntariamente someterse a los malos designios del descontento.

¡Qué difíciles los caminos del que guía!

Poco después se aproximó Tomás:

—¿Estás molesto conmigo, Maestro? —inquirió—. Me pareció notar desvío en tus ojos.

El Maestro lo miró con dulzura.

—Te equivocas.

El otro porfió receloso:

—¿Hice algo que pudiera ofenderte?

—A mí nadie ni nada me ofende. Todo lo que sucede viene de arriba y está bien.

Tomás seguía indagando:

—¿Por qué no te abres a la confidencia como los otros? El silencio es pecado de orgullo.

—Callo porque debo expiar los errores de mi lejana juventud —replicó el Maestro de Justicia—. Mi silencio no es soberbia, es camino de enmienda. Pero sé escuchar y esto es mejor que soltar los rayos de la lengua.

Tomás, desconfiado apuntó:

—Pues bien, escúchame. Tengo el alma llena de amor. Quiero ser el más humilde, el más piadoso, el último de los hermanos que te rodean. ¿Crees en mí?

—Creo en todas las criaturas del Señor.

—¿Y si me desviara de la recta senda?

El te volvería al buen camino, no mis palabras.

—Quisiera, Maestro, que me escogieras como a confidente y hermano predilecto...

El jefe de los esenios sonrió melancólico:

—Si eligiese a uno sobre los otros no sería digno de mandar a los demás.

—Perdón, olvidé la regla —repuso Tomás.

Jefe y adepto se despidieron en paz.

Pasaron tres días calmos: ayunos, oraciones, recogimiento en el pensar. Los adeptos trabajaban en el huerto. A la hora del crepúsculo escuchaban la palabra del Maestro que los instruía en los pequeños goces de la vida y en los grandes misterios de la muerte. Era la comunidad perfecta, si no fuera ese inquieto de Tomás, siempre buscando discrepancias, averiguando más de lo debido. Fingía ser el más humilde, se sometía a todos en apariencia, mas el Maestro presentía el orgullo encubierto bajo la máscara de sencillez.

¿Quién soy yo para juzgarlo? El Señor lo envió con tarea específica; acaso la comunidad es demasiado perfecta, requería agitación.

Y el Maestro decidió amar a Tomás como amaba a los otros, aun sin entender, sin aceptar su extraña personalidad.

Antes de cumplirse un mes del arribo del inquieto, dos esenios se aproximaron pesarosos al conductor:

—No queremos intrigar, lo prohíbe la orden; pero Tomás está sembrando la duda entre los adeptos.

Y el otro, más explícito:

—Dijo, Maestro, que tú deseas a Deborah, la hermosa lechera.

El sonrió con tristeza:

—El deseo murió en mi corazón. Es posible que yo admire lo que ya no puedo tener.

—Ha dicho que sorprendió el mirar tuyo vagando encendido por sus formas seductoras. Que has pecado.

—Si pequé, seré castigado. Me someteré a rigores mayores que los vuestros. Pero espero la señal de Dios para saberlo. Aun no recibí su aviso.

Y suavemente agregó:

—Gracias. Id tranquilos, nada ha sucedido. Son imaginaciones de Tomás.

Pero Tomás seguía difundiendo sutiles enredos contra la austeridad y pureza del conductor.

Al amanecer vino la hermosa lechera. Entregó los dos cántaros habituales al Maestro y pidió:

—Señor, bendíceme.

Hincó la rodilla en tierra, bajo la túnica se dibujaron las líneas del cuerpo soberbio. Mas en sus ojos no ardía la lujuria quemante, sino la dulce ternura femenina.

"Comunicarse, comunicarse —pensaba el Maestro—. Si ellos supieran que la carne está vencida, que el hondo afecto desinteresado es más peligroso que la carne... "

Pero la regla esenia prohibía dirigir palabra a las mujeres. Bendijo a Deborah, la lechera. Cogió los cántaros y cerró la puerta.

La muchacha se alejó cantando en voz baja.

Juan se acercó al Maestro:

—Tu mirada era limpia, sin sombra de mal. ¿Por qué permites que te calumnien? Para Tí Deborah es sólo una criatura del Señor. Lo he visto, lo he comprobado.

Calló el conductor unos instantes. Luego, tranquilo, dijo:

—¿Y quién soy yo para evitar desdichas? Pedro negó al Cristo, Judas lo traicionó. Millones lo infaman, lo olvidan cada día. ¿No debemos sufrir por El en nosotros?

—No te comprendo —repuso Juan— y porque te amo me duele ver que te sometes voluntario al padecer injusto.

—Nada es injusto. Todo debe suceder.

Juan tenía lágrimas en los ojos cuando se apartó.

A la hora vespertina los 26 esenios presididos por el Maestro realizaban la plática acostumbrada.

—Quien tenga queja expóngala.

Nadie contestó.

—Quien crea haber pecado, dígalo.

Igual silencio.

—Quien sea presa de la duda, pregunte.

Tomás con ojos malignos expresaba:

—Maestro: deseo confiarte una duda.

—Exprésala.

—Ayer, en la madrugada, cuando la hermosa lechera te entregaba los cántaros, ví sus senos de uva y sentí deseo. Luego me reprimí. Estoy turbado. ¿Pequé?



—Te dominaste. Lo confiesas. No hay pecado.

El otro insistía insidioso:

—Pero ese instante vuelve, me quema...

El Maestro, severo, dijo:

—¡Apártalo y apártate! Ora en silencio.

Fuése Tomás dejando una estela de asombro en las almas.

Otras dudas, otras preguntas de dulce candidez fueron resueltas sosegadamente. Era tan buena la grey cristiana.

Cuando la asamblea se disolvió y la sombra se estremecía al fulgor de las fogatas, Bernardo confió en voz baja al conductor.

—No habría querido hacerlo, no me agrada denunciar, mas las reglas lo ordenan. Anoche sorprendí a Tomás, induciendo a embriagarse al nuevo adepto Felipe; éste resistía, pero si no aparezo habría sucumbido. Embriagarse e inducir a los demás, está prohibido.

—Es grave cosa —dijo el Maestro.

Resolvió reflexionar antes de asumir acción.

Pasó la noche en vela; y el tema de su meditación era éste. Tomás me ha calumniado, me ha ofendido. No puedo juzgarlo, sería venganza. Mas si no lo juzgo, la comunidad se debilita, se quebraría, delito mayor. Sintiendo, en lo hondo, el deseo de castigar al ofensor, ya no podría administrar justicia. En su conciencia debería apartarse, mas en la vida comunitaria estaba obligado a proceder. ¿Qué hacer? Lo sorprendió el alba en mil sutiles razonamientos. No había solución: por encima de la pequeña herida interna estaba la causa mayor. Se despojaría de rencor, juzgaría como si se tratara de un nuevo adepto.

No quiso ir al refectorio. Siguió en retiro. A las diez sería la sesión de justicia.

José se acercó disgustado:

—Maestro si no reprimes al perverso, esto se desquicia. Tomás expresó, hace pocos instantes, que tu humildad es fingida, que eres soberbio. Dijo que ayer, cuando le mandaste que se apartara brillaba un rayo de ira en tus ojos, que sólo él captó. Te malquiere y siembra las dudas en nuestros corazones porque razona con dulzura y con perfidia.

Nada repuso el Maestro de Justicia. La situación se ahondaba. Más ofensas, más provocación, menos pureza para juzgar si era el blanco de las iniquidades de Tomás.

Pero la regla esenia prescinde y se sobrepone a los dilemas personales.

La sesión se instauró a las diez.

El conductor lucía el semblante triste y grave. En su redor los 26 esenios se agitaron.

—Quien tenga que acusar, acuse. Escucharé.

Nueve señalaron a Tomás como culpable de infringir las normas habituales. Era evidente que socavaba el prestigio del Maestro, indujo a la embriaguez, profería palabras duras, robó un

panecillo y lo escondió en la cama de Felipe para perjudicarlo. No miraba nunca de frente; su mirar desviado celaba un alma torva.

Tomás oyó en silencio. Luego profirió:

—Exageran. Mienten. Esos no me quieren.

El Maestro lo miró apesadumbrado.

—Aquí nadie miente. Sosiégate.

Se renovaron las acusaciones. Tomás no podía defenderse de las evidencias.

De pronto se irguió apasionado:

—¡Yo diré la verdad! —exclamó. La diré. Todo andaba bien. Hasta el día en el cual descubrí que la hermosa lechera amaba al Maestro. No sé si su amor es sagrado o profano: no interesa. Pero lo ama, estoy seguro. Lo mira a hurtadillas, con adoración. Y esa mirada suya, temblorosa, extática, cortó mi amor hacia ella, porque yo la amaba, quería ser objeto de su interés y su admiración. Verdad que el Maestro nada dijo ni hizo que pudiera interpretarse como enterado de la pasión de la lechera, más el hecho que introdujo discordia entre él y yo existe: ella lo escogió. Sin que mediaran palabras me hizo a un lado. Soy el rechazado, me rebelo contra el que conquista por inercia. No quiero someterme al déspota que nos domina con su falsa mansedumbre. Yo podría tomar con violencia a la mujer, pero no lo haré. Tengo mi orgullo, que ha renacido después de largos meses de humildad. Quiero ser amado, escogido, por encima de todos, y de éste, el impecable, el conductor desmedrado, porque en el fondo él también la ama, la desea; sólo que esconde su deseo y reprime su lengua. Es un falsario. Y además cobarde: no se atreve a castigarme.

Un murmullo de horror se alzó en la concurrencia. ¿Cómo podían vertirse tantas infamias contra el Maestro? ¿Tomás leía en su alma, o todo era falso?

La duda arrastraba sus escamas verdes en la arena de los corazones.

Bernardo, entonces, indignado, se dirigió al conductor:

—¡Contéstale, Maestro, dí que miente!

Y éste repuso con suavidad:

—Dejadle. Ha dicho lo que cree, lo que siente. Será juzgado en cuatro días más, cuando todos nos repongamos del sobresalto.

¡Cobarde! —apostrofó Tomás—. No te atreves a hacerlo hoy mismo. Me temes y te temes. No puedes ser mi juez.

El Maestro lo miró con severidad.

—No es cobardía —contestó— es temor a ser injusto. Tus injurias me invalidan para la acción inmediata. Seré tu juez no porque lo busque o lo desee, sino porque la comunidad lo ordena.

Y ordenaba gravemente, dirigiéndose a la turba:

Volvamos al silencio.

Se dispersaron, cada cual rumbo a su celda. Tomás, baja la cabeza, arrepentido o enfurecido, vióse solo.

Volaron los cuatro días. Nadie dudaba que el atrevido sería expulsado; primer caso en diez años.

Inicióse el juicio a la salida del sol.

Tomás se defendió con habilidad suma, pero sus argumentaciones fueron desbaratadas por sus acusadores. Además estaban ahí, para desmentirlo, el prestigio incólume del conductor, su fama de santidad, la expresión grave y triste de su faz. El Maestro oía, oía, lo recogía todo. Meditaba sin apartarse de la discusión.

José, el esenio, proclamó la voluntad de todos:

—Inmediata expulsión para Tomás, ofensor, odiador, turbulento. Sea borrado su nombre de la comunidad.

Tomás, vencido, miraba torvamente al Maestro. Antes de escuchar la sentencia de sus labios inició un movimiento de partida.

—Aguarda —dijo el Maestro de Justicia—. Me has herido, te lo agradezco. En estos diez años había subido demasiado.

Luego con voz firme agregó:

—Quedas expulsado de la comunidad esenia. Borrado será tu nombre.

Airado, Tomás se irguió desafiante:

¡Maldito seas!

—Bendito tu —respondió el Maestro.

Y luego recogiendo la túnica en el brazo como para emprender la marcha, dijo a los adeptos:

—Tomás se alejará de vosotros y yo también. No cometí el pecado que me atribuye, sino otro mayor: creí ser invulnerable, estar por encima de todo ataque. Sus injurias me bajaron al suelo. Volveré a sufrir como hombre el reino perdido del Maestro. Que uno de vosotros, el que se crea menos digno, me sustituya.

Hizo un gesto de adiós con la diestra y dirigiéndose a Tomás exclamó:

—Vamos. De ahora en adelante yo seré tu siervo.

El expulsado lo miró con admiración. Quiso hablar y no pudo: un viento amargo le cerraba la garganta.

Con paso lento y majestuoso el Maestro de Justicia se alejaba en el crepúsculo. Tomás iba detrás como un perro fiel.

### EL CONEJO ROSADO

Jugaban en el jardín vasto y soleado. Gritos, disputas, luego hacían las paces y reanudaban las correrías triunfales. Los cuatro hermanos formaban un bello cuarteto familiar:

lindos, sanos, ricos de energía y vivacidad. Las niñas siempre haciendo causa contra los varones, pero al cabo los unía la necesidad de concertar voluntades en el juego.

Sentadas al pie de la vieja encina, Marta y María enfurruñadas se negaban a participar en la nueva empresa; habían sido derrotadas, que no contaran con ellas. Jaime y Carlitos rogaban en vano: las hermanas se negaban a cooperar ¿y qué podían hacer dos si todos los juegos exigían por lo menos cuatro participantes?

Los chicos, desalentados, rezongaban contra el capricho de las niñas. ¡Estas mujeres, siempre entorpeciendo todo!

La ruptura era absoluta. Marta hablaba en voz baja con María, los miraban despectivas y soltaban risas volviendo a sumirse en su charla secreta.

Jaime se alzó de hombros como preguntando a Carlitos qué se podía hacer contra las charlatanas.

De pronto Carlitos conmovía a los desavenidos:

—¡Miren! —dijo impetuoso— un conejo, allí por el estanque.

A cierta distancia, la suficiente para no espantarse de la presencia de los niños, un hermoso conejo blanco masticaba yerbas entregado plácidamente a su tarea.

El primer impulso de todos fue correr hacia el animalito, pero la voz de Jaime previno prudentemente:

—Si vamos corriendo se asustará. Miremos qué hace.

El animalito no parecía enterado de la presencia de los niños. Devoraba las yerbas. Luego, retozón, daba ligeros brinquitos en el césped. ¿Los miraba, no los miraba? Los niños, anhelantes, seguían los movimientos del conejo blanco. De pronto algo lo asustó y en veloz carrera, a saltos, desapareció detrás de un cerco de ligustros.

Pasaron los días. Habían olvidado al extraño huésped. Pero una tarde cuando se aprestaban a ingresar en la casa, María jubilosa gritaba a sus hermanos:

—¡Ha vuelto, ha vuelto el conejito!

Allí estaba, siempre a prudente distancia, ahora inmóvil al pie de una palmera.

—Tenemos que verlo de cerca —aventuró Jaime—. Vamos con cuidado.

Marta quiso correr y Carlitos le tiró del brazo:

—¡Espera! —dijo— lo vas a asustar.

Se fueron acercando cautelosos.

El conejo levantaba las orejas como aspas vigilantes, mas permanecía quieto. Posiblemente era un conejo sociable, que no parecía alarmarse de la proximidad de los niños.

En silencio, con muchas precauciones, los cuatro hermanos se acercaron al animalito. Estaba, ahí, a pocos pasos. Sentáronse en la grama y contemplaron encantados al visitante.

El no se movía. Levantaba y luego dejaba caer las orejas, como venteando sorpresas en el aire. Era blanco, blanco, blanco sin mancha alguna de otro color. Los ojos grises miraban con

impavidez. Era un conejo audaz, no tenía miedo. Largos bigotes arrancaban de su boca. Y su mirada inquisitiva se prestaba a conjeturas: ¿quería decir algo, se burlaba, buscaba compañía, o simplemente era un sencillo conejo que tomaba el sol y devoraba yerbas?

De pronto el visitante inició una serie de movimientos raros. Avanzaba y retrocedía con cierto ritmo como obedeciendo a un compás misterioso. Saltaba graciosamente. O emprendía cortas carreras en círculo y se detenía bruscamente. Finalmente se irguió en las dos patitas traseras. Era delicioso.

Los cuatro hermanos, embelesados, no se atrevían a gritar ni aplaudir porque temían ahuyentarlo. Había un tácito acuerdo: el animalito lucía su inquietud tranquilo y los chicos lo contemplaban absortos.

Así ocurrió varias veces, porque el conejo blanco no acudía cuando los niños deseaban, sino cuando él se daba el gusto de venir. Pasaban muchos días sin verlo y de pronto reaparecía llenándolos de júbilo.

Una vez que Marta no pudo contener un grito de alegría, el conejo huyó a esconderse en el matorral. Otra en que Jaime se acercó demasiado, pegó un brinco y se desvaneció en lejanía. ¡Era tan grande el parque! Resolvieron mantener el acuerdo inicial: el querido visitante desarrollaba sus juegos o comía cuando no lo acosaban ni se sentían ruidos fuertes en torno a él. Con gran sentido social, el conejo sabía guardar las distancias: los dejaba aproximarse, sí, pero sólo hasta cierto límite. No parecía dispuesto a dejarse acariciar el pelaje. Los chicos lo comprendieron y respetando la voluntad del animalito caprichoso, se limitaban a silenciosa observación disfrutando el espectáculo.

No dijeron nada a sus padres. El conejo blanco podía pertenecer a un vecino y sería devuelto. Tampoco dejaría de echarle ojo Manuela la cocinera (María se horrorizaba imaginando al huésped en la sartén de Manuela). Además el visitante era muy sabido: nunca aparecía delante de gentes mayores, sino sólo cuando los niños jugaban solos. Debía tener motivos para que se ignorara su presencia en el jardín.

El extraño personaje continuó realizando sus visitas en forma discontinua; se perdía largos días o reaparecía dos y tres veces en una semana, siempre cuando los chicos se hallaban solos y en reposo. ¿Quién amaba más al conejo blanco? Cada cual expresó su ferviente amor al animalito, pero cuando Carlitos dijo que se haría cortar un dedo por él, los tres hermanos restantes se miraron vacilantes: adoraban al conejillo, pero un dedo es un dedo. ¡Loco de Carlitos!

Otra tarde ocurrió lo increíble. El conejo masticaba la yerba y los miraba con sus ojos grises. Su pelaje albo se movía dócilmente. Al terminar de alimentarse hizo algunos movimientos de vaivén y luego, en forma sorpresiva, dio un volteo en el aire cayendo graciosamente sobre las patitas.

Marta no pudo contener un pequeño grito de admiración.

El conejo les arrojó una astuta mirada de interrogación. Enseguida, el muy pícaro, repitió la hazaña: un volteo perfecto.

—¡Ah, qué bien lo hace! —exclamó María. Los demás corearon a la hermana.

Entonces el pequeño roedor, queriendo seguramente deslumbrar a los niños (Jaime afirmaba, esa noche, que el conejo blanco tenía inteligencia y que debía estar encantado por algún mago desalmado) los miró una vez más fijamente, fijamente, y cuando tuvo tensa la atención de los chicos sobre sí, ejecutó un doble volteo en el aire y luego emprendió veloz carrera perdiéndose en la arboleda distante.

¿Para qué contar las mil incidencias ocurridas con el delicioso visitante?

Para ellos no era un animalito más, sino un verdadero amigo. Un ser extraño que los comprendía y se manifestaba sin palabras. Otras veces llegaba sin ánimo de juego. Detenía próximo a ellos, los miraba gravemente, y su silencio y su quietud decían más que las piruetas de la visita anterior.

Los niños se decían que los miraba como queriendo hablar. Desesperaban por acariciarle el fino pelaje de nieve, pero el albo visitante no permitía confianzas. Buen político buscaba simpatías sin conceder nada.

Quisieron ganarlo con trozos de zanahoria, yerbas, cáscaras de papa, pero el conejo que conocía las leyes del autoabastecimiento rehusaba acercarse. El sólo quería amistad y admiración. Los ojillos grises le brillaban de alegría cuando los chicos festejaban sus proezas; y después de entretenerlos se aquietaba, mirándolos burlón, grave y circunspecto como un papá bondadoso después de haber hecho las delicias de sus hijos.

Parecía un niño al saltar y esconderse entre las matas del jardín. Parecía un ancianito al recogerse en meditación sobre la grama.

El conejo blanco pobló la infancia de María, Jaime, Carlitos y Marta. Guardaron muchas semanas el secreto, hasta que la extraña conducta de Carlitos echó a perder todo.

Como niños bien educados —el mayor tenía nueve años— a las seis en punto debían recogerse a la mansión. Ninguno se atrevía a transgredir esta severa regla, pero Carlitos desaparecía con cierta regularidad, entre las seis y media y las siete. Una de esas veces su ausencia fue notada y recibió el condigno castigo: una semana sin postre y dos domingos encerrado en su cuarto. ¿Por qué había desobedecido?

Cuando María, la niña mayor, indagó la causa, recibió esta respuesta:

—Tengo mi secreto.

Ella hizo saber la respuesta a los otros y todos tres, curiosos, acudieron a la madre:

—Que Carlitos nos diga su secreto. ¿Por qué se lo guarda para él solo?

Los siete años de Carlitos resistieron heroicamente las presiones de la madre. Guardó el secreto, pero cuando la señora Eulalia afligida manifestó:

—Yo creía que mi hijito me quería más que a un secreto... el pequeño Carlitos entre lágrimas confesó a su madre la historia del conejo blanco.

—Pero si tus hermanos también lo saben. ¿Cuál es tu secreto?

Carlitos, temeroso, preguntó:

—¿No lo dirás a nadie?

—A nadie.

—Es que además del conejo blanco, yo he visto un conejo rosado más lindo que el otro.

—¿Rosado? No hay conejos rosados. Habrás visto un conejito ligeramente rosado, que te pareció de ese color. A veces la piel de los conejos tiene matices que desconciertan.

—¡No, no! —insistió el niño—. Rosado, rosado.

Y dirigiéndose a una rosa de color encendido que tiraba a un fuerte solferino, dijo:

—Como ésta, así, rosado, rosado.

La madre sonrió bondadosa. Acostó a los chicos y en la noche contaba al marido la extraña aventura de los conejos —ahora eran dos— el blanco que los cuatro conocían y el rosado que sólo fue visto por Carlitos.

Roberto Mondrian celebró la cosa. Que los niños se divirtieran con el conejo blanco, inocente distracción. Claro que el animalito no realizaría todas las maravillas que ellos contaban; ¿pero qué más daba? Eran felices y esto bastaba.

—Lo que me preocupa —añadió— es que Carlitos es muy imaginativo. Tiene cierta propensión que no sé si es a mentir o a inventar. ¡Un conejo rosado! Bonita historia. Cuándo lo vio, ¿una sola vez? Claro, soñaba o creyó verlo...

Los hermanos fueron informados del hallazgo de Carlitos una vez que la señora Eulalia lo persuadió a compartir el secreto. Entonces los tres hermanos se volcaron sobre el penúltimo de la familia acosándolo para que describiera al nuevo huésped. Carlitos repuso que había estado algo distante, no tan cerca como del conejo blanco, de modo que no pudo ver sus ojos ni su bigotes; pero sí afirmó que era otro animal completamente distinto. No había dado brinco ni volteos, no comía yerbas, ni estuvo quieto. Era algo más grande que el blanco, caminaba muy serio, y su color rosado era tan lindo, tan lindo que parecía un mago disfrazado de conejo. El, Carlitos, no pudo contener un grito de alegría al verlo y el conejo rosado asustado desapareció detrás de los ligustros.

Fue entre las seis y media y las siete —había dicho Carlitos. Y como a esa hora les estaba vedado salir de la mansión, los cuatro hermanos se agolpaban en el amplio ventanal del living atisbando el parque por sí aparecía el conejo rosado.

En dos oportunidades vieron cruzar a lo lejos al conejo blanco, pero era el conejo blanco —sobre esto no había duda— y nada que evocara la imagen del famoso animalito rosado hallado por Carlitos.

Pasó el tiempo. Carlitos quedó con la doble fama de mentirosillo e imaginativo.

Un día que Roberto Mondrian conversaba amigablemente con el niño lanzó distraídamente la pregunta:

—Hijo: ¿estás seguro de haber visto al conejo rosado?

—Sí papá. Era un conejo rosado.

—¡No soñaste, no lo inventaste?

—No papá, estoy seguro de volverlo a ver.

Pero ni Carlitos, ni los otros niños ni los esposos Mondrian vieron al famoso conejo rosado que pasó a ser una tradición de inventiva en la familia.

Por cierto que el conejo blanco prosiguió realizando periódicas visitas al parque de los Mondrian y los chicos quedaban, siempre, encantados con el animalito.

Pasaría un año. Crecían los chicos. Carlitos se alejaba ya de los siete años. Jugaban, peleaban como de costumbre y la salida al jardín se prolongaba hasta las siete.

Sólo una vez la pequeña Marta rompió el silencio que guardaba el enigma del conejo rosado. Pensaba que Carlitos guardaba para sí el secreto, que tal vez había vuelto a verlo.

—Hermanito —dijo— ¿por qué no quieres mostrarme tu conejo rosado?

Carlitos la miró entristecido.

—Tampoco tú quieres creer. ¡Pero si sólo una vez lo ví! Nunca más volvió.

Y Marta se convenció que el conejo rosado era un personaje más serio, mucho más ocupado que el conejo blanco y que no tenía tiempo para pasear por el parque.

Un día que los niños, en la casa del lado, festejaban el cumpleaños de una primita, los Mondrian paseaban sobre el césped mullido del jardín.

Era una tarde placentera de verano. El crepúsculo se acercaba lentamente poniendo tintes purpúreos y violáceos en las cosas. Una brisa ligera difundía el perfume de las rosas. La gran encina se poblaba de trinos. Allí, en lejanía, los arbolares semejabán ejércitos en reposo. Del estanque subían destellos de luz. Todo tranquilo, en una atmósfera transparente que invitaba al dominio casi táctil del paisaje.

La señora Eugenia suspiró enternecida:

—Cuando no están los chicos, todo parece vacío.

El señor Roberto enarcó las cejas.

—Los chicos son maravillosos —repuso— pero yo prefiero esta hora de silencio y soledad.

De pronto la señora Eugenia con una exclamación en voz baja señalaba hacia el cerco de ligustros:

—¡Roberto: mira el conejo blanco de los chicos!

El marido vio al animalito que a una distancia de veinticinco metros mordiscaba el pasto.

—Es la primera vez que se deja ver por nosotros —replicó el hombre—. Por lo menos ya sabemos que el conejo blanco existe.

El animalito se movía dentro de un reducido espacio de grama, absorto en su tarea. Posiblemente no los veía, pues estaban un tanto cubiertos por la encina, o viéndolos inmóviles su presencia no lo perturbaba.

—Es gracioso —expresó la mujer—. Ahora comprendo por qué los chicos lo quieren tanto.

El paisaje se iba transformando al influjo de las mudanzas de la luz. Una claridad rósea descendía de las nubes y confundida con los últimos destellos solares que pasaban sucesivamente del rojo, al violeta, al azafrán, al sepia, revestía de raros colores a los seres y a las cosas. El crepúsculo vernal era una pura magia cromática. ¿Mas qué pintor impresionista pudo traducir esa gama infinitamente sutil y delicada de los tintes crepusculares?

Los esposos contemplaban extasiados la agonía de la luz en la tarde declinante.

—Si parece un sueño —dijo la señora Eugenia.

El hombre, a su vez, habló con voz alterada:



—¡Hola! Fíjate en el conejo, fíjate bien...

Y le apretaba el brazo nerviosamente.

La mujer miró al animalito que seguía devorando yerbas moviéndose tranquilo sobre la grama.

Poco a poco la piel blanca se teñía de sepias, se avioletaba, pasaba de un rosa pálido al rosa encendido. Fulgía en tonos solferinos o encarnados. Y por segundos que les parecieron horas, bruscamente el conejo era rosado, gloriosamente, fuertemente, definitivamente rosado, envuelto en un baño de luz y de contrajuegos atmosféricos que había metamorfoseado el pelaje blanco en una hermosa cubierta natural rosada y encendida que los ojos contemplaban admirados.

—¡Llama a Carlitos —dijo la mujer—. Que vea que su conejo rosado existe!

—No —replicó el esposo—. Tardaría en llegar y para entonces el conejo rosado sería otra vez el conejo blanco. Que guarde su ilusión, que crea que el animalito existe como él lo vio una vez. Acaso un día el Padre Sol y el crepúsculo vernal, que gustan de asombrar a los hombres y encantar a los niños, repetirán la escena.

Fuéronse apagando los colores vivos, los tonos se atenuaron, la púrpura y el rosa empaldecieron a sepias transparentes. Poco a poco el conejo rosado regresaba a su primitiva condición, se descoloraba, visiblemente, hasta que por fin la piel blanca lo restituía a su antigua condición. Era otra vez un simple y vulgar conejo blanco como hay tantos.

La señora Eugenia no pudo esconder dos lágrimas furtivas:

—¡Qué pena! Era tan lindo, tan seductor el conejito rosado...

El señor Mondrian la estrechó con ternura:

—Estás volviendo a la infancia.

Esa noche la señora Eugenia soñó que Carlitos venía a su encuentro en el parque y le entregaba el conejo rosado. "Tómalo, —decía— hazle cariños. Es muy bueno. Tu y yo sabemos que él existe, aunque papá diga que son juegos del sol y de la luz".

### JUAN WILLKA

El Juan Willka no tenía miedo. A nada. Huérfano a los siete años, lo había criado el hacendado Contreras. A los dieciocho era un mozallón huraño, pastor de ovejas, fiel guardador de la casa del amo.

Quisieron enseñarle a leer y escribir. Se negó. "Del campo soy —explicó. No quiero conocer la ciudad". Nadie lo ganaba en las peleas ni en disparar más lejos y con mejor puntería los hondazos. Crecido a la intemperie, mal alimentado, poseía una fortaleza física excepcional. Era ágil, fuerte y adusto. Cuando llegaban visitantes a la finca, el Juan Willka se perdía en los cerros y no regresaba hasta que los intrusos se alejaban. Bueno con los niños y los viejos, despreciaba a los hombrones; más de uno hundió el hocico en tierra bajo sus golpes.

Indio raro. Hablaba correctamente el aimára y el español. La inteligencia brillaba en el fondo de sus ojos oscuros, pero no quería instruirse. ¿Iba a ser, toda la vida, pastor de ovejas y guarda de la hacienda? Nadie le conocía confidencias. Contreras, el amo, viéndolo leal y eficiente, respetaba sus desvíos. "Que siga como es. No lo echemos a perder".

Con los indios era bondadoso, comprensivo. Se endurecía, se tornaba díscolo con los mestizos. Rehuía el contacto con los blancos, a no ser la familia de Contreras.

¿Dónde aprendió habilidades? Mecánico, carpintero, hasta electricista instintivo, arreglaba con pasmosa facilidad todo desperfecto. ¿Quién te ha enseñado estas cosas? — "Nadie — respondía el Juan Willka— hago nomás".

Las vboritas de las malas lenguas afirmaban que el mozállón se bebía los vientos por la Pascuala, una cholita pintiparada que traía locos a los hombres del poblado. El indio nunca dijo nada a la cholita y como ésta, orgullosa, esperaba declaraciones sin insinuarse jamás; velay, sin diálogo no puede haber amor. Demás que un indio no puede cortejar a una cholita, y ceñidos los pies con "ojotas" y la cabeza de "lluchu", el pretendiente no puede aspirar a la mano de quien calza botas los domingos, pollera de terciopelo, manta de seda y faluchos en las orejas.

Lo suyo se lo guardó el pastor, nomás que sus miradas de soslayo y las coqueterías de la Pascuala dejaban entrever el amor que no quería mostrar su cara.

Esto sí que cuando se hablaba de la cholita, al Willka le brillaban los ojos y escondiendo su turbación se alejaba de los murmuradores para no recoger buenos ni malos dichos.

Largos meses transcurrieron, el pastor guardando sus ovejas o trabajando en la hacienda, la moza detrás del mostrador en el almacén que le pusiera su padre, un transportista engallado por la buena fortuna, ya vestido él como hombre de la ciudad —ambicioso el Benedicto Ribalta— quien inútilmente rogaba a la hija que cambiara las polleras ondulantes por la falda recta de las señoritas. La Pascuala se reía: —"¿Por qué quieres cambiarme? Chola he nacido, chola he de morir. Mi marido tendrá que aceptarme como soy".

De vez en cuando, con espaciada espera, solían cruzarse el Juan y la Pascuala. Sonrisa emboscada, palabra encerrada, ni quien se anime a cruzar el vacío que los separaba, porque no había puente; eso: no había puente y sin puente no se puede pasar el río. Y el río de la vida se los llevaba, cauce abajo, próximos y distantes a la vez.

De seguro que eran fantasías, puro cuento, mas se decía que cuando el pastor pedía permiso al patrón para perderse unos días en la montaña, domaba pumas, guanacos y hasta un cóndor le hacía amistad. Puro cuento. Hasta que cierta vez un indiecito avisó que había visto al Willka pasar por un desfiladero elevado seguido mansamente por un puma. Entonces crecieron los rumores, el cuento se estiró hasta la pura verdad, y el mozállón silencioso, dejaba a su paso un aire de misterio que cada cual entretejía a su sabor.

¿Era indio, solamente indio, o en madre nativa un gringo pícaro había sembrado su simiente extraña?

Acaso el Contreras sabía la verdad, pero no quería confesarla. Al ser interrogado meneaba la cabeza y aumentaba el enigma: "Quien sabe, quien sabe, cómo será... "

Los rasgos del Juan Willka conformaban un rostro típicamente aimára, de nobles líneas, piel cobriza, ojos oscuros, barbilampiño, y pelo corto en la cabeza. Lucía limpio de cara y de ropa. Sólo se distinguía de los otros indios por su mayor presteza de movimientos y por la rapidez con que captaba lo que le decían. "Es medio brujo, un amigo de los "yatiris" —decían en la hacienda— porque nos adivina lo que pensamos y a veces, a veces, cuando está de buen humor, hasta le anuncia al día viejo lo que traerá el día nuevo".

El pastor vivía indiferente a las conjeturas que suscitaba su soledad. No tenía amigos ni confidentes. Rehuía a las mujeres. Medio loco es —sostenían algunos—. Pero cuando el amo viajaba confiaba más en el pastor que en los mayordomos, entonces los murmuradores, recelosos, afirmaban que el Juan Willka era un "mallku" que había bajado de la montaña para enseñar rectitud a los blancos y mestizos corrompidos. Porque eso sí: el mozállón callado y retraído, cuando el

patrón lo mandaba a ejercer justicia, siempre adivinaba al culpable y protegía al débil. De no que su estampa fornida infundía temor y sus palabras severas con voz dominante subyugaban. Recio era el Willka, callado, tranquilo, pero cuando estallaba parecía el rayo, sus manos y sus pies como halcones furiosos. Después la sonrisa le cruzaba la cara como el arcoiris —Kurmi— ilumina los cielos plomizos pasada la tormenta.

Raro era el indio Juan, más si no todos lo querían todos lo respetaban porque no se parecía a ninguno. ¡Mire usted que andar solo, solito en la vida, como mula descarriada en la cordillera! ¿Para qué tanto silencio y soledad? El árbol solitario muere joven. A la de Dios: éste no bebe, no baila, no canta, no tiene amigos. ¿Burrera o timidez? Raro es el Juan Willka: ni al tata Molina quiere confiar sus secretos.

¿Qué sabían los demás del espacio interior del mozallón? ¿Qué sabía el indio de sus propios pensamientos?

A veces, perplejo, solía preguntarse si no le convendría una mujer, suya, que lo escuchara y lo cuidara obediente. Tener sus cachorrillos para formarlos fuertes y ligeros... ¡Zonceras! Indio bruto, te amarrarías a ellos y ya no podrías escapar a la montaña, ni dormirte mirando las estrellas, ni quedar en soledad con tus ovejas.

Entonces el Juan Willka volvía a ser el Juan Willka, se hundía en el duro regazo de su madrastra la naturaleza y orgulloso, confiado, sentíase nuevamente dominador de la tierra materna.

Procuró olvidar a la Pascuala, vivaz y decidora, linda como la "khantuta" cuando abre sus pétalos esbeltos. Eso no era para él. De sí que uno quiere casarse, busque su igual; y la cholita del almacén estaba arriba, muy arriba para el pastor de Contreras. Así eran las diferencias sociales: casas, cosas, otro vestir, dineros, otro modo de hablar, viajes a la ciudad. El sólo tenía su trabajo, su poco vestir, el techo y el pan que le daba el amo. La Pascuala, regalada por su padre, festejada por todos, pediría mucho y de lo mejor. Sácala de tu cabeza y dormirás tranquilo.

Fuésele adormeciendo el deseo y paralizando la voluntad en cuanto a la cholita se refería. Ya casi ni pensaba en ella.

Pero una tarde, ya casi anocheciendo, al bajar del monte, el Willka recogió unos gritos desesperados de mujer pidiendo auxilio. Corrió y al entrar en la quebrada divisó un grupo del cual salían las voces. Conforme se aproximaba los reconoció: eran cinco mestizos del poblado tratando de ultrajar a la Pascuala. Cuatro la tenían fuertemente asida de brazos y piernas, y el quinto le desgarraba las ropas. La joven, semidesnuda, gritaba desesperadamente.

"Son muchos —pensó con su habitual rapidez el indio— con mis manos no podré vencerlos". De un salto felino arrancó una gruesa rama de acacia y enfrentó a los agresores.

Sorprendidos, éstos dejaron a la muchacha para castigar al intruso, pero el Willka con dos certeros golpes del improvisado garrote, echó en tierra sin sentido a dos de los mestizos. Los tres restantes, se miraron entre sí y viendo la fuerza y resolución del pastor, echaron a correr.

La cholita estaba salvada.

No hubieron palabras entre ellos. El Willka, callado, la miraba respetuoso. La Pascuala, cohibida, no atinaba a explicar lo sucedido. Dos de los atrevidos eran sus festejantes. Acaso ella tenía la culpa. ¿Los había provocado con sus risas y sus burlas, o el alcohol había enfierado a los mestizos? Qué importa, Juan, qué importa: ella está bien nomás. Pobrecita. Que se vaya.

La cholita se compuso el atuendo, arrojó una mirada furtiva al galán y murmurando "gracias, Juanito" se perdió por el sendero.

Juanito, Juanito... Soñando se quedó el Willka. Tomaba guijarros del suelo, los echaba al aire y cuando caían a su palma, se le antojaban monedas de oro, redondas, nuevecitas, como una vez viera en la mano del amo.

Había salvado a la Pascuala. Él, solito, valía por cinco mestizos. Que de no la carrera acababa con los cinco.

Tres días después tuvo que bajar al poblado para comprar aceite para las máquinas de la hacienda. Y el aceite sólo se vendía en el almacén de la Pascuala y la Pascuala con su blusa amarilla y sus trenzas negras, más linda que un "chaiñito" negro y oro en el jardín, lucía fresca, sonriente, detrás del mostrador; qué te digo: mismamente el patrón y el señor subprefecto andaría tras de ella. Y él que no sabía qué decir y ella tampoco. Ahora no se reía ni lo provocaba. Mirábalo entre tímida y respetuosa. Como el bombo resonaba el corazón del Willka, fuerte, fuerte y repetido. Entonces la Pascuala 'como quien no quiere la cosa, buscaba su amistad. Brillaron los ojos oscuros del pastor, y los ojos zarcos de la cholita relampagueaban de promesas e incitaciones, pero todo así, suavemente, a la callanda, como si temieran romper el encanto del encuentro.

Pidió el aceite, pagó y cuando estaba por retirarse, la Pascuala dijo:

—No creí que eras tan fuerte, Juanito.

El Willka no perdió la compostura pero adentro, adentro, unos pumas alegres le batían el corazón. "Juanito, Juanito otra vez..." Entonces no era sueño. Y la voz cariñosa y los ojos tiernos de la Pascuala y él, tonto, no entendía o no quería entender el mensaje y ahí, detrás del mostrador, más linda que el cielo lleno de estrellas, más tierna que la ovejita nacida esta mañana, más esbelta que el "chihuano" señorial, estaba la cholita, el único ser que invadiera su soledad. Compañía, compañía; esto mismo es lo que te está faltando.

Entonces, por primera vez, el Juan Willka tuvo miedo porque no sabía cómo contestar a la Pascuala.

Ella esperaba y él no atinaba a decidirse. Se miraron vacilantes. La cholita, más segura de sí, insinuó:

—A la tarde, si tienes tiempo, podemos encontrarnos junto al molle.

Y sonriendo, maliciosa, añadía:

—Llevá el garrote, por si acaso.

El Willka reaccionó conmovido por la invitación:

—Está bien. Iré.

El idilio del pastor y la cholita tejióse primero de felicidad, después de melancolía.

Ella admiraba el vigor y la inteligencia del Willka. Le enseñaría a leer y a escribir. Bien orientado podría ser transportista o comerciante, se impondría a los demás. Sabía mandar. Pero con ella era sumiso y tierno; sólo quería verla contenta. Le cogía la mano, la miraba hondo en los ojos, y una sola palabra brotaba de sus labios: "palomita". Pero el Willka tenía mil modos, tonos y matices de voz para decir "palomita", y la Pascuala comprendía que en una sola palabra el indio adusto volcaba su alma mejor que sus numerosos cortejantes en muchas palabras que sonaban a hueco.

—Somos amigos desde el día que me salvaste de la desgracia —había dicho la Pascuala—. Ahora quiero ser tu mujer.

El pastor balbuceó espantado:

—Loca estás. Tu padre no me aceptaría, Indio nomás soy.

Pero la Pascuala había elegido su hombre y así tenía que ser.

El Juan Willka conoció las ternuras y desgarramientos de la carne en el cuerpo virginal de la cholita.

Cosa rara: desde que la Pascuala se le entregara por amor, el pastor recuperó su personalidad. La amaba intensamente, sólo quería verla dichosa, pero ahora él mandaba y con palabras delicadas, con finos modos, sabía persuadirla a cumplir su voluntad.

"Tu piensas mejor, Con estas manos que siempre me defiendas" —decía la cholita, Y él grave, dichoso: "Palomita... palomita..."

Una tarde la Pascuala apareció angustiada.

—Estoy perdida, Juanito, estoy perdida, Si mi padre lo sabe me matará.

—¿Qué te pasa?

Y la cholita entre sollozos confesaba:

—Ha de nacer nuestra guagua, ha de nacer...

El pastor se sobresaltó. ¿El, tendría su "llockalla", sería tan lindo como su madre y tan fuerte como el Juan Willka? Y las ovejas ¿quién las cuidaría? Y el amo ¿lo retendría en la hacienda? Y los paseos a la montaña y las noches bajo las estrellas ¿seguirían igual? Buena era la Pascuala ¿pero no lo amarraría siempre junto a ella? Pronto volvió a la realidad. Entonces el Juan Willka, el verdadero, el que sabía afrontar las cosas, razonando con claridad, dijo a la cholita:

—Casarme con vos sería mi mayor felicidad, pero estoy muy abajo, palomita. El indio Juan no puede ser su marido de la cholita Pascuala. Tu padre me matará antes que eso suceda.

Ella suplicaba llorosa:

—Yo no quiero separarme de ti. Eres despierto, inteligente, ya sabes leer, pronto ha de ser mejor lo que escribes. Podrías manejar el almacén mejor que yo, o conducir un camión. Sólo que debes vestir como los "viracochas", para que no te digan indio. El Benedicto Ribalta cuando te vea bien fute y hacendoso, te perdonará. Seremos felices, ampe, dime que serás mi marido y entrarás a nueva vida.

—No puede ser — contestó el mozo. Quisiera ser tu hombre para toda la vida. ¡Qué más quisiera yo! Pero no puedo convertirme en un viracocha. A la tierra pegado estoy y a mis "ojotas" y a mi "lluchu". No quiero ir a la ciudad. Indio soy, indio quedaré. Otra cosa eres tú, de más alto miras. Casáte con otro mejor, que valga más que yo y te dé lo que no puedo darte. Triste es, palomita, pero no nos dejarán juntarnos.

Anohecieron haciendo planes. No había salida.

Al día siguiente la Pascuala volvió al viejo molle. Tenía un ojo violáceo y moretones en la cara y en los lindos brazos. Su padre la había castigado duramente.

—Pero no he dicho quién es el padre —dijo sumisa.

Discutieron persuasivos sin poder convencer el uno a la otra y a la inversa. "¿Acaso he de cambiar mi piel, mi hombrada? Indio soy, no puedo ser otra cosa". Y ella, solícita: "Vivo eres, tienes carácter, si vos quisieras serías mejor que los mestizos". El mozallón, rebelde, defendía su libertad, su orgullo, tal vez ese silencio milenario que esconde tantos secretos. "No puede ser. Por tí me arrojaría al precipicio, pero no me pidas que deje de ser el Juan Willka". Y ella, implorante: "No seas zongo; yo quiero que viva el padre de mi guagua, sólo te pido que mires más lejos, que te hagas ambicioso. Tienes que aprender a vivir con los mestizos y las cholas, y acaso mañana, cuando nuestra guagua crezca, podrá ser un "viracocha".

Calló unos instantes el Willka. Luego grave y firme profirió las palabras de despedida:

—No puede ser, palomita. Soñando estamos. Tú volverás con tu padre. Tendrás la guagua. Yo trabajaré para tí y para ella. Si quieres nos casaremos para que no se diga que el "llockalla" no tiene padre, pero no me pidas que vaya al poblado y me haga cholo. Para que no tengas dificultades y me olvides más pronto, ligerito me he de ir, tal vez mañana mismo.

—¿Y dónde?

—Hay una comunidad aimára que habita en la serranía, lejos de los blancos, lejos de los mestizos. Ellos me entienden, acaso me quieren. Allí me iré.

La Pascuala lloraba suavemente y su linda cara, húmeda de lágrimas, se deformaba con la pena. Pero el Juan Willka la amaba más, así llorosa y afeada, porque sabía que sufría por él y por la guagua.

—¿No puedes arreglarlo de otro modo? —preguntó temerosa.

—No —contestó el Willka—. Así nomás tiene que ser.

Fuése la cholita triste, llorosa. El Juan Willka, tal vez más angustiado, no podía llorar, ignoraba el poder aliviador de las lágrimas. Cuando la silueta ya borrosa de la joven se perdió en el sendero, sintió el mozallón que le arrancaban la mitad de su vida. Acaso más de la mitad.

En dos días el pastor arregló con el amo su situación. Haría el servicio militar y después quería radicarse en la sierra: no volvería. Contreras, que le tenía afecto, lo proveyó de víveres y de una regular suma como premio a sus servicios. "Ve con Dios, hijo, y que seas feliz, pero ábrete, no seas tan huraño".

Preparaba el mozo sus bártulos para cargarlos en los dos burritos con los cuales haría el viaje, cuando un rayo de luz iluminó el paisaje: la Pascual venía saltando y cantando a su encuentro.

—¿Vienes a despedirme? —preguntó el pastor emocionado.

Ella traía un gran bulto que entregó al mozallón.

—Ponelo encima del burrito.

—¿Es un regalo tuyo?

—Es la mitad de mi regalo.

—¿Y la otra mitad?

—Irá en el otro burrito.

Y sonriendo maliciosa la cholita añadía:

—Si tú no quieres ser mi cholo, yo seré tu india. Te seguiré donde quieras, nos casaremos y viviremos como tu mandes.

El Juan Willka no podía hablar de la pura emoción.

La palomita le dio cuatro hijos. Y dicen —historia o leyenda, como me lo dijeron lo repito— que el Juan Willka llegó a ser diputado nacional por las comunidades indígenas de la sierra. Y que llegó a ser un "viracocha" sin dejar de ser un indio, porque el amor de la Pascuala, bajando hasta su soledad y su hurañía, le mejoró la hombría y lo despertó a la comunicación con los demás.

Así nomás sucedió, así nomás lo cuento.

## EL VUELO

Volar, volar ¿no sería la verdadera liberación, el desamarre de la opresiva sujeción al mundo físico? Ave o ser volador el hombre debió conocer, en tiempos lejanísimos, la victoriosa sensación del cuerpo que se mece en el aire por su propia impulsión. Tuvo alas, membranas plegadizas, o una suerte de grandes antenas vibratorias que le permitían surcar el espacio con la misma facilidad que recorría los caminos. Debí ser, necesariamente, así porque de otro modo ¿cómo se explicaba esa nostalgia del vuelo, esa ansiedad de espacio, ese asomar azorado al borde del misterio que sólo la imaginación y los sueños convertían en incitante realidad? Despierto el hombre está firmemente arraigado al suelo; apenas logra desprenderse fugazmente en la carrera o en el salto. No puede, por sí solo, soltar las ligaduras que lo atan a la tierra y elevarse en el éter. No puede. Los pájaros mecánicos —el "jet" o la avioneta— lo levantan verticalmente, lo trasladan velocísimo, le escamotean el prodigio ascensional el avance aéreo, la sumersión en las ondas de caída al volver a la tierra, porque el avión, aunque hechura del hombre, no es el hombre mismo sino su prolongación mecánica, admirable artificio que devora el tiempo, reduce distancias mas tiene a su creador prisionero en la cabina de aluminio. Apenas al elevarse o al descender, una ligera sensación de semivuelo; después la monotonía de los motores isócronos, ese deslizarse entre nubes o algodones —o sombras si es de noche— sin que nada suceda. Viajar en avión es una cosa. Volar otra muy mayor y trascendente. ¿Pero quién sabe distinguirlo?

De niño tenía sueños confusos que lo precipitaban del pánico al asombro. Extendía los brazos y se elevaba sobre los techos rojos de la casa mientras sus hermanos lanzaban gritos de admiración. Cerníase en los aires como una gaviota pausada, absorbía los encantos del paisaje, mecíase de un punto a otro en graciosos movimientos siguiendo curvaturas imaginarias. Eran los instantes más felices, cuando a cien o doscientos metros del suelo, dominaba todo con mirada pronta flotando en un aire tranquilo que lo acariciaba con dedos maternos. Nadie podía hacerlo así, y entonces, colocado entre cielo y tierra, sentíase rey de los hombres, un pequeño dios que rompiendo las leyes físicas alteraba el orden del mundo y se transformaba en amo de la naturaleza. Era delicioso, indescriptible: un niño ahí, suspendido en el espacio, yo mismo viendo y dominando todo. Era maravilloso... Pero de pronto una fuerza invisible lo envolvía en un torbellino impetuoso, lo arrebatava de su deliquio visual, lo alejaba a distancias enormes del suelo, lo proyectaba en vuelo velocísimo sobre cordilleras y abismos ignorados. Entonces el miedo lo invadía: era menos que una hoja seca en el huracán. Sentíase arrastrado por una energía temible y vertiginosa. Montañas, precipicios, mares, ciudades, parajes desconocidos desfilaban en sucesión precipitada. No podía disfrutar el espectáculo porque el pánico lo privaba de habla y voluntad. ¿Y qué habría podido hacer, juguete de esa fuerza terrorífica que lo desplazaba a velocidades inauditas? Volaba, volaba en otro plano, sobre otros mundos, hacia dimensiones extrañas...

Se despertaba agitado, bañado en sudor, y se tomaba con fuerza de la madera de la cama. ¡Bah! Había sido sólo un sueño. Muebles y cosas tomaban su natural configuración. El resplandor auroral entraba por la ventana. Recogía las respiraciones tranquilas de sus hermanas en el cuarto próximo; y José, el mayor, roncaba plácidamente. Pasado el susto, restituido al pequeño mundo

familiar, a los pocos minutos se avergonzaba de su debilidad. ¿No había sido soberbio el vuelo soñado, apesar del terror y del vértigo finales?

No contaba sus sueños. Reservado por naturaleza Sergio escondía pensamientos e imaginaciones. A los diez años, cuando comenzaron los vuelos soñados, no quiso que nadie lo tomara por fantaseador. ¿Quién contaba sus sueños? Las viejas sirvientas o los tontos; y los suyos eran tan atrevidos, tan raros, que de contarlos no serían creídos. Como esa vez que durmiendo y soñando había descendido solo, por sus propios medios, desde una distancia y una altura inconcebibles hasta un planeta desconocido donde sólo había silencio, soledad, y un suelo duro, durísimo, igual, igual, desesperadamente igual sin el menor accidente o desviación que corría atterradoramente monótono hacia los horizontes. O aquella otra en que inmensas muchedumbres trepaban por las laderas de una grandiosa montaña, escapando al ascenso de las aguas. El, en esa ocasión, ayudaba a salvar a pequeños niños, los levantaba cinco o diez metros en el aire y los entregaba a sus madres llorosas. Luego perdía su poder de ascensión y debía caminar o reptar por la montaña para escapar al diluvio. Y esos vuelos rápidos, relampagueantes sobre campos de esmeralda, filas de tejados purpurinos, y jardines de colores centelleantes, que siempre terminaban al iniciarse una música lejana... Sueños, sueños... ¿Quién los creería? Pero la sensación del ascenso, del vuelo horizontal, de las caídas en el vacío espacial, el vértigo del descenso lo perseguían largamente.

Y no eran únicamente los sueños; también la imaginación lo devolvía a la mágica atracción del vuelo. Cuando era niño, todavía en forma imprecisa, vacilante, porque el miedo, más fuerte en la realidad que en el letargo, le impedía aventurarse en esa otra zona oscura, peligrosa de la fantasía que acecha a las mentes infantiles. Sin embargo se entregaba a ella. Encaramado en lo alto de una colina, de pie, con los brazos cruzados, imaginaba que en el ardor del mediodía, en pleno mundo real, él podía o podría lanzarse al vacío con los brazos extendidos y volar, volar sin peligro, sin detenerse sobre la ciudad que lo vería estupefacta cernirse por el aire.

La madre se asustaba de esas prolongadas permanencias en la colina que después se transformaron en audaces ascensos a los cerros circundantes.

Sergio: ¿por qué te alejas tanto de nosotros? Me preocupan tus correrías por las alturas.

¿Qué podía contestar a la madre? No lo entendería. Si le hubiese confiado que le agradaban las cimas porque en ellas, solitario, entraba en contacto con el espacio; que desde la altura podía desenvolver los sueños diurnos mejor que los sueños nocturnos, imaginando extrañas proezas aéreas que daban a su cuerpo la ligereza, la elasticidad, la ciencia de desplazarse como un pájaro por el cielo, cosas que la pesantez telúrica impedía; que era más feliz soñando que surcaba el espacio que caminando sobre la dura tierra ¿cómo podría comprenderlo? Amaba a su madre, la respetaba con filial afecto, y evitando el aumentar su zozobra con la confianza que presentía dañina, se limitaba a sonreír:

—Me gusta.

No andaba muy aprovechado en sus estudios pero tampoco era de los últimos. En cambio descollaba como uno de los mejores atletas del colegio: carreras, saltos, fútbol, natación, gimnasia, hipismo. Ganaba con facilidad premios y medallas. Jamás se ufano por ello, pues lo hacía con naturalidad, desenvueltamente, como si vencer en una competencia física fuese, para él, tan sencillo como iniciar una conversación. Irregular en los entrenamientos, sorprendía a los compañeros por la regularidad de sus actuaciones. ¿Quién sabía que dormía pocas horas y que aprovechaba el sueño de los suyos para entrenarse en la calma nocturna?

Desde los 15 años sobresalía por el armonioso desarrollo físico y la serenidad mental. Callado, de apariencia tímido, cuando entraba en liza atlética se transformaba en una máquina de vencer, nerviosa, impaciente, desparramadora de inquietudes y energías. Y vencía, casi siempre, por la precisión y ligereza de sus movimientos que animaba, en esos trances, una indomable voluntad. Pero terminada la competencia, volvía calmoso a su estado habitual, ese "tempo lento"



en el actuar, esa sensación de paz interior que desconcertaba a los mismos que aplaudían al atleta.

Un día Pablo, amigo entrañable, advirtiendo la sencillez, la facilidad y luego la rapidez cómo se desentendía de sus victorias en el estadio, se aventuró a decir:

—Parece que no te importa perder o ganar. Ganas porque eres el mejor, pero ni gozas ni aprovechas la victoria.

Sergio sonreía ante el amigo perplejo:

—¿Y por qué habría de ufanarme? Cualquiera puede ganar una carrera o un partido. Son cosas sin importancia.

El amigo insistía:

—El estudio, el deporte, no son cuestiones banales. ¿Por qué los aminoras?

—Hay empresas más altas...

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Su fuerza está en su secreto. El llamado a realizarlas debe concentrarse en sí mismo.

—¿Tu te propones algo superior al llamado cotidiano?

—Tal vez...

No quiso ser más explícito. Y el amigo contribuyó a prestigiar el aire de misterio que rodeaba a Sergio, sin que éste hiciera nada por afirmar o desmentir el caso.

El no buscaba éxito ni fama. Quería volar, necesitaba volar simplemente, sin ayudas mecánicas. Era dueño de un secreto que no confiaría a nadie. Su voluntad se tensaba pensando en la empresa imposible. ¿Pero existe algo verdaderamente imposible para la ambición humana? Había leído en un tratado de estudios indostánicos que el hombre puede, después de una larga disciplina de purificación, dominar la materia por sola acción del espíritu. Un varón superior, consagrado a la meditación, aislado voluntariamente en la cima de un monte, si concentra todas las potencias de su soma y de su mente en una sola idea —por ejemplo trasladar montañas— al cabo de algunos días de intensa y llameante concentración, olvidado de sus necesidades físicas, viviendo únicamente de la llama dolorosa, sustentadora de su afán, alcanzará su fin, no sólo llegando a la visión alucinada que distingue o cree ver movilizarse montes, sino a la tangible realidad de una procesión de montañas que desfila ante sus ojos por acción de su atrevida voluntad.

El espíritu puede mover los montes de un punto a otro; ¿y por qué no podría lograr el vuelo humano sin ayuda de artificios mecánicos?

Sergio rehuía practicar el "yoguismo" que somete el cuerpo a las duras prácticas mentales o espirituales (de las antiguas religiones, lindantes con la magia. ¿Por qué torturarse con cilicios desgarradores, si en la simple acción de concentrarse y esforzarse hacia su fin una voluntad poderosa puede alcanzar lo que se propone?

Al frisar en los veinte años, el estudiante había logrado, merced a un método de concentración del pensamiento ideado por él mismo, dos cosas que antes de alcanzarlas le parecían imposibles: regular sus sueños y hacer que la imaginación se tocara, lado a lado, con la realidad. No es que pudiera soñar cuando quería, porque muchas noches dormía plácido, sin sueños, y al despertar sin recuerdos comprobaba que las ocho horas en el lecho dejaban sólo una

página blanca, desnuda en su alma. Pero cuando el sueño acudía, él podía regirlo a voluntad; volar, entonces, era la materia y el objeto de su vida onírica. Generalmente aparecía en un campo despejado, confundido entre la multitud. Alguien proponía que se iniciaran las competencias atléticas. Sergio sólo tomaba parte en el salto largo y en el salto alto. Comenzaban las pruebas: personas ágiles, fuertes, saltaban seis, siete, hasta ocho metros planos. Eran aplaudidas. De pronto Sergio —dentro del sueño— indicaba que iba a saltar. Corría unos pasos, tomaba impulso y encogiendo los pies saltaba o volaba sobre el suelo diez, veinte, treinta metros, a veces más. La multitud lo aplaudía estupefacta y él repetía la proeza para demostrar su insensibilidad. El cuerpo le respondía fácilmente: cruzaba a ras del suelo, más un volar que un saltar y dejaba lejos, muy atrás a los mejores saltadores. Venía luego la prueba del salto alto. Ocurría que las gentes parecían olvidarse de su hazaña anterior, empezando, todo, como si los concursantes fuesen atletas nuevos, ignorados. Saltaba uno: 1 metro ochenta. Otro: 1 metro noventa. Un tercero: 2 metros 3 centímetros. El cuarto: 2 metros 15 centímetros. Apareció un gigante ruso de más de dos metros de altura y saltó la varilla a 2.30 de altura. Un clamor conmovió a la muchedumbre. Luego Sergio, con una sonrisa, tras pedir que pusieran la varilla a tres metros saltó con fácil esfuerzo muy por encima de los tres metros. Las gentes, admiradas, lo contemplaban con asombro. El repetía el salto y todos se inclinaban ante su evidente superioridad. Más no le bastaban esos ejercicios de los que salía siempre victorioso, porque enseguida, cuando todavía se prolongaban los murmullos por su hazaña, él extendía los brazos en cruz y suavemente, lentamente, iniciaba el ascenso por los aires hasta colocarse a respetable altura sobre la multitud que coreaba entusiasmada. En sus experiencias oníricas, era uno de los instantes más bellos, cuando se cernía sobre las gentes pequeñísimas y desde allí, en lo alto, aéreo, ingravido se pensaba rey del mundo sin que nadie osara alcanzarlo.

Sueños maravillosos, que lo rescataban de toda adversidad o contraste con la dura realidad.

Pero también acontecía que despierto, en el firme mundo que no se plegaba a su voluntad dócilmente, lograba extrañas tensiones incomunicables a los demás. Trepaba un cerro y desde su cima miraba el gran espacio cóncavo abierto a sus pies. No podía desprenderse de la cárcel física del cuerpo, ni separarse del duro suelo empinado. No podía. Pero sí le era dable imaginar quedaba un paso tímido en el aire, luego dos, tres regresando presuroso al cerro. ¿Caminar sobre los aires, o dentro de ellos, una como anticipación de vuelo, no era absurdo? Reíase de lo imaginado... No: no era posible, era más bien imposible. No obstante, después de largo meditar en el ver, volvía al empeño inicial. Se imaginaba que abandonando la cima daba dos, tres pasos, acaso diez en el vacío, y luego retrocedía hasta sentir nuevamente el cerro bajo sus plantas. Experiencia insólita, llena de riesgo, porque cierta vez, alejado pocos pasos de la cima, había sentido la sensación de un inminente precipitarse en el abismo. ¿Estaba o no estaba en el aire? De pronto le pareció que la atmósfera cedía al peso de su cuerpo, se abría en pliegues invisibles, y amenazaba dejarlo caer. Sintió miedo, se estremeció... pero los pies firmes en el cerro lo devolvieron a la realidad: no había caminado en los aires. Lo había imaginado solamente. Conforme la extraña experiencia se repetía, Sergio adquiría mayor confianza en ella. ¿Era verdad, era fantasía? En lentos y cuidadosos ensayos aprendió a caminar sobre el vacío. Se aventuraba diez, veinte, hasta treinta pasos y regresaba tranquilamente al punto de partida del cerro. No lo abandonaba del todo el pánico; la menor vacilación podía precipitarlo en el espacio. Entonces concentraba poderosamente su voluntad y seguía caminando impávido por el aire. Llegaron a serle tan familiares estos raros ejercicios, que ya no distinguía claramente entre imaginación y realidad. Su cuerpo, lógicamente, no abandonaba la cima pero un desdoblamiento de su cuerpo talvez. Y así como tenía gobernados sus sueños, aprendió también la ciencia oscura de dominar su mente en pleno día. Soledad y concentración fueron sus guías. Fieramente erguido en el cerro contemplaba fijamente, intensamente el vacío. Solazábase en la hermosa frase de Nietzsche: "aquel que mira una vez en el abismo, siente que el abismo también mira dentro de él". Sentía una comunicación inefable entre espacio y persona, un algo indefinible, más presentido que expresable, en virtud del cual penetraba cada vez más hondo en un universo desconocido, prohibido. Abolida la ley de gravitación hacia la tierra ¿no serían los cuerpos como ángeles? Y caminaba, o creía caminar, o por medio de sutiles enlaces entre la tangible realidad y la mente fosfórica más invisible, se habituó a esas pequeñas e increíbles incursiones —reales por otra parte— por el espacio que le daban la sensación de

avanzar sobre algodones transparentes a través de los cuales se dibujaban nítidos la ciudad con sus casas y avenidas, los bosques umbrosos, el río secular, los puntitos microscópicos de los vehículos que se movían apresuradamente.

De volar no volaba —¿o volaba?— pero estaba tan próximo al vuelo, que no cambiaría por todas las riquezas sus experiencias oníricas ni sus incursiones atrevidas en la impávida realidad que sólo su mente podía alterar y deformar.

Tuvo un devaneo amoroso con una muchacha de ojos azules y cuerpo escultural, pero advirtiéndole que cuanto más la frecuentaba se debilitaban sueños y experiencias mentales, resolvió cortar con ella.

—Vives como recluso en tí mismo —aventuró un día su padre—. Careces de amigos. Vas mejor en el atletismo que en los estudios. ¿Qué te propones?

Sergio evadió la respuesta. ¿Cómo podría entender su padre, hombre de números y actitudes concretas la inmensidad de su sueño?

Quería volar, volar por sí mismo, sin ayuda alguna, primero en los sueños, luego en la realidad. Cosa imposible y por ello mismo digna de ser perseguida. ¿No había soltado el profesor de anatomía aquello de que el hombre no ha desarrollado ni el uno por ciento de sus fuerzas potenciales? Pues él, Sergio Leytes, aprendería, estaba aprendiendo ya la ciencia de gobernar el espíritu y dominaría también su cuerpo, violentando las leyes físicas, hasta conseguir someterlo a su voluntad.

Cierto día, entrenándose por diversión, realizó un salto asombroso. "¡Son más de diez metros —gritó entusiasmado otro estudiante— más de diez metros!". No había con qué medir la distancia vencida, pero un tercero, asegurando que cada uno de sus pasos equivalía exactamente a un metro lineal, contó cerca de once metros. "¡Es imposible —arguyóse— porque entonces serías el campeón mundial!". La marca del mundo no llega a los nueve metros. Sergio sonreía impasible. "¿Qué más da? —dijo tranquilo— Un salto nada significa". Cuando los compañeros lo rodeaban pidiéndole repetir la hazaña, se despertó. Era un sueño.

Pero otra vez, en el campo universitario, Leytes que miraba sin participar en las pruebas de pronto se levantó, tomó impulso y venció limpiamente un macizo de arbustos recortados que se alzaba casi dos metros verticales del suelo. Los compañeros quedaron estupefactos. Esto no era lo mismo que superar el listón de la prueba atlética, porque el macizo arbolado tenía cerca de cincuenta centímetros de ancho. Se rieron, algunos, otros se miraron desconcertados. No faltó el incrédulo que pidió a Sergio intentar nuevamente el salto. Sergio no contestó y volvió a sentarse en el suelo siguiendo con los ojos el curso de otras pruebas. Esta vez no era sueño. Era verdad.

Luís, el amigo más próximo, preguntaba confuso:

—¿Por qué nos huyes?

—No es que me aleje de los amigos —repuso Sergio— es que poco tengo que decirles y tal vez ustedes menos a mí.

—El señor sabio no puede descender a la compañía de seres vulgares —anotó el amigo en tono festivo.

—¡Oh! Bien sabes que no es así. No me creo superior a ninguno. Al contrario: bien se vio en los exámenes que muchos me aventajaban. Callo porque nada de importancia tengo que comunicar. Me gusta la soledad; ¿es un delito estar solo?

—No lo es, pero el hombre se hizo para vivir en sociedad con los hombres.

—Bueno: yo no soy precisamente un ermitaño...

—Sí, alternas con nosotros, pero en un modo tan sobrio, tan evasivo, que nadie te conoce íntimamente.

—La intimidad no es penetrable.

Luís lo contemplaba indeciso:

—Aun yo, el más próximo a tí, no sé si verdaderamente me consideras un amigo, en el sentido profundo del término. Nunca me hablaste de tus sueños ni de tus inquietudes.

—Sueños... Inquietudes... Son larvas del espíritu. Se desvanecen rápidos antes de que llegemos a conocerlos bien.

El otro insistía tenaz:

—Tú eres inteligente, sabes razonar, intuyes las cosas en manera diferente a los demás. ¿Por qué no quieres comunicar tus pensamientos? Tus ideas viven como relámpagos, salen de tu boca como apesar de ti mismo y rara vez. ¿Por qué? Ser reservado es una cosa, mas yo diría que además de reservado tú desconfías. Guardas un secreto mayor o una ambición desmedida; por eso callas.

Sergio limitóse a enarcar las cejas.

—¿Quién sabe? —contestó—. Si es un secreto no debe ser transmitido. Una gran ambición tampoco. Pero podría ser otra cosa, un tercer camino...

—¿También hermético?

—También hermético.

Luís no volvió a insistir sobre el tema.

Merced a difíciles e intensos procesos de concentración mental, que no obtenía de los libros sino de su meditar, Sergio fue avanzando decididamente tanto en el gobierno de sus sueños como en la transfiguración de la realidad.

Ocurríale que en pleno sueño —y él tenía conciencia cabal de estar soñando— aprendió a gobernar sus movimientos en el aire. Se elevaba lenta o rápidamente, a voluntad. Planeaba majestuoso en inmensas curvas. Podía precipitarse hacia abajo, sintiendo el hormigueo de la caída vertiginosa en el estómago, como ascendía velocísimo atropellando al viento, sin alas y sin plumas, con sólo sus brazos extendidos. Se dirigía hacia el Nevado formidable que crecía, crecía espantosamente conforme se acercaba a su mole. El miedo lo paralizaba un instante, pero reaccionaba con rapidez: su vuelo era seguro, nada podía frustrarlo, y aunque un asombro temeroso lo rondaba mientras él daba vueltas al monte abrumador, después de haber trazado grandes círculos rozando casi sus cimas nevadas, regresaba en vuelo triunfal a la ciudad, al gran hoyo, que allí, abajo, muy abajo, esperaba al hombre-pájaro. Esos vuelos soñados llegaron a hacerse tan vivos, tan reales —podía suscitarlos dos y tres veces por semana— que le conformaron una segunda naturaleza. Transcurriendo en ellos o recordándolos, Sergio sentía que verdaderamente volaba, había volado, desprendiéndose de la tierra, vuelto sujeto aéreo de una experiencia extraordinaria. Y no se producían vientos violentos ni fríos pavorosos en sus vuelos oníricos, sino apenas frescas brisas, en tanto el aire ligeramente tibio le acariciaba el cuerpo. Era un absurdo, era una delicia... Podía, como un ave, surcan el espacio rapidísimo, detenerse en el aire, maniobrar a voluntad en giros, ascensos y caídas vertiginosas que lo transportaban de felicidad indescriptible. Pasaba, bruscamente, del volar acelerado a los suaves y mansos planeas placenteros, manejando su cuerpo que le obedecía con extraña docilidad, como no habría ocurrido

ni en la tierra ni en el agua. Sentía, entonces, que era uno con los aires y el espacio. Cierta vez que encontró dos halcones y un cóndor en su vuelo, estos pasaron muy cerca, indiferentes a su presencia, como si se tratara verdaderamente de un ave más. Era una delicia, era un absurdo...

Porque despertaba del suceso y no alcanzaba a levantarse un metro del suelo. Su cuerpo, lento y pesado, añoraba la vastedad acogedora del ámbito aéreo en el cual podía desplazarse y maniobrar ligero como un pájaro.

También hizo progresos en el imaginar despierto. De pie en lo alto de un cerro, después de una fuerte concentración de la mente que le produjo primero un sudor frío y enseguida calor febril, de pronto se desdobló, creyó desdoblarse o era él en realidad: dio un paso en el vacío, dos, tres... Avanzaba en el aire como lo hubiera hecho en tierra, mas sin sentir bajo sus pies la resistencia del duro suelo, sino algo ingravido, indefinible que lo sostenía en cierto modo sin sostenerlo. O estaba suspendido en el aire. ¿Qué sería? Esto era más grave que lo acontecido en sueños. Aprendió a caminar sobre el abismo, sabiendo por una oscura intuición que si vacilaba un instante, si se dejaba vencer por el miedo, si dudaba de su acción, cuerpo y mente se hundirían en el abismo. Se apartaba, así, caminando en el vacío tal vez hasta un centenar de metros, sin atreverse a voltear la cabeza para ver si su cuerpo estaba realmente en la colina. Luego daba la vuelta —soma o psique en juego— miraba desde lejos la cima de la colina y se encaminaba a ella, paso tras paso en el aire. Experiencia maravillosa.

Al pisar con los dos pies la cumbre, un súbito espasmo lo sacudía entero, perdía un segundo el sentido, calor, sudor subitáneos... y se veía otra vez parado en la colina con los brazos cruzados.

¿Sueño con los ojos abiertos, imaginación, sólo un pensar tan concentrado que se resolvía en alucinación?

No, absolutamente no. En pleno día, perfectamente consciente de su hacer, Sergio había caminado en el espacio. Si el cuerpo seguía a la mente o sólo ésta realizaba la experiencia, es lo que no podía establecer.

En los sueños rey de su accionar, en la vida real tímido incursionista de vedadas experiencias, el estudiante participaba de una doble vida que desprendida de la otra, la real, la verdadera, se bifurcaba en caminos peligrosos hacia desconocidas metas ideales. El sueño, entonces, nocturno acontecer con el cuerpo en reposo y los párpados caídos, o el meditar en la vigilia diurna, tensa la máquina somática y los ojos abiertos, pero concentrados, siempre, mente y voluntad en la imposible ambición (¿era, realmente, imposible?) de volar por sí mismo, lo convertían en un ser distinto a los demás. Guardaba un secreto que le rompía el pecho.

Fue llamado a la oficina del Rector. Un hombre austero, paternal, que velaba por los dos mil universitarios como si fueran sus hijos.

—Sergio —dijo el Rector— desmejoras visiblemente. No te alimentas bien. ¿Qué te sucede? Tus marcas en los entrenamientos no prometen nada bueno. Estamos a pocas semanas de los juegos atléticos nacionales y tú —¡tú que eras el mejor!— has sido superado por otros menos dotados. ¿Qué te ocurre? No puedes hacer esto a la Universidad. Tienes que esforzarte, aleja tus preocupaciones, aliméntate mejor. ¿Duermes bien, te sientes enfermo?

—No, señor...

—Y bien. ¿Qué sucede?

Sergio meditó unos instantes antes de contestar:

—No deseo... En realidad, no puedo tomar parte en el certamen atlético.

El Rector lo miró severo.

—No puedes hacernos esto. Dejarnos en la estacada...

—No es falta de cariño a la Universidad, señor. No me falta voluntad. Pero estoy empeñado en un trance muy difícil, no puedo concentrar mis energías en el ejercicio físico.

—¿Un amorío, una falta que subsanar, una crisis espiritual? ¡Oh! Todo esto tiene arreglo. Confíame tu quebranto y te diré lo que podemos hacer. Pero tú tienes que representar a la Universidad y vencer, como otras veces. Las medallas de oro buscarán tu pecho.

El estudiante sonrió con tristeza.

—No es posible, señor Rector —replicó—. Estoy quebrantado. No podré responder. Sustitúyame con otro.

El Rector explicó el caso al Consejo Universitario: crisis juvenil, no tiene zafe —dijo benévolo—. Pondremos otro en lugar de Sergio. Soportaremos las consecuencias del cambio.

Luís no se resignó al abandono del amigo.

—¡Estás loco! —sentenció—. Tenías asegurados los primeros puestos por lo menos en cuatro pruebas: ¡cuatro medallas de oro! ¿Pero te das cuenta? Habrías ganado a todos...

—Ganar, ¡siempre ganar! ¿Para qué?

Luís miró a Sergio como si estuviera desvariando.

—No te entiendo. Si nosotros, jóvenes, perdemos la voluntad de ambición y de victoria ¿qué sería del mundo?

Sergio no contestó. ¿Qué sabía el pobre Luís del poder misterioso que lo arrastraba a una proeza superior a todas las realizadas por esfuerzo humano?

Luego de largos meses durante los cuales le ocurrieron raros incidentes, difíciles de explicar unos, casi inasibles otros por lo extraños y fugaces, aconteció, en los reinos del soñar, una insólita perturbación.

Soñaba, como tantas otras veces, que ascendía, planeaba, se precipitaba y frenaba bruscamente su caída, para volver a subir lento o veloz a voluntad. El vuelo, en el sueño, era ya cosa regulada, una sensación indescriptible de audacia, de triunfo y de alegría a nada comparable, porque él se manejaba solo, único entre todos: ¡nadie podía imitarlo! Las gentes menos que hormigas, las montañas más que gigantes; y al surcar los aires, achicando o engrandeciendo volúmenes conforme se alejaba o se aproximaba a cuerpos, casas, árboles, montes y quebradas, o cirniéndose sobre el vacío, se sentía, verdaderamente, el rey de los espacios, el domeñador de la materia sometida dócilmente a su voluntad.

No podía ir más lejos en la experiencia onírica. Volaba como un pájaro pero con ayuda de la inteligencia que el pájaro no tiene, veía cosas, imaginaba accidentes, analizaba, soñaba, captaba sensaciones, descubría mundos nuevos que incorporaba a su pequeña e insaciable avidez humana. Experiencia inagotable, siempre fresca, renovada siempre. De vivir mil años, jamás se cansaría de emprenderla. Era felicísimo en esos vuelos soñados que parecían devolverlo a una realidad prohibida, a él solamente revelada.

Pero sucedió que cierta noche, en la plenitud de un sueño inefable, mientras bogaba suavemente suspendido en el aire, de pronto una fuerza invisible, inexorable, cogiéndolo en un torbellino de velocidad aterradora lo arrastró hacia rumbos desconocidos. Sergio, pasado el primer

impacto del miedo, se rió de su cobardía. ¿Qué podía temer? Aplicaría la fuerza tensa de su voluntad, alejaría la pesadilla, y volvería a ser el gobernador del sueño. Concentró su voluntad, se impuso, porfiadamente, librarse del abrazo monstruoso que lo impelía, con creciente velocidad a no sabía dónde. Quiso librarse, sacudirse del poder misterioso que lo desplazaba en fuga loca por los espacios inmensurables. Fue inútil. Destronado el gobernador de los sueños, estaba a merced del nuevo enemigo. Y entonces, despavorido, sintióse inerme: no podía liberarse, detenerse, ni escapar a la tremenda energía que lo impulsaba vertiginosamente. Casi echado, en ángulo estrecho con una imaginaria superficie, avanzaba velocísimo sobre vacíos espantables y terribles cordilleras. Ignoraba qué o quién lo empujaba. No podía detenerse, regular la asombrosa carrera, ni guiar su curso. Era el juguete de un torrente aéreo que lo precipitaba a velocidades demoníacas hacia objetivos oscuros. ¿Hacia dónde, hasta cuándo? Sumido en el vértigo de esa fuerza ciega, informe, descomunal que lo impelía despiadada en el vacío, el estudiante conoció el miedo en su más alta tensión: sentía pasar ciudades, países, mundos, planetas, apenas avizorados, en tanto su cuerpo, rígido, y su pensamiento enervado, prisioneros del poder titánico que los aferraba, parecían paralizar sus nódulos internos. Sentíase despojado de alma y voluntad. Su cuerpo nada, nada su mente. Solamente esa huída vertiginosa, ese correr desalado, ese rayo de luz perforando las sombras que devora distancias prodigiosas. Acosado de angustia, se preguntaba si no habría despertado fuerzas que ya no podía controlar... ¿Qué más daba? La realidad viva del sueño, que creara con tanto trabajo y persistencia, lo precipitaba en una nueva dimensión ignorada. ¿Era un hombre, arrastrado en su vuelo por los torbellinos cósmicos, o era una partícula errante del universo sideral huyendo locamente en la expansión de una galaxia? Nada, no podía hacer nada... Inmovilizado en el terror de la carrera frenética, huía, huía, siempre más lejos, enloquecido de miedo, ignorando cuándo y cómo terminaría el vertiginoso suplicio. Corría, corría, o era arrastrado, precipitado, transportado a velocidades fabulosas sobre mundos y espacios desconocidos, el cuerpo inmóvil, el pensamiento despavorido, surcados, ambos, por un rayo de soberbia satánica que galvanizaba su descaecido acontecer.

Se despertó bañado en sudor, latándole violentamente el corazón.

Un sueño, había sido solamente un sueño, pero tan real, tan vívido, que aun sentía la sensación horrenda del vuelo o de la huída pavorosos... Después de unos instantes de meditación, lo invadió el pánico: ya no podía dominar sus sueños, era más bien la presa de aquellos. Franqueadas las fronteras del vuelo individual, deleitosamente soñado y obtenido, había entrado a las áreas prohibidas del universo sideral. ¿Hombre, pájaro, centella cósmica, electricidad en fuga, dardo de luz, qué había sido durante la sobrecogedora experiencia?

Sergio quiso no soñar por espacio de muchos días. Y los genios oníricos le fueron propicios. No soñó. Pero cuando los sueños volvieron alternaban, escapando a su voluntad, en experiencias placenteras, cuando él podía regir el vuelo soñado dócilmente, y en visiones terroríficas si la fuerza invisible lo arrastraba en carreras vertiginosas por el espacio. Sus aventuras somníferas, entonces, resultaron igualmente deseadas y temidas porque le dejaban saldos diferentes de maravilla y de pavor.

Tampoco en lo relativo a los experimentos diurnos le iba mejor, pues si bien consiguió, en repetidas circunstancias, avanzar o creer que avanzaba en los aires, separándose hasta un centenar de metros del peñón donde se concentraba en silencio y soledad, para regresar en mágico deslizarse sobre el vacío al punto de partida, le ocurrió, cierto día, algo que tema de prodigioso y de diabólico.

Fue en el entierro de un prohombre, padre de un compañero de la universidad. Eran las once de la mañana. Una densa multitud se agolpaba en la avenida. Sacaron el féretro y se iniciaron los discursos loando los hechos y virtudes del desaparecido. Confundido en un grupo de estudiantes, Sergio escuchaba con escaso interés: no había conocido al prohombre y sus acciones pertenecían al pasado. Recordó que Luís le había susurrado: "¡qué lata!", y él, también en voz baja, contestó: "paciencia". Luego un extraño enervamiento se apoderó de su cuerpo. Sintió que algo vital, entrañable, se escapaba a través de su piel. Seguía de pie y le parecía soportar un desmayo, no pudiendo caer porque las personas se apretujaban unas contra otras. Algo se había

desprendido de su ser, algo subía, subía... De pronto, con perfecta lucidez, vencido ya el nerviosismo inicial, se vio con estupor y miedo, colgado o suspenso en el aire, a unos cincuenta metros del entierro. Era absurdo y era, sin embargo verdad. El estaba allí, en tierra, alto y sin sombrero, junto a los otros estudiantes, y estaba también aquí, suspendido en el aire, misteriosamente inmovilizado contemplando con clarísima visión y sano juicio lo que sucedía allí abajo. Probablemente nadie reparaba en el fenómeno, porque todos mantenían las cabezas bajas y seguían escuchando los monótonos discursos fúnebres; pero él veía y recogía con asombrosa nitidez todos los detalles y acciones de cada uno de los circunstantes. Contemplaba cosas Y personas desde lo alto como si estuviera junto a ellas. Y no podía explicarse cómo se mantenía así, en vilo, a tanta distancia del suelo, sin caer y por otra parte sin poder movilizarse porque el cuerpo no le respondía: estaba, simplemente, suspendido en el vacío, inmovilizado en una capa aérea, espectador prodigioso de un suceso inenarrable. ¿Porque cómo habría podido contar lo acontecido, sin que lo creyeran loco?

No podía explicarse por qué estaba ahí, en los aires, mirando el entierro como un pacífico espectador. Sentía el vértigo del vacío y al mismo tiempo una sensación extraña de seguridad. Miedo y confianza alternaban en su alma. Y de pronto, bruscamente, vióse sobre el duro suelo, rodeado por sus compañeros:

—Debe ser el calor. Creímos que te desmayabas. Estabas pálido y concentrado como en trance cataléptico. ¿Qué te pasó?

—Nada, no ha sido nada —contestó Sergio—. Debe ser el calor.

Advirtió que conforme se acrecentaban sueños y experiencias con los ojos abiertos, se debilitaba su voluntad, ya no podía guiar sus visiones ni conducir sus excursiones sobre el vacío, porque si bien unas veces todo concluía satisfactoriamente, después de vuelos placenteros e incursiones tranquilas en el aire, otras veces el trance onírico terminaba en fugas aterradoras, velocísimas, y la concentración mental desembocaba en inesperadas levitaciones y regresos apresurados sobre el vacío.

Su mundo interior amenazaba derrumbarse, ya no podía conducirlo ni introducirse por sus misteriosas galerías. Había despertado a los genios de regiones invisibles y éstos, a su vez, lo envolvían en redes sutiles que desbarataban su deseo de vencer el espacio y dominar la materia.

Sergio siguió soñando, señor y víctima a la vez de sus correrías oníricas. Prosiguió, asimismo, sus experiencias mentales en la cima de las colinas. Ya no era como al principio, porque a la sensación victoriosa, al gozo íntimo del vuelo en el sueño, se mezclaba el temor de verse interrumpido por la fuerza implacable que sustrayéndolo del planear tranquilo por los aires lo arrebatava a velocidades demoníacas hacia mundos desconocidos. Asimismo, cuando se proyectaba sobre el vacío, en pleno día, avanzaba suavemente en el espacio pero asaltado por la idea de no poder alcanzar la cima desde la cual se había aventurado.

Sueños y aventuras mentales, entonces, dejaron de ser gozosas experiencias para convertirse en pesadilla.

Se hizo más concentrado, receloso. Los amigos no podían sacarle confidencias. Únicamente Luís, el más próximo, se atrevió a plantearle preocupado:

—¿Qué te ocurre, por qué te alejas de nosotros?

—No es que me aleje —dijo Sergio— es que estoy trabajando en algo que ocupa todo mi tiempo.

—Tu siempre misterioso...

El estudiante calló. Ni el amigo íntimo podría entender lo que le sucedía.



Tuvo un sueño exquisito: ascendía, seguro y feliz, sobre inmensas praderas y ciudades de colores mágicos. Las montañas le sonreían como madres tiernas. Los ríos, de resplandores metálicos, se deslizaban allá abajo. El aire era tibio, aromado de finas resinas. Y él lo surcaba en giros graciosos sumergiéndose en las ondas invisibles del vacío que lo acogían e impulsaban fraternales. Podía subir como una flecha, rapidísimo, detenerse en el aire, planear en vastos círculos ondulantes, o precipitarse como el colibrí en el abismo aéreo sin miedo, sin vacilación, como un verdadero rey de los espacios.

La fuerza ciega se perdió por algunas semanas. Sus sueños volvieron a ser tranquilos.

Otra tarde, concentrado en la colina favorita, alcanzó la experiencia largamente anhelada. No era un desdoblamiento, una proyección del "ego" en el mundo exterior, sino algo positivo, concreto, tan real que esta vez no quedaba el hombre físico en el cerro mientras el hombre pensante salía en el espacio. Fue diferente a las otras veces, porque no se sentía desprendido de la cárcel corporal sino que era él mismo, cuerpo y alma al par el que avanzaba tímidamente primero, menos lento y más seguro después, por los aires quietos que incomprensiblemente sustentaban los setenta kilos de su alta figura.

Caminó en el vacío con una marcha irreal que, sin embargo, era perfectamente verificada, porque Sergio sentía a través de las plantas de los pies que en verdad pisaba algo, extremadamente sutil, extremadamente material e inmaterial a un tiempo que aseguraba su andar aéreo. Dominado el espacio agorafóbico, avanzaba tranquilo y seguro impelido por una extraña confianza. Era un paraje desolado: no habían gentes, sólo dos vaquitas blanquinegras que se divisaban microscópicas en la garganta del valle. Pero si alguien lo hubiese visto habría quedado paralizado de asombro. Se había distanciado ya unos doscientos metros de la colina cuando sintió la necesidad de detenerse. Dióse la vuelta y así, en vilo, sustentado por un poder incógnito pudo observar el paisaje. Al este el Gran Nevado lucía imponente en la tarde invernal. Los cerros de aluvión dibujaban castillos inverosímiles en el cielo de añil que festoneaban nubes ligerísimas. Al fondo del valle la ciudad con sus casas y arbores. Al oeste la gran mesa inmutable del altiplano. La morada humana entre montañas y espacios abiertos. ¡Cuán rara y hermosa la comarca natal! Pero nunca la había visto ni señoreado como ahora, desde un centro ideal situado en el aire, como si él fuera el dictador del paisaje. Era prodigioso: un hombre suspendido sobre el vacío, dominando el gigantesco escenario, abolida la ley de gravitación, pequeño Satanás tentador de sí mismo...

Se sació de orgullo, de la visión incomparable, de la circunstancia rarísima. Era el hijo del Aire, además de ser un hijo de la Tierra... Sentíase perfectamente seguro sobre el vacío que lo sustentaba. Un ligerísimo desvanecimiento, súbito como un relámpago le hizo comprender que si su mente aflojaba se precipitaría en el abismo. ¡Bah! Absurdo: él dominaba su cuerpo y su voluntad según, dócilmente, lo que el alma ordenaba. Volvió a ser dueño absoluto del aire y de su cuerpo.

Con pasos lentos y tranquilos recorrió la gran distancia que lo separaba de la colina. Fuése acercando a ella sin prisas. Faltando corto trecho para pisarla, lo acometió un vértigo: el abismo parecía tirar hacia abajo. ¡Ay si hubiera vacilado! Pero Sergio, domador de su materia, se sobrepuso a la nueva tentación. Cuatro seis, ocho pasos más y poma las plantas en el duro suelo.

¿Era o no era el señor de su anhelo?

Sueños y experiencias mentales corrían por sendas paralelas y confusas, porque lo mismo transcurría en gozosa experiencia onírica, cuando el vuelo se realizaba a su gusto, que caía en duermevelas angustiadas bajo la acción de la fuerza terrorífica que lo arrastraba a profundidades desconocidas; o solía suceder que los seguros paseos en el aire alternaban con días impotentes en los cuales no se arriesgaba a dar un paseo en el vacío, o bien, al aventurarse en el éter, lo acometían vacilaciones y temores; se recuperaba, es cierto, más difícilmente.

Volaba, verdaderamente, en el sueño, caminaba en el aire por el día, alma y sentidos bien abiertos, aun venciendo riesgos y temores; pero volar, volar de día como volaba en sus

dormitaciones... eso no. Y ese era, justamente, el objeto de sus desvelos. Volar como nadie ha volado todavía, fuerte y libre, a voluntad, a sólo deseo, a sólo impulso de su alma sin auxilio de artificios mecánicos ni propulsiones exteriores.

Insensiblemente se fue alejando del estudio y de los compañeros.

—Has enflaquecido —díjole Luís—. Es difícil verte. Tus notas son bajas. Ya no luces en las justas deportivas. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Cada vez más metido en tí mismo. Es peligroso. La locura y el suicidio acechan a los muy concentrados.

Sergio sonrió con tristeza:

—Locura y suicidio son para los débiles. Yo sé mi camino.

No quiso decir más.

Al contar a los otros amigos que había sido imposible arrancarle su secreto, Luís añadía que un extraño fulgor brillaba en los ojos del solitario, como si lo atormentara una extraña obsesión.

Transcurrieron semanas, acaso meses.

Un día Sergio se despertó extraordinariamente animado y lúcido. Era el animal físico en la plenitud de su fuerza y al mismo tiempo la inteligencia finísima dispuesta a todo. Sintió que cuerpo y alma le pertenecían por entero: no era de ellos, eran suyos. Podía emprender la más osada hazaña presintiendo el victorioso final. Entonces, sin vacilar, abandonó su habitación y se dirigió a la vieja colina testigo de sus paseos cautelosos por el aire.

La mañana fresca y sonriente avivaba los sentidos, esclarecía su mente.

¿Era razonable, era posible, habían probabilidades de consumir la gran experiencia?

El pensaba que sí. Trepó la colina con paso rápido. Media hora después estaba en su cima. El paisaje lo acogió en un estallido de formas y colores. Y allí, al fondo, el vacío sonreía secretamente, despojado de toda idea de terror, como si estuviera a punto de descifrar el enigma de su atracción. Sintióse uno con la naturaleza, uno con el espacio y con el monte, uno con su sueño y con su anhelo.

No avanzaría lento y cauto sobre el abismo, como otras veces, porque ahora se sumergiría atrevidamente en los aires, volaría libre y raudo desde el primer instante, sin miedo a la caída.

Como lo pensó lo hizo. Tomó impulso, corrió unos metros sobre la colina y se proyectó con salto atlético al vacío desplegados los brazos, tensa la voluntad.

Sintió dos presiones contrarias, rapidísimas, mejor dicho fugacísima como si tierra y aire se lo estuvieran disputando. Luego volaba seguro y feliz sin mayor esfuerzo, remontándose dócilmente en los aires, planeando en graciosas curvas, subiendo y cayendo sucesivamente como un pájaro veloz. Atravesaba las nubes, reaparecía en el límpido azul del cielo. Trazó dos círculos inmensos sobre el Gran Nevado que le reveló sus maravillas y accidentes. Alas invisibles lo transportaron sobre el parquecito de su infancia; contempló, desde lo alto, los viejos eucaliptos, la fuente de Neptuno, la capilla de la Virgen con sus techos rojos, los senderos misteriosos que siempre parecían llevar a otra parte. Alejóse en vuelo raudo para proseguir la aérea incursión. El corazón le latía fuertemente. Torbellinos de júbilo le surcaban el cuerpo. ¡Era posible, era posible! Hombre y pájaro a la vez, mejor que el pez en el agua, mejor que un hombre sobre la tierra, era el

dominador de los aires por los cuales se desplazaba con elegancia y seguridad. Se acercó a la querida colina, vio su pequeña sombra proyectada en el suelo. ¡Volaba, volaba! En modo incomprensible pero cierto, sin asomo de incertidumbre, firme y gozoso como un colibrí temerario, tal vez sin sus premuras ni velocidades, pero como él osado y raudo y segurísimo. Y el vuelo —su vuelo— era tan prodigioso que al tiempo de otorgarle las sensaciones físicas de levedad, de rapidez, de traslación súbita en el aire sin obstáculos, le iba abriendo puertas desconocidas al pensar. Vivía y volaba en un tiempo sin tiempos, o en otro tiempo distinto al habitual. Y el espacio que en la tierra lo ataba y diferenciaba de los demás, aquí, en alto, le daba libertad y poder ligándolo misteriosamente a presencias invisibles que sentía sin ver.

Volaba gozoso, vencedor. Y cuando se hallaba en cima de su gloria, súbitamente la fuerza negra lo arrasó y precipitó hacia abajo.

Encontraron su cuerpo trescientos metros más allá de la colina.

### NAUFRAGIO

Bruscamente se levantó el oleaje en el lago y la barca zozobró.

Allí, a cincuenta metros, aguardaba la ribera protectora. Pero el agua, helada, acuchillaba los miembros. Nadando desesperadamente para llegar a la orilla, recogió los gritos del oficial y los seis soldados que lo custodiaban. Nunca más los vio.

Era fuerte, valeroso. Le abrió pelea al lago por su vida. “¡Grandísimo animal: ni con tus puños de hielo me vencerás!” Y nadó, nadó furiosamente, sabiendo que la menor vacilación lo entregaría inerte en manos del rival. El oleaje, agitado, se multiplicaba en mil brazos, y todos acosaban al naufrago como tentáculos chupadores. Hizo veinte, treinta metros. Faltaban pocas brazadas para que sus pies tocasen tierra, pero esos pocos metros finales serían los más duros. Dos, tres veces, estuvo a punto de sucumbir. El lago lo punzaba con sus dardos de hielo. ¿Estaba en el agua frigidísima o en un volcán? Contactos quemantes, dolorosos oprimían sus carnes. Una fuerza ululante quería absorberlo hacia el fondo. El sabía que peleaba solo, rabioso, contra muchos. Diez metros más, y cinco... Algunos pasos finales y sería a salvo. ¡Pero lo que costaron esos esfuerzos postreros! Floja la musculatura, batiente el corazón, arrastrando cuerpo y alma al par, nunca supo si por milagro celeste o por maravilla de su voluntad pudo llegar a la ribera.

Extenuado, jadeante, el largo cautiverio y el naufragio lo habían convertido en un guiñapo. Quienquiera que lo viese lo compadecería. Había tocado el punto más bajo de su infortunio, porque si no moría de frío volverían a capturarlo.

¡Maldición! ¿O bendición? Carecía de fuerza para moverse y el agua pegada a sus miembros, el viento silbante seguían acuchillando su piel. Agotado el cuerpo, la mente trabajaba con dificultad. Cerró los ojos, apretó los puños en un postrer esfuerzo de recuperación. Al volver a abrirlos, un indio alto y viejón, cubierto con poncho negro, lo miraba silencioso.

—"Tatito": estoy fregado — pudo apenas balbucir.

El indio continuó inmóvil. Vacilaba tal vez. Luego se acuclilló junto al postrado y le entregó unas hojitas verdes:

—Masca —dijo— te ha de dar fuerzas y acercará lo que ha de ser.

Cogió unas hojas de coca, apuntó con ellas a los puntos cardinales, masculló unas palabras en aimára y las puso en la boca del accidentado. Las hojas destilaban un sabor amargo. Lentamente sintió que las fuerzas regresaban a su cuerpo pero con ellas lo invadió el sueño. ¿Dormiría una hora, unos minutos? Cuando despertó el indio había desaparecido.

Sintió que la antigua vitalidad lo visitaba. Ágil y confiado comenzó a caminar. A poco encontraba comida y asilo en una finca ribereña. Se afeitó bigote y barba para no ser reconocido al volver a la ciudad. Cambió el peinado. Y se propuso hablar despacio para esconder su parla rápida y nerviosa.

Regresaba a pie, evitando los camiones del altiplano que podían transportar agentes secretos. Ni hambre ni cansancio. Por el camino un puntito lejano: crecía, crecía. Y la sorpresa: Mendivil, compañero de colegio, ahora minero. Después de 20 años de penalidades, una mina de estaño lo hizo millonario. Recordando antiguas ayudas, le entregó un papel que firmó jubiloso. Ahora eres dueño del 25% de "La Generosa". Me hizo rico a mí, te hará rico también a tí". Y montando en su mulita parda se perdió por el rudo altiplano.

Dionisio quedó deslumbrado. Por la misma puerta que la libertad, entraba la riqueza. Tras ésta vendría el poder. Mendivil le había anticipado una gruesa suma en billetes. Ahora sería fácil esconderse.

Entró a la ciudad deslizándose por una ladera intransitable. A las cinco de la mañana es fácil pasar inadvertido. Acogido en la casa de un tío, le aguardaba otra sorpresa. El dictador había sido depuesto por una junta mixta de militares y civiles. ¡Lo increíble! Después de quince años de gobierno despótico, los adversarios se derrumbaban como un castillo de naipes. Oyó nombrar a buenos amigos que, perseguidos como él en el pasado, ahora mandaban en palacio.

No podía creer en el violento cambio de fortuna. Así como ayer las cosas parecían conjurarse en contra suya, ahora todo fluía en ondas suaves y favorables.

Se bañó y se metió en cama. Pasó el día leyendo diarios, escuchando las radios, absorbiendo maravillado las noticias del cambio político. El suplicio de quince años terminaba y se abría un nuevo horizonte.

Al día siguiente, en el jardín, una luz recién nacida brotaba de las flores. Los árboles como más esbeltos. El trino de los pájaros como más encantador. Vinieron a saludarlo padres y hermanos, dichosos todos.

Al pasar por la casa de la bella Florinda, la sorpresa mayor: la altiva que siempre desdeñara sus requerimientos, que a veces ni respondía su saludo, saliendo del portal le dirigió una sonrisa fascinadora. Quedó paralizado: ¿lo creería un héroe? Pero si él no había participado en la revolución. Seguía siendo el luchador solitario que ella despreciara tantos años. La mujer se alejó, volteó dos veces la cabeza y la sonrisa insinuante persistía.

Dionisio sintió un vuelo de águilas triunfales. Pudo entrar fácilmente al palacio. Claro: si el Secretario General era el primo Dámaso. Y el primo Dámaso, noble y abierto como siempre, sentenciaba: "tu tienes derechos a pedir todo, porque luchaste solo y valerosamente; ¿prefieres un cargo diplomático o quieres trabajar aquí?" El exprófugo agradeció sonriendo; ahora era rico, gracias a Mendivil. Prefería no figurar todavía. Después verían. Se alegraba del éxito de Dámaso y deseaba futuro estable a los nuevos gobernantes, entre los cuales tenía tres amigos más.

Decididamente, la suerte estaba de su lado.

Torrente vertiginoso: todo a favor. ¿Cómo podía ser? Se cumplían viejos deseos. Montó una revista ágil, bien diagramada y mejor escrita, que rápidamente ganó el favor del público. Dos visitas de Mendivil engrosaron sus finanzas. Lo propusieron de diputado y de ministro, situaciones que declinó. Su libertad de acción valía más. Tuvo un duelo con un político quisquilloso: la bala le rozó la sien y le dejó una cicatriz levísima. El otro perdió su brazo. Fue descubierto el asesino de su amigo Antonio, al que siempre deseó castigo.

La hermosa Florinda aceptaba, mejor dicho disfrutaba de su compañía. Dionisio, receloso, vacilaba: ¿eran el cambio político, el dinero, el éxito los que decidían en su favor? Pero no; la

muchacha era de familia acaudalada, tenía muchos cortejantes y bruscamente —capricho femenino o lo que fuera— aparentaba profunda simpatía por el antes desdeñado. Y era inteligente, fina, rica de intuiciones. Sería la compañera ideal, porque ya no dudaba que al solicitarla como esposa sería aceptado.

Instaló una fábrica de artículos de acero que entró en boyía prontamente. Adquirió acciones que lo llevaron al directorio de una compañía de aviación. Un club de fútbol —el "Arco Iris"— lo designó Presidente-Protector y comenzó a ganar sus compromisos. Empresa en la cual ponía la mano, se iba para arriba. Lo solicitaban amigos y desconocidos.

Solía recordar al hombre del poncho negro... ¿No databa de aquel encuentro su prosperidad?

Y las misteriosas hojas de coca ¿qué contenían?

Preguntas sin respuesta...

Cuando murió su padre, un profesor respetable pero de vida oscura, gobierno y sociedad le manifestaron su simpatía. Fue un entierro solemne. "Homenaje al triunfador" —se dijo con amargura Dionisio.

Casó con la bella Florinda, que se convirtió en admirable compañera: cada día más bella, más tierna, más comprensiva. Tuvieron dos vástagos. Una casa amplia, arbolada, rodeada de jardines, con anchas ventanas y tejas rojas, coronaba la dicha familiar. Los libros y la buena música encantaban las veladas íntimas.

Murieron dos grandes amigos, pero nacían otros igualmente leales. Si una empresa andaba mal, surgían dos nuevas para sustituirla. Generoso con parientes y amigos, quiso que muchos compartieran su fortuna. Como no figuraba en política ni era escritor, no proyectaba mayor sombra; los amigos eran muchos y los enemigos escasos.

El viaje a Europa y al Cercano Oriente fue un sueño deslumbrante. La hermosa Florinda, la mejor compañera. Trabó contacto con industriales europeos y ensanchó sus negocios. Al volver a la patria levantaba un edificio de quince pisos para albergar las oficinas de sus diversas empresas.

Encontró gentes de confianza que le ayudaron a dirigir las. Y de pronto se le ocurrió aprender a volar. Contra los pronósticos adversos, resultó un aviador prudente y hábil. Conducía su bimotor a reacción, de diez plazas, y también se entrenaba manejando aparatos de mayor envergadura. Florinda se sobresaltaba, mas él apuntaba sonriente: "Tontita: ¿no ves que todo me sale bien?" Adquirió una confianza en sí mismo, una serenidad que se hizo proverbial para enfrentar los problemas propios y los ajenos. Cuando el Presidente lo invitó para cambiar ideas sobre una importante negociación financiera erizada de dificultades, dio la solución favorable.

Con el éxito, crecía su prestigio.

Era uno de los pocos hombres necesarios e independientes. Su consejo y su buena mano se hicieron famosos.

Hombre al fin, pasó días peligrosos. Un desliz con una dama seductora pudo llevarle al desastre. Su estrella lo salvó. Otro amante, despreciado, mató a la dama retirando la bomba de su camino.

¿Qué le faltaba? Nada o casi nada. Si durante quince años sólo conoció miseria y adversidad, desde el naufragio en el lago la fortuna no lo abandonaba. Un viento suave, acariciante, impelía su velero matinal, y siempre se le antojaba ser el buen navegante que al amanecer partía henchido de ilusiones y a la hora crepuscular regresaba con las velas plegadas y la pesca abundante y sabrosa.

Era curioso, era extraño pensarlo. Del naufragio que pudo costarle la existencia, había pasado al estado contrario: un transcurrir victorioso, bonancible, donde el hombre, vencedor siempre, veía naufragar en su contorno penas, desdichas, enemigos, contratiempos. Todo lo desagradable se iba al fondo, y en la superficie especular de su vida brillaban solamente la buena suerte. Lo agradable.

En el ápice de su poder lo acosó un deseo titánico. Construir un puente de acero que cruzando de montaña a montaña el hoyo profundísimo en que yacía la ciudad, uniera las dos mesetas todavía despobladas en las cuales avizoraba el futuro del terruño.

Envidiosos y murmuradores se agitaron. ¿Estaba loco Dionisio? Ni aun con la fortuna de Mendivil, que al fallecer le dejara la mina fabulosa, se podría realizar el fantástico proyecto.

Pero Florinda confiaba en Dionisio y su apoyo bastó. Su riqueza crecía, crecía... ¿Por qué no levantar el puente que era como un desafío arrojado al futuro?

Ingenieros nacionales y extranjeros planearon la obra que demandó más de un año de estudios. Técnicamente era realizable. Un consorcio poderoso del exterior decidió apoyarla y el proyecto se hizo más viable. Comenzaron a llegar trenes y aviones con los materiales para acometer la empresa portentosa.

Después de varias inspecciones con los técnicos, Dionisio invitó un domingo a la esposa. Quería hacerle conocer el sitio exacto donde se levantaría el primer pilar de acero de 250 metros de altura.

Habían caminado casi dos horas por terreno abrupto y desigual. Llegados al futuro emplazamiento del pilar inicial, Dionisio dijo a la hermosa Florinda:

—Será la culminación de nuestra vida. Lo llamaremos el Puente de Florinda y Dionisio. Nunca nos olvidarán.

Chupó un par de naranjas para apaciguar la sed. Pidió a la esposa que se sentara a su lado en el suelo y cogiéndole la mano le pidió que lo dejara soñar unos instantes antes de volver a casa. "Así, cerrando los ojos, y tu a mi lado, imaginaré mejor el puente, como si estuviera ya levantado sobre el abismo".

Y lo vio surgir, altísimo y soberbio, en una perspectiva inverosímil, altanero y monstruoso sobre pilares vertiginosos, trazando el arco audaz de monte a monte.

Un raptó de orgullo lo conmovió. Era un triunfador. Su sueño sería realidad. Pero bruscamente, en el calor del mediodía, una onda de frío lo estremeció.

Abrió los ojos buscando a la esposa. La bella Florinda no estaba a su lado. En la ribera del Lago sólo se encontraba el indio del poncho negro.

—Largo has dormido, tata —dijo el indio.

Dionisio estalló en una risa nerviosa. ¿Dormir, dormir? ¡No, no! Había vivido años de su vida.

Inmóvil, con voz lenta, el aimára le contestó:

—"Pacha" te ha visitado. Has visto en poco lo que es mucho.

—¿Y qué es "Pacha"?

—Es todo. El Creador, el Mundo, el Espacio, lo Que Sucede y lo que No Sucede. El Dios Visible, el Dios Invisible. También eso que ustedes llaman el Tiempo...

Giró sobre sus talones como para alejarse y Dionisio lo llamó ansioso:

—¡Espera, espera! No te vayas "amauta". Dame otra vez tus hojas de coca para que pueda ver el futuro...

El indio lo miró severo:

—¡Pacha" habla sólo una vez para cada hombre por las hojas de coca. No pidas mucho. Malo es.

Y se alejó sin esperar respuesta.

Naufragio... Naufragio... Aun llevaba el frío! cruel del Lago en sus miembros. Otra vez miseria, soledad, persecuciones. ¿No habría sido mejor perecer en las aguas heladas? Un hado adverso le había enviado al indio del poncho negro para que lo hiciera soñar en medio de sus desventuras. Mentían las hojas de coca, pero reparaban las energías físicas. ¿Hasta cuándo sería un prófugo, siempre del lado de la oscuridad y de lo amargo?

Ardió la furia varonil en su pecho. Lucharía, seguiría luchando, aunque tuviera que dejar la vida en la pelea.

Animoso a ratos, otros desalentado, fluctuando entre la ira y la impotencia, solitario y confuso, Dionisio caminaba rumbo a la ciudad. Ignoraba si en busca de un sueño o de su destino.

Pero ya el dictador había caído.

## EN EL CERRO

Seis "llockhallas" desarraigados trepaban el cerro. En la tarde navideña dejaba el sol lindas rosas sobre las montañas. Brotaban las primeras luces de la ciudad preparando la noche.

Una vez en la cima los chicos quedaron absortos: abajo, en el gran agujero de la tierra, la ciudad se extendía llena de luces y rumores. Era mucho más grande de lo que habían pensado.

—¡Qué linda es! —dijo el Josesito—. Parece un Nacimiento.

Los otros se miraron sorprendidos. ¿Un Nacimiento? Sí, la ciudad trepaba por los montes y sus luces, a la distancia, fingían un caprichoso escaparate de casas, lámparas, avenidas, animales, personas, árboles, laguitos que se amontonaban para celebrar la venida del Niño... Del Niño que tocaría unas puertas y pasaría de largo por otras. ¿Por qué? Nadie lo sabía. El Niño es dulce, el Niño es bueno, pero si no hay dónde recibirlo ¿cómo podría acercarse? Podrían verlo en las iglesias, tal vez entrar a cantarle en una casa ajena. Mas un Niño propio, para adorarlo en la propia casa ¿quién podría tenerlo?

Los "llockhallas" se miraban consternados, escondiendo su desilusión. Ellos no tendrían Navidad: dos eran huérfanos y los restantes tan pobres, tan pobres que ignoraban si comerían esa noche.

De pronto el Tomás saltó con rabia:

—¡No sean cobardes! ¿Acaso es nuestra culpa?

Luego el Julián, esperanzado, agregó:

—El también se acordará de nosotros.

El Carlitos se le fue encima:

—No friegues, che. Nadie se acordará de nosotros.

Las caras se pusieron serias. No tenían ganas de jugar. Entonces el Saturnino, el más imaginativo de la banda propuso enfático:

—¿Por qué no hacemos de cuenta que el caballero rico del Prado se ha vuelto Joco y nos da todo lo que le pidamos?

Se miraron incrédulos los chicos. Luego a mucha insistencia del iniciador resolvieron entrar en el juego.

—Yo quiero la motocicleta roja que hay en la tienda del turco —dijo brillantes los ojos el Nicanor.

Y todos creían ver la motocicleta roja en la cumbre del cerro, recogiendo los últimos fulgores del sol.

—A mí me gustaría un auto grande, de esos que friegan a los "varitas" —gritó el Tomás.

El tropel se estremecía como si hubiera pasado el auto grande dejando al "varita" pito en boca.

El Carlitos pidió cautamente:

—Un Banco... Quisiera un Banco para que nunca me falten billetes, pues...

Rieron los chicos a carcajadas. Este Carlitos era el más gallo. Mas no por ello dejaron de imaginar un Banco de puertas abiertas por las cuales salían billetes y billetes.

—Están pidiendo burradas —protestó el Julián—. Hay que ser prácticos. Yo pido una cena de Navidad, con pavo y todo... Con dulces y pasteles... Y un chanchito... Y helados... Y una torta de manjar blanco... Para toditos.

Y miraba desafiante a los demás.

Las lenguas rojas se inquietaron. Olían tufos deliciosos las naricillas. Las miradas ávidas escrutaban una mesa repleta de manjares.

—¡Yo quiero un cuartel, con hartos soldados, para poder mandar! —profirió el Saturnino vehemente.

Todos imaginaban al Saturnino vestido de capitán con sable y todo, desfilando a la cabeza de sus soldados.

—¡Caracho! Vos, Josesito, no has pedido nada —dijo el Nicanor.

El rapazuelo, el más pequeño de la banda, los miró indeciso. "Quisiera... quisiera... la Estrella de los Magos..." —pensó el Josesito— pero no se atrevió a decirlo temiendo las burlas de los compañeros.

Miró al soslayo y permaneció en silencio. Transcurrieron unos instantes de expectación.



—¿No quieres pedir nada? Eres un maula —intervino el Tomás-. Ahora, en castigo, te bajarás solo.

Y llamando a los otros cuatro emprendieron veloz descenso por la escarpada ladera del cerro abandonando al rapaz.

Afligido el Josesito no sabía qué hacer. Alzó los ojos y se quedó admirado: una estrella maravillosa brillaba en el cielo. Verde, azul, de oro, roja tal vez, de muchos colores. Estaba como suspendida en el aire, como un hermoso globo inmóvil y despedía rayos mágicos como queriendo hablar... De pronto se encogió, se encogió. Se fue acercando. Le pareció que se acomodaba en el hueco de su mano. Era tan linda la estrellita que el "llockhalla" apenas se atrevía a mirarla. Le hablaba, le hablaba en una lengua desconocida que lo llenaba de ternura aunque no precisara su mensaje. Lágrimas de alegría rodaron por las mejillas del muchachito.

Súbitamente la estrella voló como un relámpago y fue a fijarse en el cielo distante. Ahí estaba, como todos los días, telegrafando guiños misteriosos.

Lanzando un grito de júbilo el Josesito se precipitó cerro abajo en busca de sus compañeros.

Detrás suyo venía la esperanza con sus ojos verdes, saltando como una cabrita de oro.

## ROBERTA

Sonaron tres campanadas y las muchachas se desbandaron por el patio. Las veintiocho alumnas del sexto se confundieron con las trescientas cincuenta del colegio.

Unas corrían, otras saltaban, se frotaban las manos para combatir el frío. Algunas iniciaban juegos reposados. Se dispersaban por grupos. Discutían bulliciosas. O cogidas de la cintura deslizaban confidencias en voz baja.

Como gaviotas perdidas en el oleaje de los blancos uniformes, monjas de hábitos negros vigilaban el descanso.

Era un movimiento incesante, aturdidor: cuerpos ágiles, cabecitas inquietas, gritos, gestos, risas, voces. Algo más febril que un colmenar porque el estallido de las palabras y el habla gritante de las colegialas poblaba el aire de un vasto clamoreo.

Esquivando a las corredoras, sin cuidarse de las que caían, serena y rítmica de andar, Roberta cruzó el patio y fue a reunirse con dos amigas en el brocal del pozo.

Brillaron los ojos de las tres jóvenes en un saludo tácito. Luego, casi al unísono, tres voces insistieron:

—Hola.

—Hola.

—Hola.

Una sonrisa distendió las bocas juveniles. Sonrisa fugaz, porque casi inmediatamente sombras graves se esparcían en las tres caras. Se miraron. Callaban. Sólo Roberta sostenía la vista fija en sus compañeras. Ellas miraban el suelo como deseosas de evitar la conversación.

Era visible el contraste. Carla menuda y rubia, muy femenina. Marcia Leonarda, morena, de tipo atlético. Roberta alta, esbelta, de ojos fríos.

De pronto Roberta preguntó imperiosa:

—¿Se decidieron?

Marcia Leonarda, observando que Carla compartía sus vacilaciones, dijo cautelosa:

—Haremos lo que tú digas. Pero —y la voz se adelgazó delatando el miedo emboscado— tal vez podríamos aplazarlo para después de los exámenes...

Roberta la miró despectiva.

—Yo cumpliré lo pactado —manifestó Carla—. Sin embargo, creo como Marcia Leonarda que no hay por qué apresurarse. Podría ser la próxima semana.

Roberta las envolvió en una mirada glacial. Sus ojos azules despedían chispas de indignación.

—Esta tarde o nunca —sentenció secamente.

La morena y la rubia se miraron consternadas.

Siguió un largo silencio. Cayeron los párpados. Las miradas se perdían en la fina grama del jardín. Los oídos, como ausentes, no recogían el estrépito del colegio. Un petirrojo se posó en una rama del almendro y sus graciosas evoluciones arrancaron a las jovencitas de su abstracción.

—Roberta —suplicó la morena— danos más tiempo para reflexionar.

Y la rubia, toda nerviosa, insistía:

—Es terrible... Tengo miedo.

La muchacha alta les contestó desdeñosa:

—Lo maduramos largamente. Es tarde para retroceder.

—Podríamos esperar unos días —exclamó Marcia Leonarda intentando la última defensa.

Una mirada desesperada buscando el apoyo de Carla. Y ésta, alentada, proclamaba:

—¿Por qué precipitarse? Hay que pensarlo bien.

Roberta las contempló con desprecio.

—¡Ahora, tiene que ser ahora!

Luego, astuta, insinuó:

—Y si ustedes se acobardan, iré y lo haré sola.

Las otras dos saltaron unánimes:

—¡Oh no, Roberta, nunca te dejaremos sola!

—¡No, Roberta, no. Haremos lo que tu digas!

Recobrado el mando sobre las amigas, la joven alta recuperó el dominio sobre sí. En voz baja esbozó el plan a seguir. Su voz lenta y firme, de tonos secos, resonaba extrañamente en los oídos de las jovencitas. Sí: parecía sencillo y no obstante era terriblemente complicado. Además

estaban los padres, los hermanos, la religión que prohíbe escapar a la vida. ¿No era cobardía sustraerse al sufrimiento? "No —insistía Roberta— porque lo haremos libremente. Violentaremos al destino. ¿Qué mayor valor que afrontar lo desconocido? No tenemos miedo a la muerte, somos más fuertes que la vida. Si Dios nos hizo desgraciadas, escaparemos al yugo de Dios. No hay que vacilar. Y dejaremos el misterio detrás de nosotras, porque nadie sabrá los motivos de nuestra partida voluntaria. Nos iremos, simplemente". Las otras escuchaban, mitad convencidas, mitad vacilantes todavía. Pero Roberta tenía la certeza de conducir su plan hasta el fin.

Terminó el recreo. Volvió el silencio. Pasaron las monjas, pasaron hileras de colegialas rumbo a las aulas.

La clase de historia se desarrollaba normalmente. El profesor dictaba el curso sobre los merovingios, que traía absortas a las alumnas porque era un relator ingenioso y ameno.

Tenaz fluía la contienda entre el rey merovingio y el obispo de Tours: la Iglesia no podía tolerar sus desmanes. La mañana lucía esplendorosa y apesar del interés del relato, las muchachas lanzaban miradas furtivas al jardín: el surtidor arrojaba su airosa columna de agua al espacio y las gotas caían como chispas fugaces sobre las flores de colores encendidos. La pensativa reflexionaba: "No se atreverá, no se atreverá. ¿Cómo haríamos tamaña locura? Sólo quiere probarnos..." El profesor presentaba imparcialmente el conflicto: del punto de vista ético, el obispo tenía razón, desde el ángulo de la pasión unida a la política, el rey necesitaba descendencia y había llevado su manceba al palacio porque se proponía repudiar a la esposa legítima. Era un caso de controversia. La otra meditativa, más medrosa, se acongojaba: "¿Por qué quiere empujarnos al desastre? Acepté su plan porque estaba ofuscada, angustiada, mas no la seguiré. ¿Pero cómo contrariarla? Le prometimos obediencia en todo; ella es quien manda. ¡No, no es posible! Esta vez resistiremos". Afuera tres gorriones peleaban denodados por unas migajas de pan. Uno saltó y rebotó tres veces contra la ventana. Observando que algunas jóvenes desviaban la mirada al exterior, el maestro golpeó el pupitre con la regla: ¡atención! La manceba del rey iba a sostener acalorado litigio con el prelado. Luego siguió la fuga del obispo perseguido por los hombres del rey, su milagrosa salvación, el arrepentimiento del monarca, la muerte repentina de la manceba y el triunfo final de la virtud. No era novela, era historia. Los ojos azules no dejaban entrever la pasión que conmovía a su dueña: "Son mías, son mías. Haré lo que quiero con sus almas y con la mía. Tenemos que recorrer el camino hasta el fin".

La clase terminó con breves resúmenes orales de las alumnas. Carla y Marcia Leonarda —suerte— no fueron interrogadas ni habrían sabido responder. Roberta, en cambio, hilvanó la respuesta más clara y minuciosa a juicio del maestro. Es extraño —se decía éste— parecía distraída, concentrada en otros pensamientos, y sin embargo es la que mejor captó la lección.

Cuatro y media de la tarde: la hora más dulce del día vernal.

La teoría de las colegialas se desparramó por las calles. Las tres amigas cambiaron frases en voz baja. De pronto la voz de Roberta resonó enfática:

—¿Vamos?

Resignada Marcia Leonarda contestó:

—Vamos.

Carla se limitó a bajar la cabeza en señal de asentimiento.

Durante la marcha dialogaban, discutían. Veinte minutos después se encontraban al pie del cerro.

—Basta ya —ordenaba con firmeza la joven alta—. Hemos discutido demasiado. La que quiera echarse atrás tiene tiempo para hacerlo.

Y sin esperar respuesta comenzó a escalar el cerro que se empinaba doscientos metros sobre la ciudad.

Las otras se miraron resignadas y la siguieron.

A mitad del ascenso, Roberta se volteó a sus compañeras:

—Descansemos —dijo— todo debe hacerse a plena conciencia. Todavía es tiempo de arrepentirse.

Minutos más tarde reanudaban la trepada.

Llegaron a la pequeña meseta del montecillo cónico.

Un plano ligeramente inclinado, de bordes dentados. Por el oeste, casi cortado a pico, el farallón se abría imponente en un vacío vertiginoso.

—Miren, chicas. ¿No es hermoso? —preguntó Roberta asomándose al filo del abismo.

—¡No, por favor! —alegó Carla—. A mí me da miedo.

La atlética Marcia Leonarda se sintió desafiada en su valor. Se acercó cautelosa al precipicio y venciendo el miedo miró tratando de ocultar su inquietud.

Roberta retrocedió hacia el centro de la meseta.

—¡Abran los brazos! —mandó—. Respiren a pulmón pleno, gocen el encanto del último día sobre la tierra.

Las otras no muy convencidas la imitaron.

—¿Pero tu crees que encontraremos algo mejor que esto? —preguntó tímidamente Carla.

Y Marcia Leonarda, más persuasiva:

—Parece absurdo marcharse en un día tan lindo.

Los ojos azules relampaguearon de rabia:

—¡Qué tontas son y qué cobardes! Este mundo les parece el más bello porque no conocen los otros.

Marcia Leonarda, dudosa interrogó:

—¿Estás segura que hay otros mundos?

Roberta la miró despectiva:

—¿No te convenció la última clase de astronomía? No podrían existir miles de galaxias, millones de estrellas, si no existieran también millones y millones de mundos para infinitos seres que somos nosotras mismas en otras vidas...

Carla, temerosa:

—¿Y si no hubieran otros mundos?

—¡Qué importa! —replicó Roberta alzando los hombros.— Las tres somos desgraciadas ¿no es cierto? Pues las tres nos liberaremos de una vida triste. Si hay otras vidas, mejor. Si no las hay, hemos cortado nuestra desdicha. ¿No sería suficiente?

Las dos cavilosas se contemplaron. Luego la vocecilla de Carla anunciaba:

—Está bien. Lo haremos, pero no en esa forma. Yo no puedo saltar al vacío. (dirigiéndose a las otras dos) ¿Alguna de ustedes tendría la crueldad de empujarme? (Las lágrimas brotaron de sus ojos).

—La sensitiva —exclamó la muchacha alta—. Ya lo esperaba.

Marcia Leonarda dio un breve paseo por los bordes de la meseta. Se agachó, recogió una piedrecilla y la impelió con fuerza al vacío. Al ver la velocidad con que caía en el abismo se estremeció. Mientras se dirigía a sus compañeras el suelo que pisaba se le antojó un amigo cordial. El aire puro se filtraba delicioso en sus pulmones. El paisaje estallaba de revelaciones. Todo era fuerte y bello, menos la oscura idea de precipitarse en el vacío... Pero cuando recordó el infierno de su casa, sus dudas terminaron: no volvería a ella por nada, ¡jamás!

Se aproximó a las compañeras.

—Está bien —dijo a Roberta— lo haremos. Pero no arrojándonos ahí (y señalaba temerosa el precipicio). Busca otra manera...

—¡Sí! Que sea de otro modo. Yo no tengo valor ni para mirar al hueco.

Roberta sonrió satisfecha.

—Lo había previsto.

Y luego, afectuosa, agregaba:

—He preparado algo más rápido. No sentiremos dolor.

Marcia Leonarda pensó en los venenos de los Médicis. Carla feliz de librarse de ser arrojada al abismo, no concedió mayor importancia a lo que vendría.

La muchacha alta llevaba un bulto que aguardaba ser abierto. Antes quiso tranquilizar a las otras.

—Somos hermanas, no de sangre, sino de alma que es más —profirió solemne—. Debemos prometernos que cualquiera que sea el fin de nuestro viaje, volveremos a encontrarnos, seremos siempre hermanas, nada podrá separarnos.

La rubia y la morena sin poder reprimir lágrimas contestaron:

—Siempre...

Roberta, entonces, imperiosa, preguntó:

—¿A qué viene el llanto? Si vamos a realizar la gran aventura, la marcha a lo desconocido, si encontraremos un mundo mejor, logrado por nuestra valentía, por nuestra decisión de ser libres, de escapar a los designios de una suerte mala.

Carla y Marcia Leonarda no podían esconder sus temores.

—Ustedes son muy impresionables —añadió la muchacha de ojos azules—. No les diré el modo cómo saldremos de este mundo cruel, que tanto daño nos ha hecho, mas tengan confianza en mí. Casi ni lo sentirán; será un tránsito veloz. Ni se darán cuenta.

La morena y la rubia se miraron repentinamente tranquilizadas.

—¿Nos harás dormir, primero? —preguntaba sonriendo Carla.

—Tal vez...

—Yo prefiero ver la forma cómo voy a morir —dijo Marcia Leonarda.

—¡Tontas! —apostrofó Roberta—. Si no hay muerte, solamente cambio de un estado a otro. Dejaremos de ser los tristes seres que hoy somos, para encarnar o renacer en otros fuertes, bellos y felices seres habitantes de otro mundo mejor.

Carla y Marcia Leonarda se miraron como preguntándose si existiría verdaderamente ese otro mundo y la posibilidad de convertirse en otros seres más afortunados.

Roberta, adivinando sus dudas, agregaba:

—Piensen que sólo Dios puede alterar el orden del mundo y la suerte de las gentes. Pero si hay otros mundos pueden haber también otros dioses. Y nosotras mismas, al romper con éste para partir hacia otros mundos ignorados, somos pequeños dioses, somos las diosecillas de la buena fortuna.

Su risa larga y vibrante no fue coreada por las amigas.

—Hagámoslo de una vez —aventuró Marcia Leonarda.

—Pienso lo mismo —dijo Carla.

Roberta las contempló con una sonrisa triunfal:

—Bueno: ¿entonces estamos decididas?

Nuevamente una sombra cruzó el rostro de Marcia Leonarda.

Avanzaron unos pasos, deteniéndose en una ligera elevación del suelo. La rubia y la morena andaban confusas, vacilando todavía entre el temor y la curiosidad. Roberta pensaba que el pequeño accidente de la tierra era un ara propicia para el sacrificio de sus vidas.

De pronto Carla interrogaba:

—¿Y no vamos a escribir cartas a nuestras casas?

Marcia Leonarda la secundó vivaz:

—Yo creo que sí: debemos explicar a nuestros padres por qué nos alejamos sin despedirnos...

Pero la muchacha alta, enojada, las increpó:

—Ustedes siguen asustadas. Están buscando pretextos para dilatar la gran acción. Yo les digo que si no lo hacemos de inmediato, cada minuto que pasa será un obstáculo más. No sean cobardes. ¡Ahora o nunca!

—Está bien —replicó la morena—. Ahora.

—Está bien —coreaba la rubia.

Roberta las cogió de los brazos y las hizo sentar en un morrito de tierra y hierba, muy juntas una a la otra.

Dio unos pasos y se colocó frente a ellas.

—No tengan miedo —dijo— y confíen en mí. No sentirán dolor. He ideado algo muy bueno.

Carla miraba desconfiada:

—¿No nos harás daño, verdad?

—Claro que no. Si las quiero tanto ¿cómo podría hacerles daño?

Marcia Leonarda vio que los ojos azules despedían un fulgor diabólico. Sintió un escalofrío, intentó rebelarse, pero ese instante los ojos azules se clavaron en ella paralizando su voluntad. Quemaban, quemaban. Como hipnotizada se limitó a decir:

—Creemos en tí, creemos en tí...

La voz de Roberta resonó persuasiva.

—Quédense quietas, ahora, sólo un momento. No miren atrás. Enseguida les diré lo que haremos.

Las jóvenes se miraron de soslayo. Luego con la vista fija en lejanía, en las montañas azules, esperaron.

Roberta se colocó detrás de sus amigas.

Extrajo algo del bulto y un tiro retumbó en el cerro. Carla caía atravesada la nuca por el proyectil:

Marcia Leonarda, horrorizada, no atinaba a gritar.

De la boca de la jovencita rubia fluía un hilo de sangre. Los ojos daban señales de vida, los labios se movían como queriendo hablar.

—¡Está viva, está viva! —gritó la morena—. ¡Oh Dios mío! ¿Qué haremos?

Roberta se aproximó a la muchacha agonizante y fríamente, con calma inconcebible, la ultimó con un tiro en la sien.

—Ya no sufre —exclamó—. Ella nos abrió el camino. Sigámosla.

Y antes que Marcia Leonarda pudiera reaccionar recibía un tiro en el corazón.

Murió instantáneamente.

Con increíble sangre fría, Roberta aproximó los dos cuerpos yacentes. Se recostó junto a ellos. "Nadie sabrá por qué lo hicimos" —fue su último pensamiento. Y una sonrisa final se cruzó con la bala que la conducía al camino sin retorno.

## AQUELLA VEZ

Ficción o realidad, él escribía con sangre, con su sangre, viviendo intensamente lo visto o lo imaginado. La fuerza de sus escritos nacía de la potencia de sus impresiones: él veía, tocaba, sentía, escuchaba, vivía en suma la materia de sus narraciones. No creía en aquello de alejarse del tema o del sujeto, en serena perspectiva, para que la obra de arte —es decir el relato— brotara de un frío y tranquilo razonar; porque al contrario su pensamiento colmado de cercanía sólo vibraba al impulso arrebatado del instante. La emoción dictaba sus caminos. Del fuego de la experiencia inmediata surgía la aérea arquitectura de sus trabajos.

La maquina estaba, ahí, rígida, inmóvil aguardando las pulsaciones de sus dedos. Una hoja en blanco esperaba ser desflorada por sus ideas. ¿Cómo empezar? Esa era la clave del asunto que lo tenía planeado y desarrollado en su mente. Conocía su oficio: bastaba coger el cabo inicial y luego todo se desenvolvería lenta pero seguramente hasta encontrar el cabo que terminaría el relato.

Venía de asistir al entierro de la mujer de su amigo Julián. Un cuadro del Greco o del Bosco, todo de distorsiones, pesadilla y encadenadas lobregueces. Julián, abrumado por el dolor, había asistido mudo, entontecido, a la trágica ceremonia. Las gentes que lo abrazaban, las señoras de negro, las coronas de flores, los cirios-centinelas en torno al féretro ¿qué habían significado para el viudo? ¿Qué pensamientos crueles, qué recuerdos tiernos atravesaban su mente? Y esas horas angustiosas transcurridas entre el deceso del ser amado y la despedida en el panteón ¿qué mundos de pena y desesperación habrían suscitado en el infortunado? Lo más grave que ocurre al hombre, después de la vida, es el perecer; ¿y no se podría describir el trance terrible, ese desdoblamiento increíble del pesaroso que por la razón sigue en la vida y por el sentimiento se inserta en la muerte?

Era ambicioso y tenaz. No se trataba de componer un relato emotivo, vívido, acerca de los funerales de la esposa de su amigo, de la pesadumbre de éste, sino de algo mayor: él quería pintar un cuadro animado, rico de color y de sentido, punzante y aleccionador a la vez, capaz de conmover al más insensible y de arrancar lágrimas al sentimental.

Si la muerte es el trance supremo, reflejar, imaginar, transcribir lo que ella suscita en el afligido y en quienes lo rodean debe ser, necesariamente, obra de arte mayor. Un estremecimiento lo sacudió: con el dolor y la desgracia de su amigo levantaría un monumento a la desaparecida, rendiría homenaje a Julián, embellecería el tránsito temible.

Demostraría que la rosa negra del aniquilamiento puede transformarse en las rosas de azafrán del sentimiento que lo hermosea y dignifica todo.

Pasaron los minutos, tal vez una hora. No sabía cómo empezar su relato. El "adagio" de un cuarteto de Beethoven le dio el clima de tristeza requerido. Pesó los materiales de los cuales disponía: no debía recargar los tintes negros ni exagerar los toques poéticos. Contar con pasión, con fuerza, evitando el peligro melodramático. Vigor y sencillez: ¿no es la fórmula del que busca persuadir? El relato de un funeral puede ser tragedia y resurrección a un tiempo; y si el relator se insume en su tarea, el ardor de la búsqueda lo conducirá al trance supremo: el descenso a los infiernos, porque es de allí de donde regresan las insignes verdades. Lo excelso brota, como reflorece de la angustia, del pesar.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Por qué se metía en la aventura torturante?

Era un afortunado. La muerte no había rozado el cerco de su casa. ¿Por qué salía, él, voluntariamente a su encuentro intuyendo, imaginando, reconstruyendo los sufrimientos del amigo? ¡Ah! Tonterías: nada puede ser tabú para el escritor.



La máquina de escribir parecía reírse de sus dudas. La hoja en blanco permanecía en su intacta doncella. Tenía cortado el teléfono para que nadie lo interrumpiese. Cerró las ventanas a fin de evitar la tentación móvil del movimiento en el parque.

Y confiado, seguro, soberbio de su idea y de su oficio, se lanzó a la difícil empresa de convertir los padecimientos del amigo viudo en una obra de arte mayor. Nadie lo aventajaría en profundidad ni en sutileza para describir el temible suceso.

Bien: era sencillo y complicado a la vez. Porque es relativamente fácil imaginar lo que acontece en el interior del atormentado, dentro de un proceso lineal de sucesos y emociones lógicas; pero adentro, adentro, en lo más recóndito del alma lacerada... ¿cómo podría conocerse los ascensos y caídas, las tempestades vertiginosas, el vacío espantable, las mil reacciones encontradas sin haber vivido la terrible experiencia?

Luchó contra las dificultades que lo acosaban de diferentes ángulos. Vivir, narrar, imaginar, suponer, combinar lo claro con lo oscuro, dilucidar matices, hallar el punto neutro entre verdad y fantasía no era sencillo. Pero aun más complejo adivinar o creer que se adivina lo que sucede en las áreas prohibidas del atormentado. El había pensado, siempre, que por simpatía simbólica el artista puede invadir los reinos de lo desconocido, identificarse o superponerse al sujeto de su estudio. Ahora luchaba, desconcertado, contra una nueva realidad: la muerte, lo que ella implica como agresión y acicate no podía ser captado sin contacto directo con su pavorosa realidad. Si no se sintió su hálito helado en la cara ¿se puede expresar los derrumbamientos del solitario? Uno que ve destruirse su mundo físico y su interna alegría ¿es lo mismo que quien solamente imagina lo sucedido y lo sufrido? ¿Y por qué no? La imaginación es parte de la vida, se genera del ser vivo, pensante; por lo tanto quien piensa puede capturar, a la distancia, las raíces profundas que mueven al protagonista de la tragedia diaria.

Vacilando a veces, otras diestro y seguro, lanzóse a la tarea. El reviviría, reconstituiría, transmitiría las sensaciones y pensamientos del atormentado como si los hubiera experimentado por sí mismo. El fúnebre relato sería una obra maestra de veracidad, concisión, y análisis de la psicología doliente.

Conforme avanzaba en su trabajo se iba sintiendo satisfecho por lo realizado. Terminaba una página, dos, tres; las releía con cuidado, convertido en crítico de su tarea, eliminaba lo accesorio, agregando sabios toques de color; recordaba escenas similares de otras narraciones, se esforzaba por superar el afecto emocional en los futuros lectores.

Veía crecer el relato con el amor y la ansiedad que se mira crecer a un hijo.

Andaba ya por la mitad y los resultados se le antojaban excelentes. El cuadro de conjunto era de un realismo vigoroso. Le parecía estar, nuevamente, en la sala fúnebre. Caras tristes, bocas enmudecidas, el movimiento recogido de los cuerpos. Supo dar efectos magistrales a la descripción de cosas y personas, ligando sutilmente la naturaleza inanimada con los seres animados. Y describió la presencia sin presencia de la muerte con tal poder de sugestión, que a ratos el hilo del cuento, olvidado de la muerte, del viudo, de parientes y amigos, de la estancia funeral, del ambiente macabro, sólo parecía referirse a la abrumadora consistencia de lo inconsistente. La muerte, entonces, brotada de su ardiente imaginar, se imponía más viva que los vivos. Y releendo esos párrafos admirables se estremecía, como si el ósculo helado hubiera tocado también sus labios.

"¡Oh! Tonteras..." Realizaba un trabajo puramente mental, una obra de arte. ¿Cómo confundir su propio acontecer con el ajeno?

Siguió avanzando.

Al describir la desesperación del hombre que enviudaba llegó a la cima del arte narrativa: nadie olvidaría ese monólogo silencioso de Julián, mitad joyceano, kafkiano por la otra mitad.

¿Pero habría pasado Julián por experiencia tan intensa; su mente, su sensibilidad irían tan lejos y tan hondo; no lo estaría enriqueciendo con su propia fantasía de escritor? No: el sentimiento humano es igualmente profundo en el dolor o en la alegría, sólo que unos, pocos, alcanzan a manifestar claramente lo vivido, y otros, muchos, guardan u olvidan lo acontecido. Dejó esas páginas como estaban: una elegía dislocada y vibrante, extraña y lúcida a la vez.

Al evocar las virtudes de la desaparecida en la memoria del marido se adentró tan hondo en la psique del abandonado, que de pronto sintió que brotaban lágrimas de sus ojos.

—Es absurdo —pensó— si se trata de un artificio. ¿Cómo puedo conmoverme hasta el llanto?

Sacó un pañuelo, limpió las lágrimas y una sonrisa de satisfacción le cruzó el rostro. Era, verdaderamente, un gran escritor si podía conmoverse a sí mismo.

Siguió desarrollando con seguro pulso el relato. A veces lo asfixiaba la atmósfera densa y oscura de lo que narraba. Sentíase inserto en ese ambiente de paños negros y vientos funerales. La angustia del otro, de los otros, lo obsedía. Pero luego recuperaba su viejo poder sugeridor y con sobrios toques poéticos restituía la fábula-verdad a su natural equilibrio.

Cierta vez, oprimido por un pasaje angustioso en el cual la idea del suicidio acosaba a Julián, suspendió su trabajo, se asomó a la ventana, respiró el aire perfumado por las retamas del jardín. Trinaban los gorriones en la vieja acacia. Gritos de niños llegaban de la distancia.

Se distendió. ¡Ah! Desasosiegos del mucho pensar, fatigas del trabajo. Se había concentrado en exceso en su tarea. Reconstituyendo o adivinando el drama del amigo, se sumía, al trabajar, bajo un velo negro que oscurecía el paisaje y los seres del mundo al impacto de sus dedos y al mando de su mente conjuraba la máquina de escribir. Pero aquí estaba el otro, el mundo vivo, el mundo real donde sus días pasaban felices. Su mujer, hacendosa, hacía y ordenaba las faenas de la casa. Los chicos jugaban en el jardín. El mismo podía abandonar el escritorio, irse por el parque al encuentro de la frescura matinal, o echarse a rodar por las calles de la ciudad, entre gentes y vehículos que lo devolverían a la movable y cambiante realidad de la colmena humana.

¿Por qué habría elegido el tema fatídico de la muerte y su poder disolvente en los que quedan, habiendo tanta luz, riqueza y variedad en la proeza humana?

Era la tensión del trabajo excesivo.

"No escribiré tan seguido, tan concentrado —pensó—. Descansare unos días".

Pero cuando volvió a golpear la máquina, fue capturado, nuevamente, por un deseo morbosos de sufrimiento y concentración.

Porque él sufría, se encerraba en la pena imaginaria que revivía la pena verdadera de Julián. Horas lacerantes evocando —o inventando— el dolor del amigo, sus íntimas reacciones, los monstruos de la tormenta emocional.

El relato avanzaba inexorable. Era realmente soberbio.

Otra vez, describiendo el dolor de Julián, trazó una escena tan vívida de aristas poéticas, que su instinto crítico la rechazó. No: Julián no era sentimental ni amaba los desbordes emotivos. Eliminó lo accesorio y el cuadro resultó mejor, así, esta segunda vez, patético pero sobrio.

La narración crecía inexorable. Solía detenerse en ella, la leía, la releía, suprimiendo lo excesivo, agregando rápidos toques de luz. ¿No son novelador y poeta los taumaturgos de la evocación? Un sentimiento de orgullo se alzaba en su alma: era un creador, un pequeño dios que

podía organizar un mundo, resucitar el pasado, prever el futuro y animar las cosas muertas con movimientos vivos que sólo él podía graduar y proyectar en los demás.

Se sumergía tan hondo en el relato que en una ocasión se sintió acosado por la desesperación de lo que contaba. El protagonista renegaba de religión y de moral, pensaba en el suicidio, odiaba a los seres vivos, quería condenarse a eterno silencio y soledad. Accesos de furia le quemaban los nervios. Luego la melancolía de negros paños descendía a su espíritu. Lo dibujaba aturdido, infeliz, incapaz de afrontar esas primeras horas del derrumbe interior. No había sido así, porque Julián, templado en sus afectos, debió serlo también en el dolor. Entonces ¿qué contaba? Era él mismo, el escritor nervioso y sensitivo, el que se proyectaba, el que se introducía en el relato prestándole tintes trágicos que el protagonista real posiblemente no experimentara.

Nuevamente su fina intuición lo indujo a rectificar los últimos párrafos: cortó, cambió, eliminó relieves que no condecían con el carácter del amigo.

Esa constante vigilancia, ese freno voluntario a la vehemencia descriptiva, dieron mayor veracidad a la narración, una economía de estilo ajustada a la lobreguez del asunto. Muerte, duelo, dolor profundo deben expresarse con rigor expresivo por mucho que el patetismo de la historia y los sobresaltos del corazón quieran imponer su ritmo desigual.

Pero como él era imaginativo, soñador, las imágenes le brotaban de la mente nobles y conmovedoras, como las palabras se revisten de perfiles ardientes. No era, el suyo, el simple relato de un sepelio, una escena fúnebre, el drama del esposo que pierde a su compañera, sino una elegía grandiosa al dolor más hondo y desgarrador de dos que se separan después de haber caminado la vida juntos.

Después de varias semanas de intenso trabajo terminó el relato. Lo leyó, lo revisó, le dio el pulimiento final. Dejó pasar unos días y luego, figurándose un lector, leyólo una vez más con ojo crítico, atento a los efectos de la dramática historia.

Nunca quedaba satisfecho de lo que escribía, pareciéndole que siempre lo obtenido resultaba considerablemente lejano de lo imaginado. Pero esta vez el escritor no pudo reprimir un estremecimiento de soberbia: había emulado con la vida que es como decir rivalizar con el Señor. "La Caída de Julián" era una pieza literaria perfecta, de fondo, de forma y de sentido. Nadie había descrito tan lúcida y al mismo tiempo con tal penetración la desgracia ajena. Habíase apoderado de la escena fúnebre, del mundo inanimado en que yacía el cuerpo de la ausente, de las almas de parientes y amigos, sondeando el dolor desgarrador del viudo. Había captado esa atmósfera casi inexpresable del drama siempre repetido y nunca suficientemente expresado que la muerte traza en la felicidad de las familias. Y el poeta que habitaba su espíritu respetando el rigor constructivo del relato había obtenido trozos fulgurantes de belleza.

Ciertamente: era el autor de la narración más asombrosa sobre el tema. Nadie había descrito como él el mundo exterior ni los abismos del alma en el trance funeral con tal vivacidad.

Rompiendo los límites inviolables del alma había entrado en la de Julián, o le prestó una nueva, poco importaba: Julián y su desdicha le sirvieron para erigir una columna dórica, austera y hermosa, al dolor del hombre que no tiene fin.

Presentía que su historia arrancararía muchas lágrimas; aun los más insensibles se sentirían sacudidos por la fuerza vibrante de sus páginas, escritas con sangre como dijera el clásico, porque él había sido un doble protagonista de los sufrimientos del amigo.

Analizó cuidadosamente la estructura de su relato: era impecable. No daba asidero a la crítica. Todo se desenvolvía noble y dócilmente como una fuga de Bach. Una corriente de alegría le recorrió el cuerpo: no había alcanzado a escribir un gran libro capaz de inmortalizar su nombre, pero este trágico estudio, este cuento, este trozo de vida era más que un gran libro, era la fusión

maravillosa de verdad y poesía, el trance excepcional en que la fuerza del hombre y la finura del artista se combinan para alzar el alma a las estrellas...

Era el autor de la historia más extraordinaria y patética sobre la muerte que llega de arriba y el hombre que se retuerce abajo.

Descendió apresurado donde la esposa que lo esperaba, como todos los días, dulce y tranquila.

—¿Acostaste a los niños?

—Duermen ya. ¿Quieres leerme algo?

El escritor le entregó su narración. Mientras ella recorría las páginas, él observaba las reacciones emotivas en los ojos y en el rostro de su mujer. Rostro y mirar mudaban de expresión. Intensa sorpresa, congoja, admiración, terror, chispazos de sosiego, luego nuevamente dolor profundo. El, que la conocía tan sensible, creyó varias veces que suspendería la lectura: estaba profundamente conmovida. Pero leal al marido y al compañero escritor —él veía claramente cómo se sobreponía al horror del relato— siguió leyendo en tanto él proseguía espionando en sus rasgos la fuerte impresión que le producía la trágica historia.

—"He escrito una obra maestra" —pensaba el autor.

Mas cuando terminó, la esposa mirándolo con ojos húmedos de llanto dijo solamente:

—¿Cómo te anticipaste? Si faltan tres años todavía.

### EL SECRETO

Cuando la Señora terminó de tocar el estudio de Rameau, una salva de aplausos resonó en la sala. Era tan linda, tan joven que parecía hermana de sus hijos.

La fiesta reunía a la numerosa familia, medio centenar de personas. Todas felices, animadas, porque ella sabía agasajar a sus invitados; las viandas sabrosísimas, los vinos escogidos, los postres brotados de sus manos milagrosas. Viuda en temprana edad, se consagraba a la familia. Su gran fortuna le servía para hacer dichosos a los suyos, siendo su mayor preocupación los dos hijos y veinte sobrinos. Al reprochársele que los mimaba en exceso, la Señora respondía: "Yo fuí feliz; quiero que ellos también lo sean". Los jóvenes la adoraban, no sólo porque satisfacía sus necesidades y antojos, sino porque era severa con los desmanes y sabía inducir sutilmente al buen camino. "Tienes alma de maestra" —había dicho la suegra cierta vez. Muchos la indujeron a volverse a casar. Pretendientes calificados tocaron sus puertas, pero ella había respondido con firmeza que viviría consagrada a la familia. Siete años después de haber enviudado, la Señora seguía siendo la mujer más hermosa y distinguida de la ciudad. Lejana, inaccesible, parecía vivir sólo para los suyos.

Julio la observaba con orgullo. ¡Cuán bella era su madre, sobresaliendo entre todas por la elegancia de la figura y el encanto juvenil del rostro!

También Mónica, la revoltosa, vivía pendiente de los labios de la madre. Y los veinte sobrinos la adoraban como otros tantos hijos, porque la Señora sabía la ciencia difícil de comprender los problemas ajenos y el arte delicado de ayudar sin ofender la dignidad del necesitado. ¿Cómo una mujer tan seductora, rica, joven, que podía satisfacer todos sus caprichos, cifraba su felicidad en hacer felices a quienes la rodeaban? Don Ramón, el tío recalcitrante, el desconfiado, que solía decir: "es joven, todavía; que llegue la madurez y cambiará", iba rindiéndose a la virtud de la dama. Siete años de viudez irrefragable desvanecían las dudas.

La Señora era una santa, pero una santa activa, que socorría calladamente a muchos, ayudaba a conventos y hospicios, jamás se negaba a la desgracia ajena.

Amaba la música, la lectura, el cuidado de su jardín, y sobre todo ver contentos a hijos y parientes. "Has caído de otro planeta" —le decía Vicente, el cuñado, porque a juicio suyo no se podía ser tan noble y desinteresada. Ella cortaba los elogios ruborizada.

Esa tarde la Señora conversaba con Matilde, madre de su sobrino Ricardo.

—¿Qué le ocurre a tu hijo? —inquiría ella—. Cada día más hosco, reservado. Los muchachos me confían sus cuitas, y él es el único que me rehuye. ¿Por qué?

—Discúlpalo —contestó Matilde—. Su natural es así: silencioso, reservado. Tampoco se acerca a nosotros. Le gustan los versos, la soledad... ¡qué se yo! Es un problema para su padre y para mí. Rehuye a los amigos, lee mucho. Es raro.

—Quisiera ayudarlo para que encuentre su camino, su vocación, pero que se abra, que hable.

La fiesta proseguía con gran animación. La Señora tenía un don secreto para entusiasmar a todos. Estaban en un palacio encantado. Por los amplios ventanales el jardín invadía la casa, poniendo tintes verdes en los corazones. Se sirvió la cena y a los postres sendos regalos alborozaron a los agasajados.

Ricardo recibió el suyo en silencio. Su padre se indignó:

—¿No das las gracias a tu tía?

El muchacho pareció despertar de su ensimismamiento:

—Sí, claro: le agradezco mucho su bondad...

La Señora sonrió bondadosa. ¡Pobre sobrino, siempre abstraído! ¿Por qué no lo dejaban en paz?

Dióle dos palmaditas en la mejilla y lo miró con cariño, advirtiendo la turbación del joven.

Pasaron los meses.

Encuentro con la cuñada Matilde. En un salón de té, lleno de damas, Matilde expuso su problema:

—No sabemos qué hacer con Ricardito. Estudia como a desgana. No quiere definir la carrera que abrazará cuando se reciba de bachiller. Siempre está callado, rehuye a los amigos. Esconde celosamente sus versos. Desconfía de nosotros, sus padres, y de sus hermanos. ¿Estará enamorado? Y si lo está, ¿por qué no lo dice?

La Señora, sagaz, aconsejaba calma:

—Es difícil sondear el alma de un adolescente. No lo violenten.

—Pero es que ya va mucho tiempo así.

—Paciencia, le pasará, es muy joven.

—Yo lo advierto cada día más concentrado. Sufre.

—Es posible —dijo la Señora.

—¿Y cuál es el misterio de su actitud?

—Si hay uno le pertenece a él. No es un niño.

—A tí te quiere y te admira. ¿Por qué no intentas hacerlo hablar? Tal vez te confíe algo que nos tranquilice a todos.

La Señora se resistió: había que respetar la actitud del muchacho. Si tenía un secreto ¿por qué pretender robárselo?

Pasó el tiempo. Una nueva fiesta familiar trajo el contento a todos. La casa de la Señora lucía misteriosa y jovial, despidiendo fulgores diamantinos; y Ella, al centro, aquí, allá, en todas partes, irradiando bondad y simpatía. ¿Cómo podía existir una persona que no despertaba envidia ni antipatías entre parientes? Era increíble, mas era así. La Señora sólo inspiraba afecto y gratitud. Nunca hablaba de sí misma ni de sus problemas, sino de los demás y de sus preocupaciones.

Esa tarde el gran salón resplandecía de júbilo. Se bailaba, se conversaba. Los oros del otoño dialogaban con los cristales de las puertas. Matilde llevó a un rincón a la Señora y su ruego fue humilde, desesperado casi. "Habla con Ricardo, averigua qué le pasa. Vive triste y huraño".

La Señora se compadeció de la pena de Matilde. Prometió reflexionar al sobrino.

Al día siguiente anduvo todo el día ocupada en los mil quehaceres de la casa. Revisó el nuevo vestido de Mónica, leyó una composición de Julio para sus exámenes de fin de curso, echó una ojeada a las cuentas del administrador, ordenó las donaciones al hospicio. Bajó al jardín, se entretuvo unos instantes con el parloteo de los gorriones, devoró visualmente la cinta cromática de las flores. Leyó un poco, mientras las notas nítidas de una fantasía mozartiana desparramaban alas y dardos por el aire. A las cinco de la tarde, le agradaba tomar el té sola, en el jardín, y antes de hacerlo unos geniecillos traviosos se le metían en la mente, trayéndole el recuerdo de tantas cosas dulces y queridas, poniendo perfiles nuevos en los objetos y en los accidentes del jardín, abriendo pórticos a mundos desconocidos. Ella también soñaba... Y esa tarde, absorta en una gota de agua que se irisaba en el rosal, se sumía en beata contemplación. Soñaba, recordaba, se dejaba estar... De pronto reparó que alguien, próximo, la estaba observando.

La Señora se compuso enderezándose en el sillón.

—¡Ah, eres tu! —dijo reconociendo a Ricardo.

Había olvidado que el muchacho, invitado por ella, debía visitarla a esa hora.

De los cuatro varones de Mónica, era el único que carecía de audacia y vigor. Era el tercero. Sus hermanos habían capturado la energía del padre y la desenvoltura materna. Fino, delgado, la constante reserva ocultaba sus pensamientos. Evitaba las discusiones, sabía escuchar; a veces, cuando se aventuraba a intervenir, demostraba tanta inteligencia como sus hermanos. "Le falta voluntad" —argüía el padre descontento-. Huraño, solitario, transcurría más en los libros que en la vida. "No tiene ambición, no sabe lo que busca..." —había agregado Mónica preocupada—. Ricardo, evasivo, no se confiaba a sus familiares. Tampoco se le conocía el amigo predilecto, ese que llega a tener la clave de nuestro modo de ser.

Ella sabía que el muchacho la quería y respetaba como los otros sobrinos, pero entre todos ellos era el menos próximo por su timidez y su continuo callar.

Ahora debía intentar romper el muro de silencio que lo separaba de la familia.

Antes de llevarlo al plano de las confidencias, la Señora distrajo a Ricardo con preguntas triviales que éste repuso con monosílabos. Tenía los ojos fijos en la grama. Cuando la tía inició con tacto interrogaciones de mayor intimidad, el sobrino las evadía con suave firmeza:

—No tengo nada, nada me pasa.

Ella insistió, discreta:

—¿Por qué eres tan callado? Parece como si desconfiaras de los demás. ¿No amas lo suficiente a tus padres para confiar en ellos?

—Sí los quiero.

—Entonces ¿por qué no accedes a buscarlos como a tus mejores amigos?

Ricardo vaciló:

—No tengo amigos.

—Eso está mal. No podemos andar solos por la vida. Todos tenemos necesidad de apoyarnos en alguien.

El muchacho callaba.

La Señora reanudó el hostigamiento:

—¿Por qué te cierras? Dios nos dio el corazón, nos dio la lengua, para comunicar con los demás. A no ser que tengas vocación de fraile —y su risa armoniosa resonó en el jardín.

—¡Oh no, no la tengo!

Ricardo seguía callando, como deseoso de evitar esa indagación porfiada en torno a su manera de ser.

La tía lo asediaba sin darle tregua:

—¿Por qué no miras de frente? Levanta la mirada, Ricardo: ¡mírame! ¿O es que estás ocultando algo?

El joven se turbó. Un ligero rubor cubrió su cara de fino vello rubio. Más pronto se repuso y esbozando una sonrisa se limitó a decir:

—No oculto nada, no oculto nada...

La contemplaba azorado y en sus grandes ojos azules se retrataban la tristeza y el temor.

—Tampoco en mí confías —dijo la Señora.

—No es eso, no es desconfianza. Pero si no me ocurre nada —añadió el muchacho encogiendo los hombros— ¿qué podría decir?

La dama lo observaba hondamente, hondamente. Ricardo volvió a turbarse: sus ojos descendieron al césped nuevamente.

De súbito ella se incorporaba con vivacidad:

—¡Ya sé lo que te ocurre —exclamó triunfal— estás enamorado o te pasa algo tan grave que no te atreves a expresar!

Ricardo se demudó. Su faz delicada cambió varias veces de color. Luego, como realizando un esfuerzo para sobreponerse a la saeta de la tía, repuso lentamente:

—No estoy enamorado, no me pasa nada grave.

Pero en su mirada inquieta, medrosa, la Señora adivinaba que había rozado el misterio del sobrino.

—Tienes un secreto —insistió afectuosa— y no quieres decirlo a nadie.

Luego, conciliadora, agregaba:

—Respetaré tu reserva. No te preguntaré más. ¿Pero es justo que sigas intranquilizando a tus padres? Tus hermanos se mofan de tu modo de ser. Todos te queremos y tú te empeñas en distanciarte de todos. ¿Te parece normal? Si hicieras algo, un poquito de tu parte, verías cómo es mejor andar acompañado en la vida y no solo y enigmático.

Ricardo callaba, callaba.

Ella puso su mano en la mano del joven. Antes de despedirlo sintió que la sangre bullía precipitada, a velocidades fabulosas, bajo la piel de Ricardo.

La dama se sobresaltó a su vez.

—Tienes fiebre, estás enfermo...

Un destello de alegría le iluminó el rostro:

—¡Oh, no! —contestó sonriente—. Estoy bien.

Pero los ojos azules la miraban trémulos y la Señora no quiso leer lo que decían.

El joven se alejó sin haber revelado su secreto.

Como era lógico, Mónica se sintió defraudada cuando la Señora le comunicó el fracaso de sus indagaciones. "Tu hijo es más inteligente de lo que pensamos —le refirió— pero su reserva es impenetrable. No hay que violentarlo. Esa reserva es propia de los adolescentes. Hay que esperar que reaccione por sí mismo". Matilde quedó descontenta porque intuía que al romper su silencio —si alguna vez lo hacía— Ricardo no se volvería a ella.

La vida siguió intensa y variada en la familia. La Señora veía, apenada, que el abuelo andaba cada vez más lento y la abuela oía cada vez menos. Vicente y Matilde seguían siendo una pareja feliz. Mónica tenía un festejante que amenazaba terminar las cosas en serio. Julio iniciaba su primer pololeo formal. Los sobrinos, dos ya casados, los diez y ocho restantes siempre afectuosos con ella. Su hacienda andaba próspera. Las fiestas familiares se dilataban pero al realizarse reconstituían ese ambiente de paz y cordialidad que la Señora tanto amaba.

Ricardo, como la vida, seguía también el curso de su destino. Estudiaba en Londres y venía a pasar las vacaciones con los suyos. Era el segundo año. Sus cartas nada dejaban traslucir de su intimidad, reduciéndose a describir las incidencias comunes de los estudios y de la vida en el colegio. Afirmaba que Cambridge le gustaba sin explicar los por qué.

La Señora seguía siendo la mujer más bella y atrayente de la ciudad, intocable por su virtud y su aislamiento.



Era joven, sana, y confiaba en ver casados a hijos y sobrinos. Ella los dotaría a todos y alcanzaría a ver brotar la generación siguiente. Pero faltaba tanto para coronar su ideal.

Aparte del cuidado de la familia, la música, la lectura y el jardín seguían siendo sus ocupaciones favoritas. Transcurría activa, buscándose quehaceres, como si quisiera evitar el análisis de su interior soledad, un futuro siempre monótono, sin otro horizonte que el de velar por los demás.

Cuando Ricardo, por tercera vez, llegó de Londres la primera visita fue para la Señora que costeaba sus estudios. Había perdido su aspecto frágil, aparentaba menos inseguro, mas su reserva y laconismo persistían. A la antigua tristeza sucedía una fina melancolía que acudía espaciadamente a sus ojos.

Un día ella le reprochó ser el único que nunca le había pedido nada. "Nada necesito" —repuso él esquivo. Ricardo volvió a ser una preocupación más entre las muchas de la Señora.

Los dos meses de vacaciones pasaron fugaces. Casó Irene, la mayor de las sobrinas. Enfermó y recuperó el abuelo. Se instalaron dos salas nuevas y vastas en un hospital de ancianas con el nombre del marido de la Señora. Adquirió una casa más amplia y cómoda para la prima Matilde: "para que esperes a los nietos". La última fiesta familiar resultó magnífica y el contentamiento general porque la Señora se había excedido en los regalos. Aun Ricardo, negándose a bailar, tranquilo en un sillón, parecía participar del contentamiento general.

Ella se aproximaba a los cuarenta y aparentaba diez menos. Su belleza intacta, la extrema gentileza de su trato, la convertían casi en la novia de la familia. Todos seguían pendientes de su bondad y sus palabras, mientras ella se esforzaba en amenguarse y hacer resaltar las virtudes de los parientes. ¿Por qué era tan buena y desprendida la Señora? "Parece un ser venido de otro planeta" —insistía sentencioso el cuñado Vicente.

Los hijos sólo le daban alegrías. Jorge aventajado en sus estudios, simpático y responsable; Mónica lindísima y vivaz. ¿No había recibido mucho de Dios con la sola pena de la temprana ausencia del marido?

La Señora era feliz, sosegadamente feliz.

Y otra vez, transcurridos tres años, tía y sobrino volvieron a encontrarse en el jardín, antes de la hora del té.

—Quería despedirme —dijo el joven. Los ojos claros habían aprendido a mirar de frente, sin atrevimiento pero sostenidamente. Ella lo acogió afectuosa como era habitual en su modo de ser.

—¿Hasta el próximo año? —preguntó insinuante.

El muchacho vaciló. Estaban de pie, junto al lindo rosal rebosante de capullos en torno a una sola rosa, inmensa, de pétalos semiabiertos, que esplendía como un sol purpúreo en la caída de la tarde.

—No, ya no volveré —contestó— pero no lo digas a mis padres. Se apenarían mucho.

La Señora se inquietó:

—¿Por qué lo haces?

—Difícil explicarlo. Aparte de mi profesión estudiaré pintura y no habrá más vacaciones para mí.

—¡Ah! —comentó ella— nos abandonarás...

—No es eso —profirió él— los tendré conmigo aunque esté lejos.

Después de todo era natural. Tres años en Londres y entrando ya a la plenitud juvenil, el muchacho, tendría un gran amor, una grande inquietud.

—Al fin encontraste la mujer digna de tus confidencias —aventuró—. ¿Le dijiste tu secreto?

—No la encontré.

La tía sonrió burlona.

—No la encontraste... ¿Y por qué luces, ahora, seguro y confiado?

—Será porque me voy haciendo hombre —dijo el joven modesto y los ojos claros miraban de frente.

De pronto cogiendo las manos de la Señora con fuerza y mirándola fijamente en los ojos le transmitió la cálida vibración de su sangre:

—Tú siempre lo supiste —dijo con voz apasionada.

Ella, confundida, vaciló antes de contestar:

—¿Yo? ¿Que yo conozco tu secreto? ¿Que siempre lo supe?... Pero tu estás loco... Ricardo, vamos; ¿qué quieres decir? No te entiendo.

El sobrino le acariciaba nerviosamente las manos y la miraba intensamente. En ese mirar dardeante y conmovido, la Señora leyó lo que había ignorado tantos años. Sobraban las palabras.

—Me voy para siempre —expresó el joven—. Acaso nunca volvamos a vernos.

Ella quedó silenciosa, aterrada por la revelación que entraba silenciosa en su espíritu.

—Tu sabes lo que yo quiero en esta despedida —dijo mirándola apasionadamente.

La Señora se turbó. Luego serena, magnífica, besó al muchacho en la mejilla, murmurando:

—Que Dios te bendiga, hijo mío.

Ricardo, transformado en otro Ricardo, ahora exigente, imperioso, la ciñó por el talle y la atrajo a sí:

—Trátame como a hombre. Sé mujer. Tú sabes lo que espero de tí.

Un beso largo, tierno, apasionado los unió. Las bocas anhelantes no querían separarse.

Y esta historia no tiene fin porque nadie supo que Ricardo y la Señora se amaron ni cómo terminó su imposible amor.

### REENCARNACIÓN

Estaba triste, descorazonado. ¿Qué Podía hacer? Ella era inaccesible. Su belleza extática despertaba admiración; nadie se atrevía a romper la valla de su orgullo. Segura del poder imantado

de su hermosura, sabía mantener distantes a los adoradores. Y no que el marido fuera celoso, no lo era, la dejaba en plena libertad, ni siquiera la seguía con los ojos cuando ella bailaba o conversaba con otros hombres. ¿Cómo serían su habla, su inteligencia, su sensibilidad? Sólo había recogido el timbre de su voz, suave, musical, pero nada que permita captar su personalidad.

Era bellísima. Caminaba con paso rítmico. Su mirada impasible, indiferente, parecía resbalar sobre seres y cosas. ¿Por qué esa soberbia? Resplandecía como un brillante blanco de fulgores azules. Eso no le daba derecho a despreciar el mundo. Pero sí: podía despreciarlo, hacer lo que quisiera, porque emanaba tal hechizo de su figura, que cortaba la respiración.

Era una diosa...

Aun el marido era tratado con cierto desvío. Y parecía adorarla, sometido a su capricho.

Ocupaban una "suite", la mejor del hotel. Gente rica. Cenaban casi todas las noches con invitados, mujeres lindas y elegantes, hombres distinguidos que hablaban y reían en voz baja.

El tenía una mesa próxima y podía observar discretamente a los comensales. Personas de "clase", acomodadas, pintado el rango en los rostros. Orgullosa confianza. Pero ella, la misteriosa, sin abandonar ese aire de majestad que la circundaba era el centro de la expectativa cualesquier que fuesen los invitados. ¿Sería una reina? A veces una fina melancolía velaba sus ojos. Luego la máscara impasible recuperaba su imperio y volvía a regir la reunión con su espléndida belleza y su altiva actitud.

No podía recoger lo que se hablaba en la mesa de los poderosos. Era sólo un murmullo sabiamente atenuado, como si quisieran poner un muro separador entre ellos y el resto de comensales en el hotel.

¿Cómo podía él, un pobre escritor en vacaciones, indagar o acercarse a los altísimos? Ni las propinas ofrecidas quebraron la reserva; nadie quiso decirle quiénes eran la hermosa y su marido. Ignoraba sus nombres y los contemplaba distantes, distantes como estrellas remotas.

Una vez escuchó, al pasar, que el marido decía "Diana..." y se estremeció. Diana, Diana la Cazadora, fría, orgullosa, sabía en desdenes como la dea inmortal.

Y como era amigo de todo lo imposible, soñador, imaginó que Diana era más digna de ser amada precisamente por inaccesible.

Esa noche ella lucía un collar de rubíes y brillantes que proclamaba su genealogía económica. Menos esfíngica que de costumbre, hasta tuvo dos, tres sonrisas que aumentaron su encanto. Presidió la reunión y los catorce invitados se movían al influjo de su mirada y sus palabras. Tampoco faltaba personalidad al marido, buen mozo y simpático, pero se tenía la sensación de que él, voluntariamente, buscaba ocultarse para que luciera mejor su cónyuge enigmática. Y siempre llegaban nuevas gentes, todas fascinadas por el hechizo de Diana.

Esa noche, por primera vez, la diosa posó su mirada en el escritor, se detuvo unos instantes en la cara embobada y luego volteó la cabeza con soberbia indiferencia. Había sido la mirada que recorre un muro, una página en blanco. Se sintió humillado, creyó odiarla: ¿por qué el ser perfectísimo puede desdeñar a otro que no lo es? Su mirada impasible había visto sin ver. ¿Qué podía significar una cara para ella? ¡Qué hermosa, qué odiosa! Porque una mujer hermosa, una reina en verdad puede no fijarse en sus adoradores, pero ese mirar desdeñoso, insultante...

Oliverio sintió profundo rencor contra la bella. Pero minutos después deslumbrante, seductora, ella recapturaba su muda adoración. Trató de disculparla: en realidad no lo había visto, simplemente su mirada pasó de un objetivo a otro, él estaba al centro y no tuvo tiempo para detenerse en su cara. ¿Se detuvo unos instantes? No, era una ilusión. Ciertamente pasó de largo. Pero de otro plano semi-consciente subía un mandato: miró, se detuvo unos instantes, fotografió su

cara y luego siguió indiferente. ¡Ah! Tonterías; las diosas no reparan en los mortales. No lo había visto y merecía ser amada.

Supo que el marido se llamaba Rupert.

Paseando por el parque del hotel divisó a la pareja. Los siguió de lejos. Conversaban animadamente —él, Rupert, sobre todo— se detenían y reanudaban la marcha. Perdiéronse por un recodo arbolado, luego reaparecieron, algo menos distantes. El gritó algo que no pudo entender y se alejó a grandes pasos agitando los brazos. Ella siguió inmóvil y después se encaminó hacia el pequeño lago. Graciosos patitos jugaban en su ribera.

Diana se acucilló y de una bolsita de papel extraía mendrugos que arrojaba a los animalitos.

Oliverio se fue acercando lentamente, cautelosamente. Quería observarla sin ser visto.

La mujer semiarrodillada, dejaba ver a través de la falda entreabierta, el portento de las piernas bien modeladas. Entre el labio de la media negra y el festón bordado de la enagua rosada una franja ancha de piel blanca incitaba a la sensualidad. Era estupenda. El cuerpo prodigioso correspondía al rostro encantador.

Oliverio se sintió transportado. Si antes adoraba a la diosa, ahora deseaba a la mujer.

Creyéndose sola Diana se recogió algo más la falda para cambiar de postura: ahora se apoyaba en la pierna derecha y al moverse brindó al curioso una mayor exposición de sus hechizos.

Una oleada de voluptuosidad lo sacudió. ¿Cómo podía ser tan fría una mujer tan maravillosamente dotada por la naturaleza?

Ella no había reparado en el escritor, disimulado detrás de un pino enano.

Comenzó a decir palabras tiernas, acariciadoras a los patitos en una lengua extraña, inentendible para Oliverio, que sonaba como música melodiosa en sus oídos. Entonces era dulce, tenía un alma... Y fue mayor su sorpresa al fijarse en la mirada de los ojos que creía duros, impasibles. Detrás de un velo de tristeza asomaba el mirar cándido y delicado de una niña. Era feliz, sonreía. Se transfiguraba. La estatua cedía paso a la mujer. Las manos de largos y aristocráticos dedos lanzaban mendrugos a los patitos y ella los contemplaba con ternura, como una madre dichosa mira jugar a sus hijos pequeños. ¡Por fin, por fin! Era completa, ahora sí, irradiando ternura de los ojos hermosísimos. La reina, la diosa, imágenes abstractas de la pura perfección, se habían humanizado en la mujer que ama y protege a otros seres.

Oliverio sintió que Diana era mil veces más digna de ser amada y admirada, ahora en el parque, que en el comedor del hotel donde su figura lucía como un diamante frío.

Un patito diminuto, talvez el más pequeño, salió del lago y moviéndose apenas sobre sus frágiles extremidades, se acercó a la bella. Esta lo alzó con delicadeza y abriendo la blusa se lo puso en el seno. Ni el dibujante más consumado, ni la fotografía de mejor ángulo visual podrían reproducir lo que Oliverio vio en la subitaneidad de un relámpago: el seno de Diana, de indecible perfección, lo sumió en el asombro.

La mujer, cerrando los ojos, apretaba delicadamente contra sí al animalito. Una expresión de dulzura, de ternura le bañaba el rostro. Oliverio vio o creyó ver dos lágrimas que resbalaban por las mejillas de la diosa, y no pudo contenerse:

—Señora —dijo conmovido— ¿qué le sucede?

La mujer se irguió colérica. Depositó al patito con cuidado en el borde del lago y con voz dura, metálica repuso al intruso brillando los ojos de indignación:

—¿Por qué me espiaba? ¿quién es usted?

—Luego, sin disminuir su furia, exclamó:

—Claro, otro miserable pagado por Rupert para vigilarme.

Oliverio se atrevió a defenderse:

—Yo no sé quién es Rupert (era mejor mentir)... Yo... Bueno... Soy un escritor... Alojo en el hotel. La admiraba de lejos. Vine sin darme cuenta por aquí; y al verla con los patitos me sentí conmovido... Sinceramente, nada más.

Ella lo miró desconfiada. Era otra vez la altiva amazona.

—Está bien. Acepto su explicación. Le ruego y le mando que no vuelva a dirigirme la palabra ni intente aproximarse a mí.

—¿Por qué? —preguntó ingenuamente Oliverio.

—Porque es mejor que así sea.

Oliverio la contempló apenado. ¿Era un sueño, debía perderla?

—Olvídese, olvídeme —dijo la bella.

El escritor tuvo un raptó de audacia.

—Perdone, señora. Esa noche, cuando se cruzaron nuestras miradas ¿reparó usted en mí?

Ella vaciló antes de responder:

—Sí, me fijé en usted, pensé en usted. Más no quiero que sufra por mi causa, ni que sea aniquilado.

Y se alejó altiva, majestuosa, sin volver la cabeza dejando a Oliverio sumido en penas y alegría. La diosa era mujer.

Los dos días siguientes le fue imposible acercarse a la dama. Distante, hermética, ella no lo miraba. Sólo una vez, al abandonar el comedor rodeada de sus invitados, alcanzó a recoger una mirada furtiva que le pareció emboscaba la ternura entrevista en el lago de los patitos.

¿Era celoso Rupert? Aparentaba dejar en absoluta libertad a Diana; observando atentamente se advertía que la vigilaba con disimulo. ¿La vigilaba? Era algo extraño que Oliverio no atinaba a explicarse. El mismo le presentaba los hombres, luego se alejaba dejándolos solos. ¿Por qué?

Como su mesa estaba próxima a la de la magnífica pareja, pronto tuvo una explicación de lo que ocurría. Ambos, marido y mujer, tomaron asiento dando la espalda a la mesa de Oliverio; a la izquierda de ella estaba un hombre joven de perfil clásico y ojos verdes, pero aun más gallardo y varonil el marido de la bella. Oliverio notó que Rupert empujaba disimuladamente a su mujer con la pierna y con el brazo. ¿Era posible? Sí, la intención era evidente: el marido quería que la hermosa se aproximara más al joven. Cuando la pierna de la mujer tomó contacto con la del joven, Rupert respiró satisfecho. Era el marido-mirón, esa rara especie de hombres que disfrutaban viendo que otros admiran, desean, y hasta acarician a la propia mujer. Terrible aberración. ¿Cómo podían

existir hombres así? Oliverio hervía, indignado, ¿más qué podía hacer? De rato en rato veía las caras de perfil en rápido escorzo: el joven entre temeroso y encantado; Diana siempre altiva, indiferente; Rupert ligeramente encendido el rostro. El se aproximó a ella, inclinándose, y le dijo algo en voz baja. Ella hizo un movimiento, se recogió el vestido y la pierna maravillosamente modelada se hizo ver. Se acercó más al joven, que debió comprender la nueva presión; a poco la mano del joven descansaba en el muslo de la mujer, se lo acariciaba delicadamente. ¿Qué pasaba con Diana? Estuvo mucho tiempo sin volver la cabeza, erguida, inclinándose al marido y al joven, alternativamente, más sin dejar verse el rostro por el angustiado observador. Rupert, en cambio, lanzaba furtivas miradas, y le brillaban los ojos al ver cómo acariciaban a su esposa.

Era abominable. Oliverio nunca había visto cosa igual. El hombre abyecto, la mujer despreciable. La diosa caía destrozada en su corazón. Mujerzuela con apariencia de reina, porque él había visto claramente: se prostituía dos veces, para el joven que la acariciaba y para el marido complaciente. ¡Qué asco! Nunca más pensaría en ella.

Pero al levantarse de la mesa ella volvió a enseñar sus formas perfectísimas y al salir del comedor lo miró con un mirar tan puro, cándido y sereno que se desconcertó. ¿Entraba o no entraba en el juego? ¿Era insensible? ¿Qué comedia esa de complacer al marido tentando al amante? Ella salió con otras damas y el joven se acercó a Rupert que lo tomó del brazo y parecía hablarle afectuosamente. ¡Valientes sinvergüenzas!

Triste, desengañado, bordeaba el lago. De pronto vio acercarse una figura alta caminando con rapidez. El traje de lentejuelas brillaba a la luz de la luna.

Diana lo tomó del brazo y con voz implorante dijo:

—No piense mal, no es lo que usted cree.

Oliverio creyó necesario endurecerse:

—Señora —repuso— es tan evidente lo que vieron mis ojos que me duele desmentirla.

—Usted no entiende —profirió ella—. Rupert tiene la mente enferma. Si no hago esas exhibiciones que usted repudia tanto como yo, me amenaza con matarse.

—Pero usted permitía que el joven la acariciara. ¿Negará que le producía placer?

—¡Nada, nada! —replicó Diana presurosa—. Mi cuerpo no entra en el juego aunque la apariencia lo desmienta.

Oliverio la miró vacilando:

—¿Dice usted que no sentía las caricias del joven?

Ella rió, desafiante:

—Practiqué el yoga un tiempo. Cuando yo quiero, mi cuerpo y mi cara son como un témpano: nada los atrae.

Oliverio lanzó un silbido de admiración.

—Quisiera creerla, pero... pero los dos hombres parecían tan excitados en el juego que se hace difícil pensar que la provocadora no participaba en él.

—Provocadora obligada.

—¿Obligada?

Diana hizo un gesto de angustia:

—¡Escuche! Le diré algo que jamás dije a nadie: el hermano de Rupert se mató por mí. Evitaré que el drama se repita. Acepto sus aberraciones porque me aterra la idea de verlo perecer... Si no hago su voluntad él me amenaza con imitar a su hermano.

—Usted lo ama.

—Como se quiere a un niño enfermo.

Luego, nerviosa, le apretó la mano:

—Perdone, debo irme. Me creen en el baño. Usted es el único que me miró sin mancharme con su deseo. Confío en usted. ¡Pero aléjese, aléjese de mí! Le traeré desgracia.

En los ojos hermosos brillaban lágrimas y una fina ternura los velaba.

—¡ Diana! —gritó Oliverio— perdóneme, perdóneme.

Pero ya ella rápida y esbelta se perdía en dirección al hotel.

El escritor quedó confuso y contento a la vez. Entonces era honesta, era buena. Víctima de la perversión mental del marido era ajena a sus desvíos. Podía amarla, debía amarla, aunque nada recibiera de ella.

¿Pero qué clase de hombre era Rupert?

Al día siguiente, el último de su estancia en el hotel, Oliverio advirtió que Rupert se le aproximaba. Su figura apolínea lucía impecable. Los ojos claros despedían un fulgor trágico. Pero su risa se oyó franca, abierta, al proponer:

—¿Quiere almorzar con nosotros?

El escritor, sorprendido, atinó a contestar:

—No sé quién es usted, señor.

El otro lo miró con sorna:

—Sabe usted que soy el conde Rupert von Reinhardt, y conoce a mi esposa, la condesa Diana.

—Se equivoca; no la conozco.

—¿Y por qué conversaba con ella la otra noche junto al lago?

Cogido en la mentira, Oliverio alzó los hombros:

—No sabía quien era —balbuceó.

Rupert le clavó sus ojos crueles:

—Miente usted —profirió—. Yo creía que en un escritor había también un señor, mas veo que no lo es usted.

El escritor quiso responder, hasta pensó en arrojarse sobre el ofensor, pero no parecía sensato. Rupert lo aventajaba en estatura y corpulencia. A juzgar por su arrogancia debía ser un atleta y él, Oliverio, no era apto para la pelea física. Calló.

Sintió la mano dura, los dedos agresivos ajustándole el brazo hasta causarle dolor. Reprimiendo un grito exclamó:

—¡Suélteme! Nada tengo que ver con usted.

Rupert repuso implacable.

—Tampoco es verdad. Usted ha mirado muchas veces a mi esposa, de soslayo, creyendo no ser advertido. Yo sé que le interesa. ¿Por qué negarlo? Reitero mi invitación —y el fulgor trágico reaparecía en los ojos malignos— tomará asiento a su lado; yo estaré en el otro flanco.

Oliverio reflexionó unos instantes. ¿Ofender a su diosa entrando en el juego del morboso individuo? ¡Jamás! No se prestaría a la indigna comedia.

—No me interesa su invitación ni su mujer.

El conde von Reinhardt se rió, sarcástico:

—Siempre mintiendo. Daría usted cualquier cosa por estar junto a ella.

—Pero no para los fines que usted persigue...

A Rupert se le demudó el rostro:

—¿Qué fines, qué sabe usted? No sea estúpido. Se lo invita con gentileza a compartir el almuerzo con un noble renano y con su bella mujer, y rechaza. ¡Vaya sujeto! Debería estar en una casa de salud.

Oliverio sintió que su dignidad varonil lo tornaba valeroso:

—¡Basta! —dijo rotundo. Es usted el que debería estar en un manicomio.

El conde le arrojó una mirada de odio. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y sin esperar respuesta se alejó de Rupert.

"¡Qué cerdo, qué dominante! —pensaba con furia—. Cree que Diana y yo somos dos conejos para su innoble conducta".

De pronto la tranquila vacación transcurrida en sosiego durante diez días, faltando pocas horas para dejar el hotel se precipitó como una película de acción.

El gerente del hotel llamó a su puerta. Confidencialmente le pidió que se fuera, que adelantara su partida. Él es el amo de la región —explicó— y vengativo. Podría sucederle algo malo a usted.

El escritor se resistió. No era un valiente, pero tampoco un cobarde. ¿Qué debía temer si nada censurable había hecho? Debía partir en el ómnibus de las seis de la tarde y a esa hora partiría. Faltaban cinco todavía, y permanecería en el hotel. Mejor en el parque.

Apreostos para una partida de caza. Vio pasar, a lo lejos, caballos y jinetes. Dos amazonas salieron del hotel; tras ellas algunos varones de chaquetas rojas y casquetes negros. Marchaban presurosos. A lo lejos resonaba la trompa de caza.



El sector del parque donde se encontraba el escritor se fue poblando de gentes; unas se dirigían al hotel, otras se apartaban de su entrada y casi todas llevaban ropas, escenarios de cartón, objetos en las manos. Preguntó a uno qué era y se le dijo que por la noche habría una representación teatral en el hotel.

La caza, el teatro —pensó—. Qué raro... En diez días no había sucedido nada y ahora se acumulaban los sucesos.

Más allá vio una pelea a puños entre dos mozos; el más bajo, fornido, tiró al suelo al más alto y le puso un pie en el pecho. Se alejaron insultándose mutuamente.

Y bruscamente, sin que pudiera explicarse cómo, Diana apareció a su lado, vestida de amazona, lindísima bajo el sombrero de copa, jugando nerviosa con el fino látigo.

—¡Váyase, váyase! —dijo anhelante. Rupert está furioso por su negativa y más, aun, porque usted sabe su secreto.

—Faltan algunas horas para que llegue el ómnibus —repuso Oliverio—. ¿Por qué habría de irme?

Diana hizo una mueca de angustia:

—¡Rupert lo matará! Lo ha hecho otras veces... Por lo menos entre en el hotel, allí estará protegido. Estoy segura que volverá para matarlo.

Le cogió las manos, lo miró con amor y repitió:

—¡Váyase, olvídeme! Yo no quería causarle daño.

—Diana —contestó el escritor— sólo el verla me hizo feliz. La sé capaz de ternura. Gracias, jamás la olvidaré.

La bella se alejó mirando en su redor como temerosa de haber sido vista conversando con Oliverio.

Probablemente volverían tarde de la caza. Ya no la vería más. ¡Qué lástima!...

Pasaron otros mozos que cargaban un pesado artefacto, profiriendo palabras soeces. Allí, cerca, un grupo de chicos jugaba con las cometas lanzando gritos de alegría. Y del hotel salían más personas, unas de cazador, otras en vestimenta normal amenazando desparramarse por el parque.

Oliverio, disgustado, amante de la soledad, se dirigió al sector del lago, donde por primera vez habló con Diana. Quedaba distante unos trescientos metros, ceñido por altos y espesos árboles. Allí estaría tranquilo, lejos del colmenar que bullía en el hotel.

Llegó al lago; no estaban los patitos. La cara maravillosa reaparecía en su memoria. Iba a sentarse en la grama, cuando se sintió cogido por férreos dedos del brazo.

Sus ojos despedían chispas:

—Creía que sería más inteligente, que apresuraría su marcha.

Y antes que el escritor pudiera reaccionar esgrimió un largo estilete y se lo clavó varias veces en el cuerpo.

No pudo ni siquiera gritar. El ataque fulminante paralizó sus reflejos.

El conde von Reinhardt se alejaba ya con paso firme.

Oliverio pensó gritar, pedir auxilio, dirigirse al hotel, pero la sangre que brotaba abundante de sus heridas lo aterró. Sintió que se debilitaba. Cayó al suelo. Sacó el pañuelo e intentó restañar la herida que le dolía más, cerca del corazón, de la que manaba sangre con más fuerza.

Aspiró para recuperar energías. Las heridas serían superficiales —pensaba— se repondría del terrible impacto y luego en el hotel las curarían. ¡Qué loco, qué criminal! Lo haría detener.

Quiso incorporarse, mas una nube le veló los ojos. Al volver a abrirlos, el escenario había cambiado extrañamente.

Se encontraba en un subterráneo iluminado por antorchas que sostenían esclavos. Las paredes con figuras y jeroglíficos policromos. En el trono de oro, gemas y lapislázuli, Diana aparecía sentada, inmutable y esfíngica. Un sacerdote preludiaba un suave cántico a Osiris, el dios protector. De pronto el Faraón, revestido de majestad, bajó del trono, se acercó a Oliverio que vestía apenas un simple lienzo de esclavo y furioso ordenó dirigiéndose al sacerdote:

—Invoca a Seth, el destructor, porque éste morirá. Ha osado poner sus ojos en la Reina.

Y cogiendo el estilete que Oliverio ya conocía, lo hirió en el cuerpo varias veces. Y su cara tenía los mismos rasgos crueles del conde von Reinhardt, y sus ojos perversos brillaban como los otros, los del noble renano, el momento de herirlo en el jardín.

Oliverio hizo un esfuerzo por comprender. ¿Cómo era posible? Diana, el conde Reinhardt y él...

Y antes de expirar supo que Rupert-Faraón lo mataba por segunda vez.

## EL REGRESO

Una nube baja, negra, cerraba el horizonte. Aun brillaba el sol en la verde sinuosidad de las colinas, pero no tardaría en llegar la lluvia y con ella el gris, el odioso gris que lo entristecía todo. ¿Por qué es tan bello lanzar la máquina rauda por la autopista cuando el sol ilumina el pasaje; y por qué fastidia hacerlo en la tarde nubosa, cuando el hombre se siente como encapsulado dentro del cielo plomizo?

La nube negra se extendía, se extendía cada vez más y su sombra se proyectaba amenazadora por el camino.

Al tomar una curva la bandada de calandrias que se alzaba del campo hizo que amenguara la velocidad. Miró el reloj: tenía cuarenta minutos de recorrido y parecía inevitable afrontar el chaparrón. La lluvia lo tenía sin cuidado. Eran la atmósfera pesada, el manto grisáceo arriba, el oscuro misterio de la tarde los enemigos.

En lontananza los relámpagos acuchillaban el cielo. Cayeron gruesos goterones aislados. Pero aun no llovía.

La "Vespa" siguió su carrera. El conductor maldecía a los genios del aire. El caballito mecánico se portaba a maravilla. Iba rápido, seguro como flecha en pos del blanco señalado. Tomaba las curvas con atrevida elegancia, se inclinaba sobre el camino; luego recuperaba su equilibrio tan diestramente que daba al muchacho la sensación de estar volando.

Descendió una rampa pronunciada velozmente, se sumergió por una larga avenida de pinos y después de sortear algunas ondulaciones reapareció en la vasta planicie. Faltaban sesenta

kilómetros para llegar a Castellamare. Lejos, lejos divisó un puntito negro que fue creciendo y perfilándose conforme se acercaba: pasajero en perspectiva.

Reprimió un gesto de fastidio porque no le gustaba llevar compañía. Otra persona en el asiento posterior de la motoneta es una carga, una sobrecarga inútil que resta velocidad y elegancia en la maniobra al vehículo. Egoísta más que sentimental, el estudiante poco se curaba del apuro ajeno. Al atisbar, de la distancia, la silueta parada en la vía haciendo el clásico ademán con el pulgar insinuativo, solía apurar la marcha haciéndose el distraído o el muy apresurado.

—¿Por qué detuvo la "Vespa" esa tarde?

Una muchacha muy linda se alzó a su vera.

—¿Me lleva?

Aldo vaciló unos instantes. Era una deliciosa presencia femenina, entre mujer y adolescente. Firme y fina. Sobre el sencillo traje azul una medallita de oro. Los cabellos de bronce leonado. En la cara expresiva la intensa belleza de los ojos verdes sugería una inteligencia despierta.

—¿Me lleva? —repitió la voz grave como de viola en sordina.

—Sí... claro... —repuso el estudiante—. Acomódese.

La jovencita se colocó recatada en el asiento posterior. Pero antes de partir Aldo volteó el torso recogiendo la visión fugaz de las lindas piernas juveniles.

—Agárrese bien —dijo el muchacho— porque vamos a correr.

Los primeros kilómetros no cruzaron palabra. Atento a los goterones que no se decidían a transformarse en lluvia, graduando la marcha en las curvas, Aldo pensaba en sus exámenes y a ratos se olvidaba de su pasajera.

Un incidente trivial lo sacó de su indiferencia. El viento arrojaba un mechón del pelo de la joven contra su nuca. Roce exquisito. Lentamente fue despertando su sensibilidad. Sintió el cuerpo cálido que se apretaba contra el suyo. Las manos aferradas al travesaño níquelado se hundían en su cintura y le transmitían un calor misterioso. Acaso lo admiraba. O estaría feliz de saberse protegida por él.

La carrera se tornaba más pura, más alada. Aldo conducía el caballito mecánico con alegre soltura.

El viento seguía jugando con la cabellera de la joven y a la caricia de sus hebras el estudiante descubría la secreta corriente que puede ligar una nuca y un corazón asombrados.

Queriendo ser cortés preguntó:

—¿Tiene miedo?

—No —repuso la voz de viola.

La máquina cruzó rápida un bosquecillo de cipreses. Por el confín el nubarrón era ya un manto negrísimo. Del sur venía una cortina de agua. Aumentaban las gotas. Pero la "Vespa" avanzaba intrépida.

Otra vez la caricia del pelo de la jovencita en su piel.

—¿Cuál es su nombre?

—Carla —le contestaron.

Se puso a recordar las aventuras viajeras brotadas del correr del vehículo: mujeres o muchachas que le inspiraron deseo varonil, emociones fugaces. Ahora era distinto: una dicha extraña que no buscaba la propia satisfacción. ¿Cómo era su rostro? Volvió la cabeza y pudo entrever una cara maravillosa.

—Yo voy bien... Aldo —expresó la jovencita y una sonrisa maliciosa le transfiguraba el rostro.

—¡"Madonna!" —pensó el muchacho—. Ella me conoce y yo no la había visto nunca.

Los pelotones de gotas se transformaron en un ejército de fina lluvia. El se sintió obligado a evocar el tiempo de los caballeros: llevaba un grueso "sweater" de lana y bien podría desprenderse de la chaqueta de cuero. Detuvo la máquina y colocó la prenda en los hombros de la desconocida.

—¡Oh, no! —protestó ella—. No la necesito.

Pero el muchacho la obligó a ceder. Antes de reemprender la marcha cambiaron una rápida mirada y el joven se sintió en el aire: era encantadoramente femenina. En los ojos verdes libraban combate una inteligencia vivaz y un pudor recóndito. Había malicia y temor en la cara inquieta. Una sonrisa, una mirada al sesgo:

—Gracias, ya estoy protegida.

Reanudaron viaje.

La lluvia, desigual, acrecía y aminoraba sus embates. Él tomaba las curvas con más cuidado: su carga se había tornado más preciosa. Hicieron en silencio los pocos kilómetros que aun faltaban. Mas la chaqueta de cuero y la lluvia habían acentuado la zona de intimidad. Al estudiante se le antojaba que la presión del cuerpo de la muchacha era más cálida; el roce de su pelo más tierno, juguetón; y aunque no podía contemplar la hermosa cara ni escuchar la dulce voz, imaginaba que los ojos verdes se movían por él y no por el paisaje. Se regocijaba pensando que la voz de viola guardaba secretos que conocería después.

A corta distancia de Castellamare, la joven pedía suavemente:

—Aquí, por favor.

Aldo detuvo la "Vespa".

—No puede ser —arguyó— llueve y no puedo dejarla sola.

Ella sonrió con tristeza:

—Esta es mi casa —dijo señalando una verja lejana y un muro blanco que se dibujaban a través del fino tejido de la lluvia, un poco a la izquierda del apiñamiento de casas que trepaban por la ladera del monte.

Con gesto gracioso se despojó de la chaqueta y la tendió al muchacho.

—¡De ninguna manera! —repuso éste—. Llévela y mañana paso a buscarla.

—Gracias... y adiós —dijo la jovencita — y una mano ardiente se perdió en las del estudiante.

Aldo volvió a colocar su chaqueta en los hombros de Carla. Vio cómo trepaba por el sendero caminando con paso armonioso. Volteó dos veces la cabeza, hizo un ademán de despedida y transpuso la verja.

La aventura había terminado. Bien mirado no era ni siquiera una aventura; sólo un encuentro, lo que le puede suceder a cualquier conductor de motoneta con no importa qué desconocida que recoge por el camino.

Al día siguiente, al despertar, seguía perplejo. ¿Debía volver a ver a la muchacha o sería mejor pedir su chaqueta y alejarse?

El sol primaveral brillaba en los campos. Subió a la máquina vacilando aún. Pero la mañana fragante, el aire sutil, el ruido isócrono del motor le devolvieron confianza y encendieron su imaginación. Le pareció sentir otra vez en la espalda la sensación de un cuerpo esbelto ceñido al suyo; una onda de cabellos trémulos le acariciaba la nuca; la voz de viola en sordina musitaba palabras estremecedoras. El corazón le dio un vuelco: la vería, tenía que volver a verla.

Detuvo la "Vespa" en el camino, trepó a pie por el sendero que conducía al pueblecito y llegando al planalto se dirigió al muro blanco. Un viejo barbudo custodiaba la verja de hierro. Fumaba su pipa y no se dignó reparar en el visitante.

Con cierto embarazo Aldo preguntó:

—¿La señorita Carla?

El viejo se limitó a contestar:

—Pase. Puede verlos a todos.

El estudiante avanzó quedando sorprendido frente al vasto jardín. ¿Por qué tantos árboles, flores, cruces? Y esos túmulos... Blancuras múltiples, silencio, soledad. Dio unos pasos y se detuvo junto a un sobrio monumento que coronaba una linda cerca juvenil admirablemente esculpida. Debajo la leyenda decía:

—"Carla de Carmignano: † 10 de abril de 1955".

El rostro esculpido era, sin duda, el de la jovencita encontrada ayer. Pero si había muerto cinco años atrás ¿cómo podía haberla conocido una tarde primaveral de 1960?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Pálido, aturdido, se alejó del cementerio. Subió a la "Vespa" y venció maquinalmente el primer tramo del trayecto. Luego el sol, el aire puro, la velocidad lo restituyeron a su natural equilibrio. Recordó detenidamente todo lo acontecido. Pensó en un sueño, en algo absurdo, en ciertas alucinaciones, en cosas que pasan y no pueden explicarse. Pero la voz de viola resonaba aun en sus oídos, el roce del pelo sedoso jugaba en su nuca, el mirar de los ojos verdes le conmovía el corazón. De pronto la hombría se le subió a la cara como un vino: "No puede ser —se dijo— no puede ser". Desvariaba y vencería el desvarío.

El caballito mecánico siguió su loca carrera. Tragó muchos kilómetros. Una mancha oscura en el camino lo detuvo. Aldo bajó de la motoneta y recogió una prenda mojada, polvorienta. En el mismo sitio donde ayer recogiera a la jovencita, la chaqueta de cuero regresaba a sus manos.

## VIAJE NOCTURNO

—Te llevaré a las fuentes —dijo el Guru— pero me seguirás callado.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Es de noche. No hay luna. No podremos avanzar.

—Si te falta fe, renuncia. Cógete de mi túnica y sígueme.

El buscador de Dios obedeció al Guru y lentos, silenciosos, se dirigieron al bosque.

La noche, oscura, no entregaba formas. Apenas el débil resplandor de las estrellas insinuaba bultos fugitivos que desaparecían con rapidez. Si no estuviera guiado por la túnica del Guru no avanzaría en la densa oscuridad. La muda caminata sin ver, sin hablar, sin recoger sonidos porque todo había callado en el contorno duró mucho tiempo. Podían estar en el desierto, en la cavidad ventral de una ballena fabulosamente inmensa, sobre una tabla móvil que se deslizaba bajo sus pies. Quién sabe... Era tan pesada la marcha, tan monótona, sin puntos de referencia, andar y andar, que habría creído estar soñando si no tuviera la certidumbre de una experiencia real. ¿Pasarían dos, tres horas? Se sintió cansado, mas no quiso quejarse. Como adivinando su fatiga oyó la voz del Guru:

—Está bien que te sientas cansado.

La marcha proseguía.

Se apercibió que el Guru avanzaba con más cuidado. Probablemente estaban ya en el bosque; debían evitar árboles y matorrales, zanjas, lagunitas. Su guía, de ojos nictálopes, debía ver todos los accidentes del lugar, pues no sufrieron tropiezo alguno. Avanzaban, avanzaban, a veces sobre muelles alfombras de hojas caídas, a veces sobre la hierba salvaje que crece libremente, o pisando los gruesos nudos de troncos seculares. ¿Cómo sería el bosque? Ahora recogía el ulular de los búhos, gritos confusos y lejanos de animales extraviados, un rugido próximo que lo hizo estremecerse, chillidos de monos. Mas la oscuridad persistía y a no ser el cambio de sensaciones táctiles que recogían los pies, era lo mismo el bosque que la llanura anterior: siempre adelante, rodeado de sombras, privado de orientación y de visión. Pequeños declives, ligeras colinas. Y otra vez sumergirse en el verde invisible y húmedo de la floresta que respiraba una vida misteriosa. El hambre lo acosó.

Nuevamente la voz del Guru se dejó escuchar:

—Está bien que tengas hambre.

No pudo discernir cuánto tardó el cruce del bosque. Le pareció que salían a un gran espacio abierto. El aire húmedo fue reemplazado por una brisa fresca y ligerísima. El suelo volvía a endurecerse bajo los pies. De pronto la tierra comenzó a levantarse bajo las plantas del buscador de Dios: trepaban una montaña de proporciones ignoradas. La marcha, convertida en ascensión, se hizo más difícil. No era muy empinada, pero sí áspera, llena de piedras y de tanto en tanto resbalaban; pero la guía del Guru era tan diestra que no soportaron mayores contratiempos. Subían con dificultad pero sin riesgos. ¿Hasta cuándo? Cogido de la túnica del Guru ascendía sin preguntar. Habían pasado de la llanura al bosque, de éste al monte, y si bien el cuerpo sentía la diferencia del andar sobre planos horizontales y el trepar en sentido vertical, en realidad se sentía tan aislado y desorientado como al iniciar la marcha. Ni voces ni ruidos, sólo el rumor de las

piedrecillas que rodaban monte abajo de vez en cuando. Nada veía, ni siquiera bultos, como si el muro inclinado del cerro hubiese duplicado la oscuridad. ¿No era absurdo? Pero el Guru proseguía infatigable y el buscador no quería descubrir su debilidad. La sed comenzó a torturarlo; era peor que el hambre y la fatiga. Seca la garganta, un fuego le lamía las entrañas. Quiso gritar. Resistió mordiéndose los labios.

—Está bien que padezcas sed —exclamó el Guru.

Y siguieron trepando, trepando, un tiempo tan largo que ya no podía dar dimensión de sus horas. ¿De dónde sacaba energías para el descomunal esfuerzo? Lo ignoraba. Vencido el punto muerto de la fatiga, del hambre y de la sed, una voluntad recuperada galvanizaba el cuerpo quebrantado y lo proyectaba hacia adelante, o hacia arriba. Inclinado el torso hacia la ladera de la montaña, porque no era un cerro, un simple monte, sino una inmensa montaña, cogido siempre de la túnica del Guru, siguió subiendo sin dejarse vencer por la desesperación que acosaba sus cansados miembros y laceraba su alma.

¿Por qué no amanecía? Se le antojaba que las horas se volvían días, los días meses; tal vez caminaban años y años...

Se avergonzó de que el viejo Guru resistiera mejor la terrible caminata. Quiso ver, deseó comprender dónde se hallaba, intentó horadar las sombras, pero la oscuridad se mantuvo inalterable. Subían, subían, sin tregua, sin descanso como si unas fuerzas ocultas reparasen sabiamente las gastadas energías. El ascenso sin fin, embrutecedor, se había comido el tiempo. Nada contaba, nada podía ser registrado a no ser la infinita secuencia de paso tras paso. Ese marchar sin sentido hacia una meta que parecía distanciarse siempre... Su conciencia se anonadaba en un vacío aterrador.

De pronto el Guru se enderezó y tendiendo la mano al agotado buscador de Dios dijo:

—Hemos llegado.

Una extraña claridad de origen desconocido entregó el paisaje a los peregrinos.

Estaban sobre una meseta irregular de cortas proporciones rodeada de abismos impresionantes. Descansaron para luego reanudar la marcha al centro de la meseta. Sobre un ligero promontorio montaban guardia u oficiaban dos figuras que tan pronto parecían guerreros como sacerdotes. Un altar lítico las separaba. Inmóviles, mudas, cada cual reconcentrada en su tarea, daban la sensación de ignorarse mutuamente apesar de enfrentarse a corta distancia.

Alta, majestuosa, revestida de una túnica blanca que le caía hasta los pies, emanando dulzura su presencia, velada de tristeza la mirada, la figura del extremo derecho incitaba al amor, a la bondad, a la serena mansedumbre del pensamiento que conoce sus límites, al regocijo del sentimiento que todo lo acepta y lo comprende.

A la izquierda, la otra figura maciza y musculosa era la encarnación de la fuerza y de la astucia. Los ojos le brillaban de malicia. Ambición, poder, orgullo gritaban en su cuerpo atlético y en sus rasgos atrevidos. Fosforecía. Era una llama que consumía al mirador. Atraía y rechazaba a un tiempo mismo.

—Ahí están. Míralas —profirió el Guru.

—Las fuentes... ¿Estas son las fuentes? —preguntó el buscador—. Sólo veo dos seres distintos, encontrados. ¿Qué pueden enseñarme?

El Guru sonrió melancólico:

—Venciste de las pruebas, pero no quieres pensar.

Entonces su compañero, avergonzado, se recogió en sí mismo y observando atentamente el altar y las dos figuras que lo guardaban dióse a pensar qué podían ser, qué representaban, cuál sería su mensaje.

Pensó mil cosas, cuerdas unas, absurdas otras. Finalmente concluyó que se trataba de una representación simbólica del Bien y del Mal, Jesús y Satán, la Luz y las Tinieblas, el Amor y el Poder, los Sacerdotes-Custodios o los Engendradores del Espíritu y de la Energía que animan la materia humana.

—Ya sé —dijo al Guru— son las fuentes opuestas que alimentan y confinan al hombre, tan pronto alma, tan pronto materia, como si no pudieran separarse una de otra.

—Mira bien —sentenció el Guru—. Acaso hay algo más.

Siguió contemplando el buscador. Algo se movía allí, frente a sus ojos. Las figuras transmudaban sin moverse. Unos como hálitos fantasmales se desprendían de ellas y trocaban de situación: sin dejar de ser, cada cual la misma, la figura blanca absorbía la magia tenebrosa de la figura negra y ésta se impregnaba de no sé qué emanaciones delicadas de aquella.

—¡No es posible —gritó el buscador— Dios no puede transferirse al Diablo!

El Guru volvió a sonreír con tristeza.

—No está probado que se trate de Dios ni del Diablo.

—¿Pero no evocan la lucha del Bien y del Mal?

—Es lo que piensas tú. Nadie sabe hasta qué punto Mal y Bien son formas del enigma, único, indivisible.

El buscador se rebeló:

—¿Y para esto me trajiste aquí, para confundir mi razón y hacer vacilar mi fe?

El Guru calló volteando la cabeza hacia el oriente donde se insinuaban como flechas voladoras los primeros rayos del sol naciente.

La extraña claridad se disolvió y la luz natural del astro mayor bañó el paisaje.

En el altar de piedra, el sacerdote esenio oficiaba a la Bondad y a la Pureza. Al otro extremo, un hombro tosco y barbudo, de facciones brutales se aprestaba a expulsar al esenio. Tal vez pensaba matarlo o al menos despojarlo de sus vestiduras. Su mirada, maligna, rebosaba odio y envidia.

El buscador de Dios se sobresaltó.

—¡No lo permitiré! —exclamó—. Defenderé al esenio.

Sintió la mano del Guru sobre la suya.

—Cálmate —repuso el guía espiritual—. No sabemos si es verdad o si es ficción. Si sucedió hace dos mil años, si está acaeciendo o si será en un amanecer lejanísimo.

—¿Qué fuentes son éstas que confunden al hombre y disuelven el tiempo? —inquirió el buscador.



—No has comprendido el mensaje —replicó el Guru—. Vuelve al mundo, ama, sufre, interroga, cae diez veces, levántate diez veces, lucha, apacíguate, y cuando tu carne macerada por los dolores de los hombres y tu alma lacerada por las pruebas del Supremo te aproximen al mejor meditar, entonces sabrás que las fuentes no son la Verdad, sino el camino que lleva a la Verdad.

Y el Guru se desvaneció en el esplendor de la mañana. Y el buscador de Dios bajó solo de la montaña para deshacer el camino recorrido. El descenso fue tan penoso como la subida. Pero después de un tiempo muy largo, en noche oscurecida, el buscador volvió a cogerse de la túnica del Guru que le dijo con humildad:

—Volvamos a emprender la marcha. Busquemos nuevamente.

## SUEÑOS

La vio en un sueño, tan nítidos los rasgos, tan hondo el mirar de los ojos oscuros, que su imagen se grabó para siempre en su memoria.

Tendría, entonces, quince años. Y ella, la Dama Misteriosa, era una joven lindísima que parecía aventajarlo en edad y madurez.

En los cinco años siguientes reapareció muchas veces, siempre asomando entre los velos inesperados del sueño. Y no llegaba cuando él lo deseaba, si no después de largos espacios de tiempo, cuando ella juzgaba oportuno aparecer.

¿Quién era, por qué poblaba su mente, volviéndose imagen visible en el proceso onírico, dulce memoria en la cotidiana evocación?

Buscaba, buscaba con ansia en su mundo circundante. Existían hermosas mujeres entre las amigas de su madre, lindas muchachitas amigas de sus hermanas. Desconocidas arrogantes cruzaban las calles. No eran menos bellas las artistas de cine. Y los libros de arte y las revistas reproducían caras fascinantes, siluetas esbeltas que no podía menos de admirar. Pero rostro y porte como los de la Dama Misteriosa no los había en el mundo. Sólo el reino de los sueños los hacía accesibles y los guardaba celosamente.

Un día creyó reconocerla en los rasgos seductores de la Sibila Délfica pintada por Miguel Ángel. ¿Era ella? Ese cuerpo imponente, esos brazos musculosos, esa fisonomía anhelante, perpleja, esos ojos medrosos a punto de entregar su secreto... No, no era ella. No podía serlo. Apenas una pariente lejana, lejanísima, que aun poseyendo algo del encanto de la Señora de los Sueños carecía del cálido mirar de los ojos oscuros, del hechizo indefinible de su presencia mágica que transfiguraba los seres y las cosas en centros de revelación.

Ella no le hablaba durante sus apariciones o lo hacía en un lenguaje ignorado que se desvanecía con el sueño. Pero al despertar Conrado sentíase lleno de fuerza, de sabiduría, de secretos impulsos alados como si la sola compañía de la desconocida le hubiese abierto el acceso al conocimiento y a la voluntad.

Era maravilloso.

No quiso confiar a nadie lo que le acontecía. ¿Quién cree, hoy, en sueños, por claros y reiterativos que sean? Se habrían reído de su ingenuidad, porque Conrado creía, firmemente, que la Dama Misteriosa existía aunque sólo se manifestara en el acaecer nocturno.

Conforme salía de la adolescencia para entrar a una vibrante juventud, conocía más muchachas, advertía que se le aproximaban deseosas de intimidad, mas él las rehuía sin herirlas. Sólo tenía corazón y memoria para la desconocida de sus sueños.

Buscaba el refugio de un parquecito encaramado en un promontorio desde el cual se avizoraba la ciudad. El paraje solitario y sus senderos de arena, el circo de montañas en lejanía, los árboles fraternos, las flores, las mariposas, el silbo de los pájaros, los juegos cambiantes del sol y de la sombra, el lento discurrir de las nubes, la extática fascinación del paisaje sirvieron de escenario a sus primeros poemas.

También sus versos que se referían a un amor inaccesible, a sentimientos delicados, los escondía celosamente. Versos que no hablaban de revolución, de odio, de violencia, que no sembraban imprecaciones ni desafíos ¿a quién podían interesar?

A veces, burilando un dístico, solía detenerse en su trabajo, salía de la meditación y se le antojaba que la Dama Misteriosa estaba a punto de brotar de la arboleda o por un recodo del sendero. Claro que ello no era posible, porque Conrado sabía perfectamente, que no existía comunicación entre el reino de los sueños y el mundo real. Pero le gustaba imaginar que la desconocida —su imagen era tan viva, tan asombrosamente verdadera que podía proyectarla a voluntad— acudía a su llamado. La tarde, entonces, como un dibujo de perfiles ardientes, le transmitía voces, cosas de extraña sugerencia que lo hacían intensamente dichoso. Era como si la Dama Misteriosa estuviese a su lado, callada, bondadosa, con esa sonrisa enigmática que parecía resumir el misterio de la existencia.

Otras veces la vida lo enredaba en su malla de anillos dramáticos. Le exigía tanto que no le dejaba tiempo para el nocturno sueño ni para la divagación con los ojos abiertos. Pasaban días, semanas. Y al reaparecer la desconocida le arrojaba una tierna mirada de reproche. Luego volvía a ella con mayor fervor.

¿Es que se puede vivir enamorado de una figura ensoñada?

Nadie lo admitiría pero Conrado sí.

Hízose hombre. Se graduó de médico. No había querido casarse. Conocía todos los enigmas del cuerpo humano. Lo fascinaba el misterio del alma. Pero allá, en lo hondo, seguía siendo un niño apasionado de su imaginar infantil. La Dama Misteriosa reaparecía en todos los trances decisivos de su vida. Lo guiaba sin palabras, lo reanimaba con su sola presencia. Era el ideal hecho mujer, un ideal que se resistía a materializarse en forma física y presencia animada.

La víspera del día en que alcanzaba treinta y cinco años, ya profesional, soñó largamente con la desconocida.

Más bella y tierna que nunca ella parecía decirle "fiel amador". Y él recordaba el primer encuentro veinte años atrás, cuando se rendía para siempre al hechizo de los ojos oscuros. La sonrisa enigmática se acentuaba, se acentuaba como anunciando un nuevo despertar.

Ese día la familia festejaba al médico famoso. Vivía su anciana madre; hermanos, cuñadas y los numerosos sobrinos rodeaban la mesa. "¡Cómo quisiera verte casado!" —suspiraba la viejecita. "Ya será ya será"— respondía afectuoso Conrado. Y entre bromas ingeniosas, compartidas por grandes y pequeños, transcurría la fiesta plácidamente, como todos los años.

Sonó el timbre y a poco la sirvienta anunciaba:

—Un señor quiere ver al señor Conrado con urgencia.

Era un empleado del hotel "Gloria" que solicitaba su inmediata presencia para atender un caso grave. Un caballero de edad madura, acompañado por su hija, acababa de llegar al hotel. Parecía tratarse de un colapso cardíaco. El domingo los médicos no suelen estar en sus casas, y recordando que Conrado vivía a pocos metros del hotel su gerente le rogaba acudir sin tardanza.

Apesar de encontrarse tan a gusto entre los suyos, el deber profesional se impuso en el médico. Tomó su maletín y partió con el empleado del hotel.

—Es en la pieza 99 —dijeron en el vestíbulo.

Al extremo de un largo corredor alfombrado gerente y médico dieron con el accidentado.

Era un hombre de aspecto distinguido, frisando en los sesenta. La luz estaba concentrada en el paciente, y el resto de la estancia permanecía en penumbra. Había otra persona, discretamente retirada, en la cual ni reparó el médico.

Comenzó el examen minucioso del enfermo. El pulso rápido y el corazón agitado, la fatiga general pudieron hacer pensar en un colapso cardíaco; pero después de un somero examen del corazón Conrado sentenciaba:

—No es un colapso cardíaco. El corazón y el sistema circulatorio funcionan bien. Se trata de un trastorno nervioso agudizado por la altura. Reposo absoluto dos días y un medicamento que le daré bastarán para reponerlo totalmente. Es usted un hombre vigoroso y sano.

El paciente sonrió agradecido.

Tranquilizado el gerente propuso pasar a la pieza próxima para hablar con la hija del viajero.

—No —dijo el médico en voz alta para que lo escuchara el paciente—. Si lo dejamos solo para hablar entre nosotros, el señor pensaría que le decimos una cosa porque pensamos otra. Enciendan la luz, que venga su hija y hablaremos todos juntos.

El viajero volvió a sonreír con mayor confianza.

Dio unos pasos el gerente, encendió la luz central de la habitación y brotando de la penumbra una silueta maravillosa avanzó hacia Conrado.

—¡Usted! —profirió el médico sin poder reprimir su asombro al ver que la Dama Misteriosa le tendía amistosamente la mano mientras los ojos oscuros brillaban de entusiasmo.

—También yo lo reconozco —dijo ella con sonrisa maliciosa.

Y dirigiéndose al enfermo:

—Padre: —agregó regocijada— es el hombre con quien vengo soñando hace veinte años. ¿Quién habría dicho que lo encontraría en este país remoto, tan distante del nuestro?

El paciente se incorporó ligeramente en su lecho:

—Perdónela doctor —expresó algo confundido—, esta joven es muy soñadora, padece alucinaciones. Creo que tendrá usted que examinarle la cabecita...

Conrado sin apartar la mirada de la diosa del sueño convertida en mujer se limitó a responder:

—No lo creo, señor, porque yo también sueño con ella hace veinte años.

## NICOLÁS Y LA CONFUSIÓN

El andaba perdido. ¿Y quién no anda perdido en la balumba actual? Sólo que él se extraviaba por varios caminos simultáneos. Verá usted: es fácil perderse por la ruta y volverse a encontrar bien dirigido. En cambio disociarse en líneas dispersas que tiran a móviles diversos ¿cómo puede ser, si el caminante es uno solo? Cosa imposible y sin embargo evidentísima cosa. Porque Nicolás sabíase únicamente Nicolás, aunque conciencia, imaginación, desdoblamientos psíquicos, ensoñaciones, burredas, sentido perspicuo del mundo multiplano le hacían ver vidas en vida, realidad entre realidades, centelleos de facetas múltiples brotando de un solo centro diamantino. ¿Y qué era en el fondo sino prueba de que andaba medio loco o todo entero ya, nube borrascosa, ansiosa de descargar la lluvia que llevaba en su seno? Porque él era escritor. Y de los buenos. Imaginaba sucesos atrevidísimos. Sabía expresarlos. Se lo leía con placer. Pero de pronto se borraban las ideas de su mente y pasaba a ser un hombre dinámico, frenético de acción. Entonces los políticos lo buscaban serviles, otros lo atacaban furiosamente, y él imponía la frase tajante, el ritmo impetuoso de su genio agresivo. ¡Las grescas que armara, las sutiles intrigas que deslizaba entre partidarios y oponentes, los zafarranchos que tenía que provocar! Quitábase el saco del combatiente civil y se transformaba en un pequeño comerciante de quita y trueca. Nada de ganancias fabulosas ni sueños millonarios. No señor. Nicolás defendía el sustento prudentemente. "Te doy esto, me das aquello". O "lo adquiriré en treinta te lo cedo en treinta y cinco". Modestia es lo que hace al buen comerciante. Y él realizaba sus humildes transacciones a la calladita. Eso sí: muchas por día. Así, el recuento nocturno, siempre dejaba un saldo estimulador. Otras veces literatura, política y comercio lo dejaban frío. Trocábase en amable sibarita: comidas sabrosas, buenos vinos, lindas mujeres, hablar de todo (¡vaya si tenía cultura!) y conversar, conversar porque ¿para qué inteligencia y lengua si no se transmite y se recibe las maravillas vivientes? Habían, también, los tiempos de hosquedad, cuando hecho un quirquincho se ocultaba bajo su caparazón de hurañas negándose a las gentes y como placas óseas sus humores filtraban sólo amargura, resentimiento. Pero pasaba. Luego emprendía terribles aventuras, largos y ásperos viajes. Exploraciones solitarias desafiando riesgos atrevidos. Ahora sí, aventurero sin miedo a nada, educaba el carácter enfrentando lo desconocido. Esos días en que únicamente quería ser el buen padre de familia junto a sus hijos: ¡qué suave dicha, qué placentero! Ser amado, oído, obedecido. Poder ayudar y contentar a todos. Yesos otros en que el demonio del erotismo lo asediaba y salía a errar por las calles a buscar no desconocidas imposibles, sino las otras, las conocidas, más accesibles porque todo se licua y fluye cuando se juntan dos especies afines. Ser empleado era una desdicha: sujeto, sujeto, sujeto a todo y a todos. Un horario, una tarea cotidiana, las jerarquías, ver siempre las mismas caras y obedecer a las mismas voces. Y siempre atrás, o debajo, felpudo de otras voluntades. La revancha llegaba después, porque así, ejecutivo, detrás de un poderoso escritorio, tocando timbres e impartiendo órdenes a su antojo, era un pequeño rey de hombres gastando caprichos y acumulando poder. "¡Pero qué absurdo está usted hablando: ¿empleado y ejecutivo a la vez? Vamos usted está loco!" No señor, no estaba loco, sólo que el mortal de una sola visión no puede comprender los trucos del fabricante de modos de vida. Y el que fabrica algo ¿no es ya señor de las cosas que crea? Como que jinete en el hipódromo nadie lo ganaba en la polla de potrancas. Ni en fútbol a meter goles. (¡Esa vez que le birló la pelota a Pelé y amagando elevarla se la pasó entre las piernas al arquero brasileño desolado). Para nadar no era tan bueno, pero eso sí: en motocicleta corría y saltaba como un gamo. De tantas, no podía contar sus medallas. Más difícil era cambiar los vehículos veloces por la marcha lenta y rítmica junto a los maestros: ¡caramba! qué duro, qué difícil resultaba seguir el paso de Platón, de San Agustín, de Schopenhauer; pero también Nicolás pasaba curvado sobre los libros, desenredando el carrete áureo de su ansioso pensar. Claro: era el vástago inusual de la progenie humana: varón de acciones y de meditaciones a la vez. Lo emprendía todo aunque no abarcara cada sector realizable a cabalidad. Tan pronto fino, elegante, culto como un gran señor; tan pronto brusco y rudo cual un obrero. Y en el amor, bueno: éste era su fuerte. Quería —y lo conseguía— ser un hombre distinto para cada mujer. Es decir para cada presa, porque él las veía mansas palomas a tiro de escopeta. ¡Y habían sucumbido tantas! Entonces el victimario al recordar a las bellas numerosas se relamía los bigotes como un gato malvado después de haber devorado sus ratoncillos. "¿Pero qué está diciendo usted? Disparates, puros disparates. ¿Qué hombre es ese que se desdobra en hombres?"

¿Un cuento de Kafka o de Cortázar? O el monólogo silente de Joyce elevado a la dimensión desconocida? Usted cuenta lo que Nicolás se imagina ser..." No, de ninguna manera. Desde luego es pedantería traer la comparación con escritores y técnicas que ya revelaron su secreto. Nicolás no imagina. Nicolás es, es, es! Sólo que usted y yo avanzamos canalizados por dos líneas vectoras que nos impiden desviarnos del camino habitual, en tanto él se desplaza en muchas venas siendo esencialmente un mismo caudal fluyente. ¡Que no lo comprende! ¿Acaso todo debe ser comprendido? Sucede, simplemente. Y es que si a usted, a mí, sólo se nos permite utilizar una pequeña parte de nuestra potencia cerebral, a otros (a Nicolás) les es dado simultanear existencias en un mismo rayo existencial. Se les llama taumaturgos, visionarios, locos, transmigradores, o también anticipados de futuro. Y esos tales sufren, padecen horrores, porque cada mutación, cada trastrueque de la personalidad genera desgarramientos indecibles; pero también obtiene goces indecibles porque pasar de rey a mendigo, de monje a dominador del mundo es ciencia suma. Y esto ocurría, que el pequeño Nicolás era un grande, grandísimo señor (hechicero en la Edad Media, soñador en el tiempo actual). ¿Su edad? ¿Y qué importa su edad? Fué por un camino y debía casar con una molinera. Siguió el segundo y se comprometió con la condesita de Furstenberg. Al tercero resultaba próximo a contraer enlace con una viuda que alborotaba la comarca. Y era también novio de Josefa, la peletera, y de Rosalba de los Valles, la niña más hermosa de más allá del Río. Y lo disputaban, aun Tomasa, labradora, Ana María farmacéutica y la pequeña hija de la lechera. ¡Como si no faltara Cordelia, la gran coqueta! Y esa millonaria norteamericana que nunca falta en los relatos realistas o imaginarios. Y lo curioso es que Nicolás, multiplicador, casó con todas y no casó con ninguna. "¡Cómo! Otra vez tratando de sorprender al lector? No señor: a mí no me prende. Sus malabarismos conceptuales y sus prestidigitaciones técnicas no me ofuscan. Usted quiere burlarse, pero también yo soy astuto. Nicolás es un personaje alegórico. Una ficción". ¡Que no, amigo mío! El vive, está vivísimo. Habita en la calle del Mercader 8-7-5-2. Y la millonaria norteamericana en la Quinta Avenida 1229 piso 33. Y podría darle las direcciones de las otras bellas, pero sería inútil. Usted no quiere creer, no ayuda al nigromante. Bueno, bueno, está bien. Estoy drogado. Divago. Invento. Hago y deshago mundos inexistentes. "Hippie", esquizofrénico, "best-seller" ¿qué más da? Una historia es una historia. Todo puede ser fabulado y proseguir hasta el infinito. No digo: Nicolás más real, más persuasivo, más rico de líneas en fuga y de perfiles retornantes que usted o que yo, se ríe de ambos. Escritor impotente, lector cándido ¿no son la pareja inmortal? Entonces viene el hombre de los trucos e inventa, inventa (Edison o Westinghouse) la cosa es hallarle la quinta arista al cuadrado, metérsela por los ojos, sacudir el romo entendimiento de los embobados que sólo miran lo ya conocido. Así el escritor deviene mago y el lector pantalla refractora que no rechaza nada. ¿Que el manicomio o el basurero aguardan al final de este relato? ¡No sea ingenuo, serénese! No le va a pasar nada malo. Ni a Nicolás. Ni a mí. La cosa entrar en el juego, seguir la corriente (esnobismo, invencionismo, extravagantismo) y al cabo todo se recompone en un solo haz de realidades. Rompa la realidad. Haga un nudo y deshaga tres. Escamotee las perspectivas. Y cuando todo esté quebrado en mil fragmentos diversos, mézclelos a capricho, confunda tiempos, lugares, personas, sucesos. Haga de la sintaxis laberinto, de los tropos oscuridad, del lenguaje baratijo de ropa usada (o nueva, da lo mismo). Del viejo dolor humano extraiga zumos delirantes. También la literatura puede ser paranoica. ¿No es el caballo desbocado un símbolo de nuestro vivir? Pues desbóquese, anímese, Nicolás lo invita, próximo a su nueva transformación. Rey del planeta. Nadie puede detenernos: ni a él, ni a usted, ni a mí. La orgía novelesca nació de las órbitas huecas de cincuenta millones de muertos y se aloja y reproduce en las sienas malignas de un millar de millones de lectores que leen, leen todo lo que les dan. ¿Por qué se estrella usted contra los pobres escritores? Cada uno en su oficio. Ayer salvadores, hoy necróforos. ¿Qué más da? Si el filósofo asevera que Dios ha muerto y el sociólogo afirma que el hombre está frustrado, casi abolido en la sociedad actual ¿por qué no habrían de perimir novela y lenguaje? Esa relación incomprensible entre autor y lector... ¡Qué! Que Nicolás no existe, que su vida-vidas es imposible, que yo lo quise enredar o divertirme a su costa. No, no señor. Nada de ello. Usted, yo, Nicolás todo es posible. En el mundo de la confusión despabilado y confuso son la misma cosa. Ande tranquilo. Y si tropieza con Nicolás no sea agresivo. Escúchelo, déjelo hablar. Cuando menos piense él se irá por un nuevo camino enigmático. Y usted, con mirar estrábico, vacilará entre uno y otro. Porque uno y uno no da dos —pensar aritmético— sino que todo es dos y tres y cuatro y cinco en tiralínea sin fin. Y esto de narrar es también un trompo loco. Y la cosa es que entre astronautas y cosmo-escribas todos andamos sin brújula. Vaya: cálmese. Nicolás podría explicarle muchos enigmas de nuestro

torbellino contemporáneo. Pero ejercite su cerebro, hágase planetario, cosmo-visual. Trate de penetrar lo inexplorado. Piense en profundidad: doscientas toesas (como diría Julio Verne) bajo el mar. Todo es realidad. El espíritu se materializa. La materia tiene espíritu. Imaginar, realidad son la misma cosa. Usted y Nicolás también. Pero él rueda en varias troikas velocísimas y usted y yo nos deslizamos por el sendero conocido, reumáticos, artríticos del pensamiento. ¿No ve usted a las "novas" estallantes en el espacio sideral? Se meten mundos en una mano y de la otra arrojan más conejos, velos, bandas multicolores que un prestidigitador. Eso es escribir. Eso es hacer soñar. Eso es fabricar de nuevo el mundo y remodelar la obtusa mente de los lectores anquilosados por un decir habitual. ¡Vaya! Sea audaz, por una vez siquiera. Rompa la cáscara antigua. Aprenda a picotear. Imite a Nicolás, vivíparo prodigioso. Vida de vidas. El le enseñará que más valen muchos locos que un despierto anclado en la costumbre. ¿No se lava la ropa cada día? ¡Pues a lavar su mente, su capacidad de comprensión, su sensibilidad! Nada, nada. A imitar a Nicolás.

### DETRÁS DE LA FLECHA

Lanzó su pensamiento como flecha vertiginosa que tomaba fuerza de sí misma. Detrás de la flecha iba él — cuerpo, alma, idea, o maya la ilusión — devorando el espacio azul. Lejos, muy lejos, fulguraban estrellas de tamaño inusitado. Sus oídos recogían una música rara, nuevísima: ¿sería la rotación musical de los astros? Avanzaba, avanzaba... A veces sorteando grandes cuerpos celestes o asteroides que se aproximaban, lo esquivaban y huían velocísimos. Ni frío, ni vientos glaciales, ni la fricción quemante de la velocidad. Avanzaba gozoso, victorioso ignorando por qué ni hacia dónde.

Una conciencia supratemporal parecía susurrar: "Atraviesa, atraviesa años, siglos, evos, eones..."

Lo conducía un vehículo o una fuerza invisible. Sólo sentía su propio cuerpo. Pero ella estaba detrás, o adentro y lo impelía aceleradamente por el espacio. ¿Aceleradamente, en modo vertiginoso? Términos estrechos, porque más allá de las velocidades conocidas o imaginadas, se trataba de un moverse rapidísimo, intensísimo, casi indescriptible, que disolvía toda resistencia material y sin embargo, aun siendo parte, protagonista de la exhalación, él se mantenía tranquilo en la fuga fabulosa a través de la expansión eónica. El huracán, mucho más que el huracán...! Y él en su centro, en el "ojo" inalterado que avanza también con la furia descompuesta de los elementos pero quieto, imperturbable, sin que la furiosa carrera suspendiera la percepción de sus sentidos.

Una idea acudió a su mente: el universo en expansión. No era ya un hombre, un ser vivo, sino tal vez un astro, un planeta, una estrella, una centella de gas y fuego cruzando el vacío infinito.

¿Por qué, entonces, funcionaba su conciencia, su limitada conciencia humana? ¿Y cómo su pequeña inteligencia podía integrarse a la hondura abismal del universo, cuyos mundos y galaxias huyen unos de otros a velocidades espantables, y no obstante seguir pensando como un ser terrenal?

Soñaba... No, no soñaba. Porque era algo real, vivo, no asible, no detenible, pero evidente y comprensible. Inmensos vacíos oscuros alternaban con agolpamientos centelleantes de materia galáctica. O pasaba cerca de inmensos o reducidos esferoides que cruzaban el espacio sin rozarlo. Subía, bajaba, giraba en curvas grandísimas hacia diestra y siniestra, sintiendo que el monstruo sideral giraba con él.

Por un instante pensó que el universo no existía: todo cuanto veía rodar y alejarse eran sólo proyecciones de su mente que creaba y movía al coloso sideral. Pero luego regresaba a la física cósmica: todo evidente, inobjetable, como lo revelarían telescopios y aparatos electrónicos. Estrellas, galaxias, cuasares, millones y millones de fenómenos celestes. Todo evidente. Como las grandes bolas de fuego que aparecían y desaparecían velozmente. Lo que no podía comprender era por qué tan pronto se sentía un ser microscópico, infinitamente pequeño, hundido en la

vastedad del cosmos, como de súbito parecía dilatarse en magnitudes pavorosas; entonces atraía hacia sí mundos y galaxias, podía verlos en curva proyección y era como si el universo se entregara a su poder.

Movía una mano y lo rodeaba la esencial negrura del vacío esencial. Seguía avanzando, en pavorosa soledad: él y la fuga infinita. Nada más. Movía otra mano y se suscitaban núcleos flamígeros, como si los astros acudieran a su llamado, mas sin perder distancias entre sí.

Una lente mágica comprimía y dilataba el cosmos sideral, a medida de su deseo. Y sus ojos, los estupefactos, recogían visiones increíbles de planos superpuestos y oquedades cóncavas, de precipitaciones angulares y ásperas curvaturas sombrías, de redes intrincadas de luces, de vastas coagulaciones estelares, de todo lo cual fluía una portentosa matemática de cuatro, cinco, seis dimensiones. Absurdo y certidumbre a la vez.

Quiso detenerse y su sólo deseo frenó la carrera. Ahora estaba suspendido o asentado en el espacio. Solo, tranquilo, feliz. Contemplaba no el vacío negro o gris de los astronautas, sino unos cielos azules, azulísimos, surcados de hermosas nubes blancas y cúmulos sombríos, de cuyos vientres surgían el trueno y el relámpago. ¡Cómo en la Tierra! Pero aquí él podía regirlos a voluntad. Y a una seña suya o por un simple anhelo, esferoides de oro se acercaban enseñando sus relieves admirables. Mundos, mundos... infinitamente más grandes y más bellos y atrayentes que el planeta Tierra. Y él estaba ahí, parado en el centro del universo, como si una música secreta sostuviera su armoniosa lucidez, en tanto más allá, a no muy grande distancia del área que parecía estarle reservada, rugía frenética la danza de soles y galaxias.

Era el Rey del Universo. Era, era... ¿Era Dios?

Cuando entraron a despertarlo, hacía tres horas que el abuelo estaba muerto. Sentado en su lecho, tenía los ojos abiertos. El hijo que se aproximó a cerrarlos no dijo a nadie que al acercarse a ellos, despedían una luz de luces: blanca, verdiazul, púrpura, topacio, celeste, oro y chispas negras.

Nadie supo, tampoco, que el abuelo proseguía su fuga a la eternidad, mientras Lucifer y el Arcángel se disputaban su alma.

© Rolando Diez de Medina, 2005  
La Paz – Bolivia

[Inicio](#)

## JUICIOS SOBRE LIBROS DE FERNANDO DIEZ DE MEDINA



Un cuento. Un relato. Una narración. Fragmentos de vida, centellas de la fantasía. ¿Por qué cercarlos con ángulos esdrújulos?

Transmitir historias o expresar ideaciones imaginadas no es tarea de brujos.

Heráclito, el oscuro, podría ser el padre de los narradores contemporáneos. O Joyces, el descabezador.

El escritor andino prefiere la línea nítida, la claridad radiosa de sus montañas nevadas. Y al fondo un azul de cielo que suscita la alegría y la esperanza, aun en medio a los tintes dramáticos que signan nuestra época.

EL GENERAL DEL PUEBLO "Es un hermoso libro. Polémico, valiente y con estilo. Esta clase de libros como el suyo lo escriben los hombres!"

Tristán Marof.

EL GENERAL DEL PUEBLO "La vibración el ritmo, la música grave de este libro salen de lo hondo. Ha de sacudir el ambiente social boliviano. El envío final es un mensaje. Pensamos que la mayoría de los bolivianos no están contentos de que Bolivia expulsó violentamente a su Ángel hacia el cielo."

Víctor Delhez.

MATEO MONTEMAYOR "Es un tratado de americanología escrito con la majestad y simplicidad de un apocalipsis. El Ideario de América compuesto con la exuberante belleza oriental de los poemas de Ornar Khayyam."

Pablo Cejudo.

MATEO MONTEMAYOR "Libro de gran vitalidad y belleza. La historia de un soñador idealista.

Mateo Montemayor tiene de poeta y de santo. El amor inspira sus más bellas páginas. Todo dicho en un estilo fino, de registros bellos, sugerentes que parecen labrados en el mismo milagro de la vida de Mateo Montemayor."

Renán Estenssoro.

OLLANTA, EL JEFE KOLLA "Notable obra dramática escrita con noble pasión y fino sentido poético. Es una nueva interpretación de una vieja leyenda con esencial mirada india. Consta de cuatro actos y veintisiete escenas, desarrolladas con sostenido interés, no exentos de aura poética en los momentos culminantes."

Edenia Guillermo



OLLANTA, EL JEFE KOLLA "Ollanta, personaje mítico, ha sido captado con gran sentido de realidad y con riguroso ritmo trágico, dentro de una concepción épica de los acontecimientos. Incorpora a la temática nacional un mito que hasta ahora parecía exclusividad peruana. Cuando se represente, el espectáculo tendrá una grandiosidad casi sagrada."

Guillermo Francovich.